

HISTORIAS DE BOLÍVAR 1910

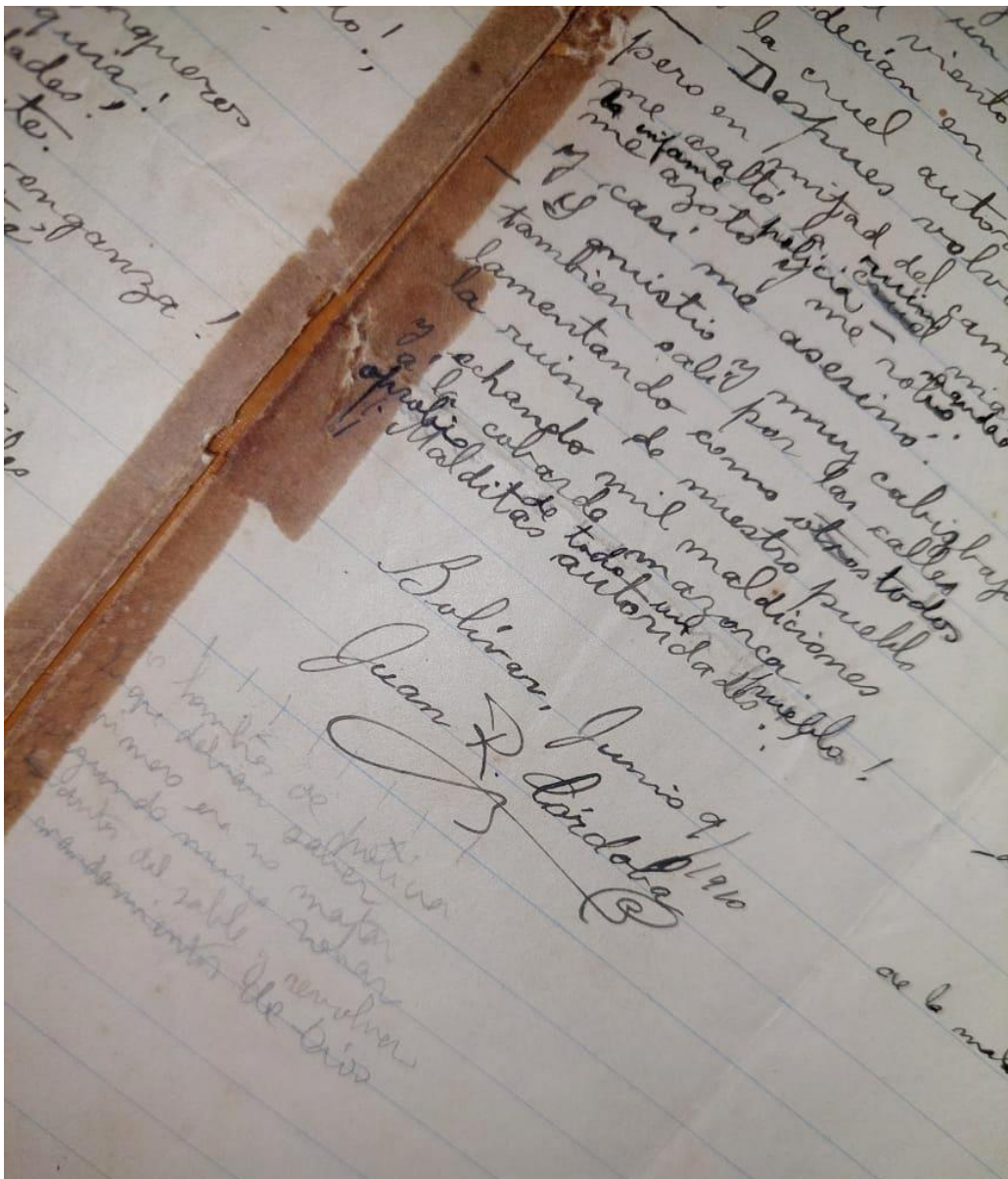
*Abuelo Inocencio, tío Serapio,
el paro y el Comité de
Defensa...*

Juan Ramón Córdoba

AHMFA Boliivar

AHMFA Boliivar

HISTORIA DE BOLÍVAR – JUAN RAMÓN CÓRDOBA



Dedicado a Lucía Pascuala Capiello de Gallo



(18/12/1921 – 13/08/2021)

AHMFA Boliivar

PRÓLOGO

Menuda tarea nos esperaba, cuando hace casi seis años, encontramos un manuscrito entre los documentos del Archivo Histórico Municipal de Bolívar y, sorprendidos por el contenido, emprendimos el camino de la investigación histórica con el fin de reflotar el hallazgo.

Un hombre, el autor del trabajo, que decía llamarse **JUAN RAMON CORDOBA**, era inaccesible. Fue lento y minucioso buscar en las escurridizas fuentes la realidad histórica de Juan Ramón, quien para empezar, se apellidaba **GALLO** y no **CORDOBA**. Su relato podría inscribirse en el género de crónica, e inclusive en el de diario íntimo, ya que navega, en su desesperada intención de dejar testimonio de su época, en varias aguas de la literatura, incluyendo además la poesía y la ilustración de sus comentarios. No es objeto de este trabajo del AHM, juzgar las bondades literarias de la obra inédita de Juan Ramón, y hemos sido cautos y respetuosos de la versión original al transcribirla, a lo sumo incluimos modificaciones en signos de puntuación, con el fin de darle a la impetuosa pluma del autor, un orden sintáctico para su mejor entendimiento. Córdoba escribía a borbotones, desaforadamente, necesitaba expiar culpas propias y ajenas que lo atormentaban. Pero es su obra, y tal como la recibimos la compartimos. Para justificarnos con nuestra intromisión, le agregamos a pie de página algunas llamadas que pueden interesarle al lector, y hacer más amena, ¿moderna?, su lectura.

En la parroquia de la ciudad de 25 de Mayo, en el Libro 14 de bautismos, en el folio 359 del año 1873 aparece el bautismo de un niño JUAN RAMON, hijo natural de Crispina Gallo, de 19 años de edad, que había nacido el 10 de agosto de 1873 y que el 22 de septiembre del mismo año recibió el santo bautismo. Su madrina fue Salustiana Álvarez (madre de Crispina) quien por no saber firmar encomienda a Rufino Gómez para rubricar el acta; es el cura Leonardo Seijo quien certifica el acto cristiano.

Crispina era hija de Don Inocencio Gallo y de Doña Salustiana Álvarez, todos de la zona de Lobos, provincia de Buenos Aires, pero para el Censo de 1869 figuraban residiendo en un campo del partido de 25 de Mayo, propiedad de Antonio **Córdoba**, en donde Inocencio era puestero. Crispina tenía otros hermanos, y tíos Juan Ramón, Serapio, María, Salustiana, Laureano, Justina, Ramona, Fortunata, Andrea... quienes aparecerán en el relato con mayor o menor protagonismo.

Fue imposible rastrear desde el manuscrito la niñez y la adolescencia de nuestro amigo; se cuidó de dejar datos en sus escritos que nos pudieran despejar de muchas dudas, pero de lo que estamos seguros es que recibió una esmerada educación en un colegio privado, seguramente religioso, y que esto lo marcó de por vida. Profesionales de psicología, de grafología y de otras ciencias que analizaron los textos de Juan Ramón coincidieron en que no fue una infancia feliz

la que le tocó en suerte, de todas maneras al leerlo el lector corroborará estas impresiones sin mayores dudas.

Salvo su elegante firma, ya con su seudónimo JUAN RAMON CORDOBA, que aparece en una decena de documentos públicos, otros textos y otros relatos de su vida se pierden en la neblina del tiempo, salvo el oficio que obra en nuestro poder, que además de los datos ya citados sabemos que se enroló en la oficina de Bolívar el 12 de febrero de 1927 con número de matrícula 1.186.724, que era jornalero, que sabía leer y escribir, que se domiciliaba en la sección tercera de la planta urbana (oeste) de Bolívar, y que un día, el 15 de octubre de 1934, con 61 años recién cumplidos, en Mercedes , Buenos Aires, deja para siempre este valle de lágrimas. Alguien, días después, lo sepulta en la tumba 341 de la sección 6ta. del cementerio de Bolívar.

¿Nos acompañan?

AHMF A Bolívar



АНМЕА Болívar

ADVERTENCIA: ~~Al paisanaje de Bolívar y a mis amigos del pueblo en general~~

Este triste episodio de mi vida, había resuelto no publicarlo nunca, y como ignorado secreto de la noche o de los tiempos que se fueron, pensaba olvidarlo en la vaguedad confusa de mis recuerdos y en la insignificancia de mi persona.

Pero, los numerosos parientes, amigos y desconocidos comentaron el velorio trágico, y algunos mal informados contaron numerosos asesinatos y peleas en la noche fatal sobre el cadáver de mi abuelo. Por eso escribí este resumen ~~de los hechos~~, para dejar clara constancia de la verdad, y deslindar las responsabilidades que a Serapio y a José les correspondían.

Algunos han querido desfigurar los móviles del hecho, diciendo que fue por la herencia de mi abuelo, por lo que Serapio hirió a José; por eso hago esta publicación, para desautorizar tan malignas como falsas suposiciones.

Todas las descripciones y cuadros como “el paro”, “el hombre y la maldición en el pueblo”, “el triunfo”, etc. son reales, y la narración es la fiel y exacta expresión de la verdad. Todo el pueblo es testigo, porque esta ~~historia~~ o leyenda no es más que la crónica del velorio de mi abuelo.

~~Noble paisanaje porteño, para ti cuento esta leyenda de mi noche fatal, porque tú también tienes tu nefasta noche en tu ignorancia, a ti habitante de Bolívar cuento esta historia real como pariente que fuimos en la pasada lucha, y como aún somos en el infortunio común, en nuestros contados y trabajosos días de mortales en el velorio, para siempre te considero en el número de mis mejores amigos y conocidos.~~

(Está tachado en el manuscrito original)

АНМЕА Болívar



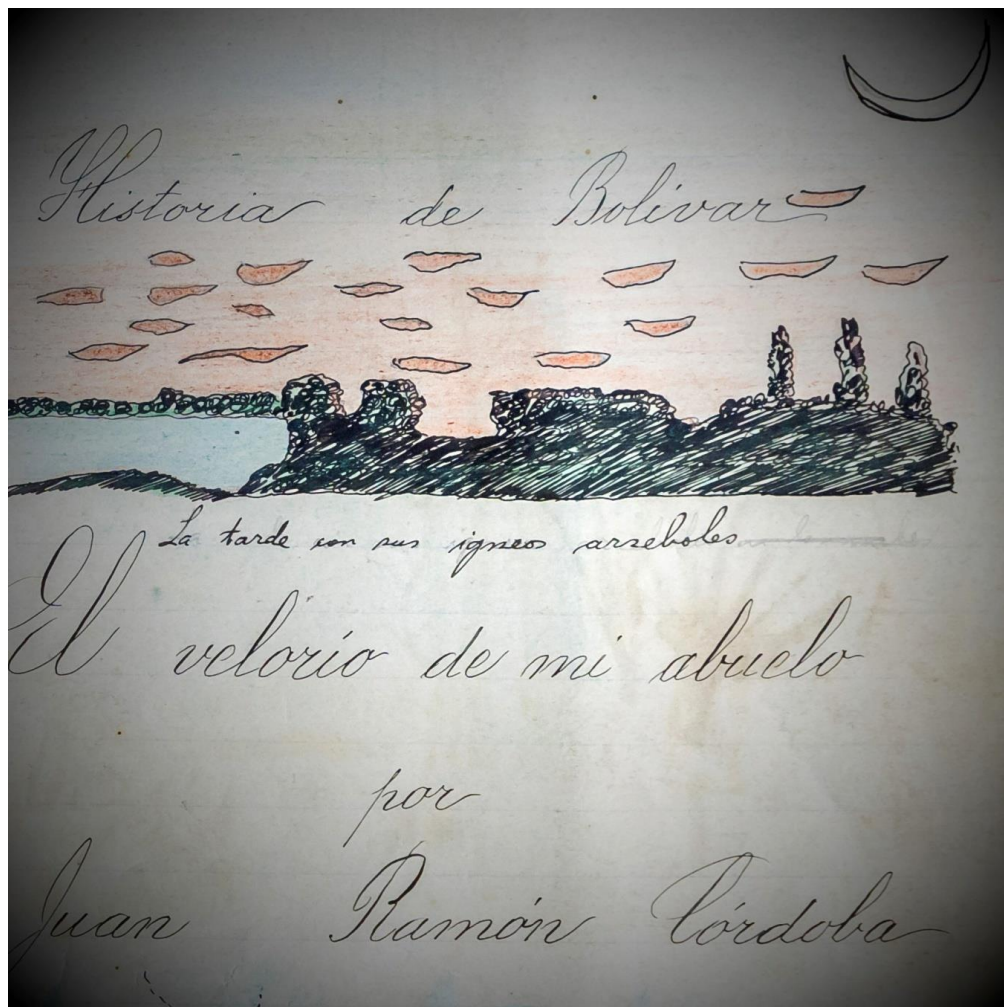
*El barrio de esta historia (ahora en marzo) cerca del Molino de Linch **1***

(cambiar los nombres y reemplazarlos por una fina perífrasis o rodeo)

Lo que aparece escrito con otra tipografía son apuntes que hace el autor en lápiz. En varias partes del texto, a posteriori, intentará esa sustitución, borrando las huellas de identidad de su familia.

Este dibujo parece haber sido hecho en otro cuaderno, dado que no coinciden los márgenes de la hoja. Y lo ha incluido a posteriori.

AFMFA Bolívar



La tarde con sus ígneos arreboles

АНМЕА Болívar

HISTORIA DE BOLÍVAR

EL VELORIO DE MI ABUELO

por Juan Ramón Córdoba



АНМЕА Болívar



La casa de doña Cipriana. La tarde color de rosa en junio

La vecindad nuestra

АНМЕА Болívar

Año 1910. Historia de Bolívar - Introducción

Yo he encontrado a un hombre ebrio, perdido en la noche negra y tormentosa del campo, y le he preguntado sin verlo.

¿De dónde vienes amigo?

- No se dé donde he salido ayer.

¿Para dónde vas?

- No lo sé tampoco, estoy perdido, la noche es oscura y no se para dónde caminar.

-Yo también ando perdido, le respondí -como tú, no sé adónde me encuentro ni a qué lado dirigirme. Hermano dame tu brazo, el infortunio para los dos es el mismo, tu desgracia es la mía, y apoyados uno en otro seguimos caminando por entre las insondables tinieblas del campo solitario.

-Hombre que caminas por el mundo, ¿de dónde vienes?

No lo sabes como yo.

- ¿Adónde vas?

¡También como yo lo ignoras! La noche del misterio nos rodea, los dos estamos perdidos, dame tu brazo y andemos, puede ser que veamos la luz de la casa hospitalaria.

No voy a contar una vida, voy a narrar la muerte. El velorio de un viejo en el humilde rancho de las orillas del pueblo. Es historia fiel, es leyenda, es la crónica negra de una familia como una mancha en el cielo. Es la tosca narración de la muerte y el velorio de mi *viejo amigo*, mi abuelo. No es nada de fantasía, es la verdad de lo sucedido y el dolor de mi corazón.

Es un simple hecho policial descrito según lo ha visto mi sentimiento de pariente de los actores, y del cual fueron testigos muchos vecinos y amigos.

Yo sé que gimen las ramas del árbol, pero al huracán no le importa, ni le escucha y redobla su paroxismo y lo derriba. Ya sé que el hombre llora su vida que va a perder, pero la muerte no le oye y nunca se ha detenido.

Dios es como el destino, derriba al sauce y quita al hombre del mundo, ¡pero él es Dios y nosotros los hombres!

¿Qué es el hombre? No es más que un poco de agua en una envoltura de carne y un armazón de huesos; una flor impresionable, a través de la cual pasan unas pocas sensaciones de calor y de frío, de placer y de dolor. Posee unos cuantos instintos y que él llama ciencia, y solo vive unos cuantos días y que él llama años; y que apenas conoce que vive, por eso se cree de raza divina.

No tengo secretos para ti. Todas las negras cavernas de la mente las veras iluminadas por la antorcha de mi sincero pensamiento. Como el relámpago abre los cielos en la negra noche de tormenta, y se iluminan ocultos cerros y montañas ignoradas, así veras aparecer ante tu asombrada vista, en el fondo de mi alma, nuevas cavernas e ignorados campos al fugaz relámpago de mi dolor.

A ti mi sufrimiento confío, creo que con mi leyenda sentiréis mis dolores, y que aliviado de mi pena al comunicaros mi infortunio, podré seguir las ásperas y desconocidas sendas del destino, más consolado, porque habéis sentido y llorado conmigo. Más animoso porque habéis medido mi dolor, y agradecido porque me habéis compadecido.

No amo los cementerios, ni me deleitan los lamentos del corazón de los hombres; miro de frente el dolor, como se mira el peligro para evitarlo, pero cuando el infortunio ha herido las fibras todas de nuestro ser, las cuerdas de ese arpa misteriosa que se llama el sentimiento, vibran con los sonos de la alegría y cantando hacen llorar.

Los sonos tristes de mi pensamiento que cuento con mis palabras, si no te conmueve mi dolor, parecerán vanos lamentos que lleva el viento.

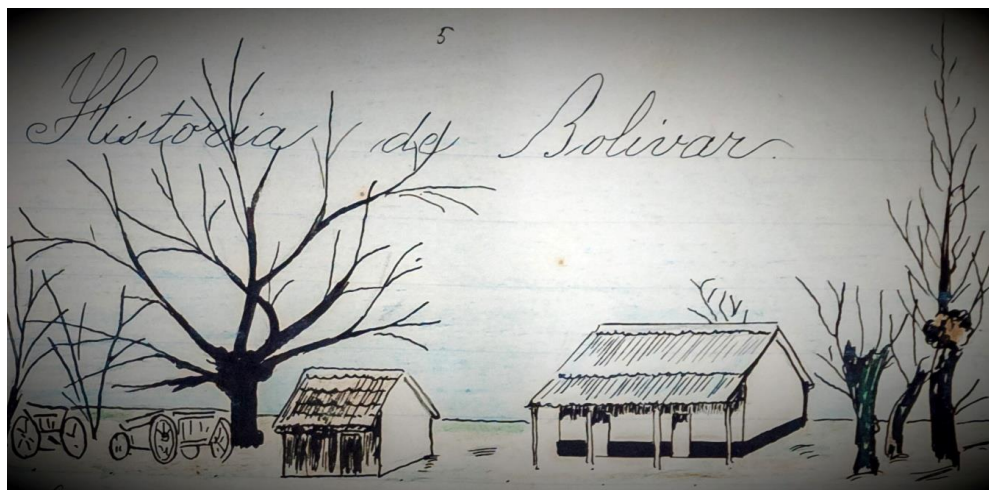
Pero si conmigo sientes, y con tu pena las dos se juntan, con el susurro de la suave brisa se confundirán, y también al alma deleitarán, porque serán quejas divinas del sentimiento.

Llena está el alma de tristeza; no extrañéis que en vez de cantar llore, y que en vez de narrar me lamente.

Juan Ramón Córdoba

Bolívar, noviembre de 1910

HISTORIA DE BOLÍVAR



El abuelo enfermo es traído al pueblo

El médico ha diagnosticado “cáncer al estómago”, sus días están contados, sería bueno que hiciera testamento para dejar arreglados sus bienes; pero ninguno le dice palabra, su vida vale más para sus parientes que todos los bienes de la tierra. Ni sus hijos que lo cuidan, ni sus nietos, ni sus amigos quieren hacerle saber la terrible sentencia que ha pronunciado la ciencia por boca de Solís **2**. Que se extinga sin saberlo, decíamos, y que venga su fin plácido, como después de ponerse el sol lentamente avanzan las tinieblas de la noche y cubren insensiblemente la tierra, ya que no podemos detener la guadaña de la muerte.

Lo acomodamos en el charret, lo abrigamos con ponchos y al trote de un oscuro rodamos levantando polvaredas hasta el pueblo.

¡Pobre abuelo! Vimos rodar por sus mejillas dos gruesas lágrimas al mirar por última vez sus ranchos, con el presentimiento de que nunca más volvería.

¡Adiós mi casa!, murmuró, y luego quedó sumido en melancólico mutismo.

¿Qué hombre no se ha sentido acongojado al abandonar sus amados ranchos alguna vez, cuando el corazón en secreto le está diciendo que nunca más volverá?

Como el triste desterrado con llanto se despide de su tierra, donde ha nacido y se ha criado, donde echa hondas raíces de cariño el corazón, así se despedía de su chacra y miraba como tras de las lomas mustias de su ansiosa vista se perdían sus queridos ranchos. Lo mismo que el viajero

devora con sus ojos como a la última esperanza las playas de su tierra que se alejan.

¡Qué triste nos pareció la tarde de invierno! ¡Qué solos quedaban los ranchos anunciando tapera, qué triste sin el abuelo que ya no cruzaría más por el patio!

¡Qué triste estaban los arboles deshojados, con sus desnudas ramas ya parecían del todo secos!

En los rastrojos veíamos las quínoas secas color café y amarillentas, gritaban los teros en la lagunita a dúo, tero, tero, tero, tero, y resonaban multiplicándose sus ecos por las bajas hondonadas alfombradas de verdor en el silencio de la tarde. Trinaba la perdiz lejos, oíase ladrar perros lejanos. Gritaba el arador “¡Gaviota!” “¡Parecido!” picaneando y apurando sus bueyes en el surco.

Sonaba el cencerro de la yegua comiendo entre las quínoas. Oíase el grito “pit pit” de la cachirla que se remontaba por los aires. Bandadas de mistos pasaban volando y dando alegres chirridos por encima de nuestras cabezas en dirección a los bosquecillos, donde pasarían la noche. Cantaba el gallo en la población cercana, mugía el gigantesco toro en la loma y escarbando se echaba tierra en el lomo, y se oían los silbidos y aleteos de los patos en el cañadón.

Descendía el sol al Oeste en la tarde fría, y al fin llegamos al pueblo. Nos paramos a la puerta del rancho y entre varios curiosos bajamos entre todos al abuelo, lo entramos y lo acomodamos en una buena cama.



Ya se entraba al Occidente, fatigado el señor del día, cansado y triste de su diurna jornada, allá en el lejano horizonte, tras de las lomas distantes, más allá de donde trinan las perdices despidiéndose del día, que melancólico se iba sumergiéndose en las sombras de la noche.

Se veía en el cielo un grupo de nubes como filigrana de fuego, violeta y punzó, que después se volvían rojo sangre y todos los horizontes se pintaban color de rosa, en sonrientes arrebales, en los cuatro puntos del cielo junto con unas nubes cirros al Oriente.

Veíanse venir allá lejos por el camino del Oeste que entra al pueblo, jardineras, zulkis y numerosos ginetes levantando polvaredas que se teñían color de rosa. Las “acollaradas” estaban quietas como límpido cristal y teñían sus aguas de rosa y punzó. Reflejábanse las nubes punzó en sus tranquilas aguas como en un inmenso espejo y mostraba otros cielos y otras nubes tan hermosas que a no ser por mi pena parecían reales, creería estar en los mundos de la belleza.

Asomaba una lágrima a mis ojos sin querer; por mis labios huyeron las palabras que aprisionaba el silencio hacía tiempo y dije, en alta voz, mis pensamientos de funestos presentimientos.

¡Pobre abuelo querido! ¡Tu próximo fin me entristece y anonada! ¡Oh sarcasmo de nuestra suerte! La belleza de la naturaleza sólo servía para

aumentar mi dolor presente. ¿Qué es la belleza cuando el corazón está llorando?

Mudo estuve largo rato en medio de la tarde fría, hasta que se borraron del cielo las tintas, así como se han borrado de mi mente los más hermosos recuerdos. Y cuando brillaron las primeras estrellas en la oscura bóveda de los cielos y el frío me entumecía la nariz y las orejas, descorazonado y triste, entré al rancho. ¡Así pasa la vida como pasa el día!

Me senté a la cabecera de mi abuelo, que dormía. Una lámpara tétrica y velada, con el tubo ahumado y rojizo, alumbraba el silencioso y negro rancho: parecíame estar en las penumbras de la Eternidad o en la mansión de los sueños donde se agitan incorpóreas sombras que viven en el misterio de otra vida.



El rancho de doña Marcelina, donde murió mi abuelo.

El pueblo también triste

Otra noche me asomaba afuera del rancho y el silencio imponente reinaba en el pueblo. Muda la gente, callado el aire y las ramas, y a donde quiera que escuchaba sólo oía ¡Silencio!...

Era la oración ya cerrada cuando se oye el bullicio de las niñas que juegan junto a sus madres en las pobres cocinas de los ranchos y se ven salir las humaredas blancas por sobre los techos de paja y de zinc y entre los descarnados árboles, al tiempo que se ven brillar las llamas de los fogones y se oyen los sonos de las mazorcas o los tangos en las guitarras y acordeones que alegres tocan y bailan mientras está el puchero, los jornaleros, los melenas, los compadres y los matones.

Pero ahora todo estaba en silencio de muerte, el pueblo parecía abandonado y desierto; nadie cantaba, nadie transitaba, ya no ardían los fogones rojizos ni se oían los cantos ni las músicas.

Amado pueblo, decía uniendo mi dolor con la ternura al ver la desgracia de toda la población: tú también, como yo, estás de duelo por culpa de tus oligarcas y tiranos, que han muerto tu libertad y tu derecho. Tú también estás llorando; tus mustias casas abandonadas me lo dicen, tus calles desiertas me lo muestran, tus habitantes se han anonadado en la inacción por no ser esclavos de vulgares oligarcas.

La quietud de la nada reina en el pueblo, el olvido de la muerte se cierne sobre tus habitantes y el mutismo que vive en el Cementerio se ha apoderado de las gentes, que parece que duermen para siempre.

¡Oh noche más lúgubre que mis sombríos pensamientos! ¡Oh pueblo! Como nosotros te has cubierto con el manto invisible de la tristeza. ¡Oh temibles y quietas tinieblas insondables y negras como el destino incierto de todos los hombres!

Sumergidas estaban las casas en la oscuridad impenetrable y las calles en quietud y silencio de muerte. Nadie andaba. Entonces yo me preguntaba y respondía: ¿es esta la ciudad de los muertos o es la ciudad del sueño, o será una evocación realizada al conjuro indescriptible de algún mago desconocido, o será este silencio un sueño que estoy soñando y que parece real por su viveza?

-No. No pueden mis sentidos al unísono ser arrebatados a la vez por una loca fantasía. Es amarga y triste realidad lo que mis ojos están viendo y el silencio que percibe mis oídos.

El pueblo ahora duerme; sus habitantes se han anonadado como los muertos, para huir de sus verdugos. El tirano ha dicho: trabaja para tu amo, dame el dinero que ganas; soy la autoridad, obedece.

-No trabajo, ha replicado el pueblo, -ni te pago ningún impuesto ni coima; sois un vulgar vividor disfrazado de autoridad, cuando salgáis del poder entonces trabajaré.

¡Oh pueblo amado! Tú estás triste y ya sumerjido en la nada y la sombra, así está mi alma ahora, así estará pronto nuestra casa cuando muera nuestro abuelo. ¡Noche triste y oscura! Tú eres la imagen real de nuestra tristeza moral.

El hambre, la miseria y la maldición del pueblo de Bolívar a causa de sus autoridades

Este fragmento está pegado con cinta al relato original. Parece, por la fecha, que fue escrito antes por el autor pero le pareció pertinente incluirlo allí -inclusive está redactado en un cuaderno con diferente diseño de renglones y márgenes-. En la Introducción, Córdoba fecha su escrito en noviembre de 1910 mientras que este poema aparece con fecha de junio de ese año.

-Me paseaba por el pueblo,

por el centro y las orillas

y en todas partes veía

la ruina y la maldición.

-En un rancho solitario

aullaba un perro en el patio:

parecía que sus dueños

hubieran ha tiempo muerto

y en ruina y abandonada

su casa hubieran dejado.

-Entré al patio, miré y vi

una mujer andrajosa

que daba el pecho a su hijo

que inútilmente mamaba

el seno ya mustio y seco.

-Caminante, dijo al verme

ya mi seno está agotado

ya no manará más leche

y mi hijo se morirá.

-Como sólo hojas de coles

así tan mal me alimento,

ya ni fuerza voy teniendo
y rompió en amargo llanto
aquel espectro del hambre,
y blanca como un papel
y ya sin sangre en sus venas.

¡Malditas autoridades!
dijo y quedóse llorando,
y gimió amargamente
y por sus flacas mejillas
deslizábanse sus lágrimas
con el dolor y la pena.

-En otra casa un obrero
rodeábánlo sus hijos
que hambrientos le pedían pan;
la casa desmantelada
ya no ardía en el fogón
alegre el fuego en su llama
ya no hay leña en la cocina
ni tierra, pan ni trabajo.

-Y echaban chispa sus ojos
de una justa indignación,
por su boca maldición
en contra de la mazorca
la bárbara policía
hipócritas truculentos,
vil sostén de los tiranos

verdugos de sus hermanos
dueños de vidas y haciendas.
-Y contra de los verdugos crueles
han dicho asesinos y ladrones
que gobiernan engendrados por el infierno.
¡Malditas autoridades!
dijo el obrero exaltado
porteros de los prostíbulos
y en su rudeza calló.
-Más allá una viejita
en un pobrísimo rancho
sollozaba amargamente
tapados con un pañuelo
que tenía entre sus manos
sus ojos llenos de lágrimas.
¿Por qué lloras? pregunté
¿por qué estás triste viejita?
¡cuéntame toda tu pena!
tal vez te consolaré.
-Caminante compasivo
me respondió entre sollozos
¿cómo crees no he de llorar
si la autoridad ha muerto
a mi hijo que ya crecido
era todo mi sostén?
porque dijeron que era

un bandido y compadre
un día que iba al trabajo.
¿Quién ha de vengar a mi hijo?
¿quién me volverá a mi bien?
¿quién me sostendrá ahora
en mis trabajosos días?
Mi cansado y tardo paso
¿ya tan vieja quién guiará?
Nadie en el pueblo querrá
hacerse cargo de una anciana
¡Malditas autoridades!
dijo y siguió sollozando.
-Más allá un negociante
con la puerta ya cerrada
de su almacén y su tienda
miraba el pueblo desierto,
dormido como los muertos
y en un tranquilo silencio
como aquel del cementerio,
y en la quietud de la noche
miraba su pueblo muerto
como aquellos sepultados
en la tierra y cuyo nombre
apenas los recordamos.
Todo callado y vacío
como una noche sin término;

la colmena abandonada
el cadáver sin el alma.
¿Por qué has cerrado tu casa
le digo yo al comerciante?
¡Ah! me respondió enseguida,
Tú no has de ser de este pueblo,
¿porque si no cómo es
que no lloras con nosotros
la ruina de nuestro pueblo?
¿No maldices los tiranos
que quieren que les paguemos
exorbitantes impuestos
que nos tienen ya de esclavos?
¿Cómo he de querer vender
si todo mi pueblo llora?
¡Malditas autoridades!
que han arruinado mi pueblo
exclamó el comerciante
y quedose mustio y triste.
-Más allá estaba un paisano
a la puerta de su rancho:
inmóvil como una estatua
la mirada feroz
que de ira centelleaba
¿Qué tienes criollo paisano
por qué así estás tan pensativo

por qué tan triste te hallas?

¡Ah!, caminante me dijo:

¿Cómo quieres que esté alegre

si está todo el pueblo triste?

Y estoy también pensativo

porque la autoridad cruel

me ha azotado y puesto en cepo,

me ha cobrado la multa

y me ha robado mi plata

diciendo que era robada,

y sospechaban que yo

fuera algún vil malhechor.

¡Malditas autoridades!

dijo el paisano y calló.

-Más allá en el umbral

de una triste y fría casa

una mujer muy hermosa

semi cubierta la cara

con negro velo de viuda

llorando también estaba.

¿Por qué pues lloráis señora?

le pregunté al pasar.

¡Lloro la ruina del pueblo!,

la muerte de mi marido,

asesinado a traición

por los crueles mazorqueros

sicarios de policía
de la innoble oligarquía.
¡Malditas autoridades!
dijo la viuda doliente
¡Los muertos claman venganza!
-Y más allá encontré
señores que parecían
gente rica y principal
y estaban tristes y mustios.
-Yo me atreví a preguntarles
¿por qué andáis tristes señores?
¡Ah! uno me contestó
¡porque ha muerto ya el derecho
ya no somos ciudadanos
ni siquiera somos hombres:
somos ilotas y parias.
Esclavos de los reptiles
llamados la policía
de la fiera oligarquía
y somos aún extranjeros
aquí en nuestro propio pueblo.
¡Malditas autoridades!
que arruinaron a Bolívar.
-Después me fui a la plaza,
había allí mucha gente
obreros y negociantes,

linyeras, capitalistas,
y empleados y paisanos,
niños, viejos y mujeres
que en un confuso murmullo,
como el viento entre las hojas,
maldecían en mil tonos
a la cruel autoridad.

-Conocemos su crueldad
iracundos murmuraban
su ignorancia y su maldad,
los últimos individuos
de toda la sociedad,
hasta infames presidiarios
los ladrones y asesinos
componen la policía
como guardianes del pueblo
viles espías pagados
por el tirano escondido
con el dinero del pueblo.

-Los culpables son los perros
que obedecen al tirano
comisarios y oficiales
meritorios y sargentos.

El vigilante procede
como manda el comisario,
ellos pues son los infames

que manejan la *mazorca*
de los malos oligarcas.
-Después volví a mi rancho
pero en mitad del camino
me asaltó la ruin mazorca
la infame policía
mandada por los tiranos
me azotó y me robó
y casi me asesinó.
-Y mustio y muy cabizbajo,
también salí por las calles
lamentando como todos
la ruina de nuestro pueblo
y echando mil maldiciones
a la cobarde mazorca
oprobio de todo un pueblo
¡Malditas autoridades!

Bolívar, junio 9/1910

Firmado por Juan R. Córdoba

9 de junio de 1910. Las noches tristes de Bolívar durante el paro

Era ya noche. Mi abuelo, *el viejo, tronco y jefe de una familia*, en su lecho estaba tendido, dentro del rancho frío, enfermo hacía meses, cual un pajarillo herido en su debilidad y vejez.

Recordábamos con amargura lo que dijo el médico. –“Cáncer al estómago muy adelantado, caso perdido”-, con la precisión matemática que nunca yerra ni nunca se equivoca.

¡Oh! Pero nuestros amados parientes, nuestros tiernos afectos están por encima de la ciencia, y esperamos un milagro de la Providencia, la reacción salvadora, la mejoría inesperada, la soñada salvación, pero inútilmente, porque el abuelo se va extinguiendo como la bujía en su propia llama.

Tiene 88 años, la máquina de su vida anda despacio, la existencia de su vida ha llegado a su fin, poco podemos esperar. ¡Sea lo que Dios quiera! No nos abandonamos a las rosadas ilusiones y a impasibles esperanzas. Hay que suponer lo malo en el peligro y no ocultar la realidad con esperanzas de dulce miel, pues que en breve se tornarán en amargas realidades, que avivarán los dolores.

El paro. A la botica

Llegó Solís al anochecer y recetó una bebida para calmar los dolores que roían el estómago del enfermo. ¿Quién va a la farmacia?... Yo, contesté a mis parientes y guardando la receta en el bolsillo me encaminé al centro del pueblo a traer la bebida de la casa de Lesquerre **3**.

Niebla fría como sudario tenue y helado había descendido sobre la tierra, cual si quisiera amortajar el cadáver del pueblo. ¡Oh, los hombres con su odio y Dios con sus elementos castigaban a las gentes! Nada se veía en las calles oscuras, porque ningún farol disipaba las negras tinieblas y ninguna luz percibía tampoco en las casas al pasar, ni cerca ni lejos.

El viento silbaba en las hendiduras de los techos de zinc, como si los seres que fueron y que ahora moran en otras regiones intangibles, ocultos y misteriosos tras los árboles negros, al pasar nos chistaran y nos quisieran llevar al mundo de la nada y me daban escalofríos de terror desde el fondo de la oscuridad lúgubre.

En cada sombra más negra, en los cercos de plantas, parecíame ver brillar un puñal y que alguien espicara a mi paso para hundirlo en mi pecho a traición. O ya creía ver relumbrar un revólver u oír armar el gatillo al tiempo que chasqueaban las hojas de eucaliptus, y que el criminal desalmado sólo esperara que yo enfrentara para hacerme fuego a boca de jarro.

¡Sí! Los oligarcas a nadie perdonan con sus matones fieras sin freno y su policía como repugnante mazorca o rabiosa jauría de perros que obedecen a su amo, a todo el que no esté con ellos persiguen.

Agitábanse los árboles movidos por el viento fuerte y en la oscuridad se adivinaban sus siluetas negras en el borde de la calle, cual si fueran monstruos gigantescos en acecho y próximos a aplastar al miedoso caminante nocturno. Zumbaba en los paraísos con grande y retumbante rumor.

Solo allá muy lejos disipaba la oscuridad un farol, al acaso encendido, que con la niebla semejaba la aureola de algún astro envuelto en humo lechoso y opaco, que hubiera caído del cielo a iluminar la tierra.

El pueblo dormía en su oscuridad, y el odio agitaba el corazón de sus habitantes contra sus malas autoridades. Entrado ya el sol acababa el día para el mundo y para el pueblo.

(a continuación, PAGINA 18 Y PARTE DE LA 19 DEL MANUSCRITO ORIGINAL, *aparece escrito primero y tachado con lápiz*)

Todo el comercio estaba cerrado 4, diríase que las casas eran seres vivientes que habían enmudecido con sus puertas y ventanas cerradas. Los vehículos ya no levantaban más polvo en los colchones de arena de las calles, ya la vida se había suspendido y no se oía ruido alguno de vida. Estaba el pueblo como cementerio donde en silencio yacen los muertos, allá donde el último día moraremos por toda la eternidad.

Trabaja y paga impuestos, dame el mercado, el cementerio, la luz, los mataderos y la coima de lo que ganas, han dicho los oligarcas; somos autoridad, debes obedecer, sino te haré multar y apalear con mis perros de la policía, te saquearé con mis matones y te desterraré de Bolívar, y traeré otra gente que pague.

Obedeceremos la justicia y no a vosotros, vulgares vividores que queréis saquear a nuestros propios vecinos y amigos. No tememos tus amenazas y tu furia, y si nos apuráis mucho os ahorcaremos como malhechores que sois en los árboles de la plaza junto con vuestros matones y vuestra repugnante policía. Y mucha gente de las orillas tenía ya pronta las cuerdas para colgarlos, y otros afilaban sus facones y dagas, preparados para vengar.

Protestamos y no trabajaremos hasta que no salgáis de nuestro Capitolio, ha contestado el pueblo y se ha anulado en su inacción.

¿Y qué eres oligarca sin el pueblo? ¿A quién cobrarás si nadie trabaja?

(a continuación, PAGINA 18, el autor la llama AMPLIACIÓN. Es una página suelta, escrita - con tinta- aparentemente tras la relectura de la primera versión; parece ser la definitiva)

Todo el comercio estaba cerrado, los vehículos ya no levantaban más polvo en los colchones de arena de las calles, ya nadie se veía transitar. Parecía que la vida se hubiera suspendido de golpe, como herida por algún mal terrible y fulminante. No se oía ruido alguno de vida: estaba el pueblo, un pueblo antes tan alegre, como cementerio donde en silencio yacen los muertos, allá donde el último día moraremos por toda la eternidad.

Las casas parecían seres vivientes con sus puertas y ventanas cerradas, habían enmudecido y tenían aspecto amenazador. Detrás de sus puertas cerradas se tramaba la revolución.

Trabaja y paga impuestos, dame el mercado, el cementerio, la luz, los mataderos, el aire y la coima de lo que ganas, han dicho los oligarcas; somos autoridad, debes obedecer, sino te seguiré multando y apaleando con mis perros de la policía, te mortificaré continuamente con mis fieles matones y te desterraré de Bolívar y traeré otra gente que pague.

No tememos tus amenazas ni tu furia insana, si nos hostilizais mucho os ahorcaremos como verdaderos malhechores que sois en los árboles de la plaza, junto con todos vuestros ruines matones y toda vuestra repugnante policía.

Y mucha gente de mala índole tenía ya prontas las cuerdas colgarlos, otros tenían horquillas para pasear sus despojos por el pueblo, otros hachas para descuartizarlos, otros soñaban con esterminar todas sus familias en pingües saqueos y en luminosos incendios de sus aborrecidas casas.

Obedeceremos la justicia y no a vosotros, vulgares vividores que queréis saquear a nuestros propios vecinos y amigos.

Protestamos y no trabajaremos hasta que no salgáis de vuestro Capitolio ha contestado el Pueblo y se ha anulado en su inacción.

Triste he visto al pueblo de día, sin su gente, sin sus coches, sin su comercio, como una ciudad abandonada cuyos habitantes hubieran huido a los desiertos, lejos de la infamia de los tiranos y de la compañía de los hombres inhumanos.

Sólo el cierzo frío de la mañana ha pasado por sus desiertas calles y lamido las cerradas y solitarias casas y los árboles deshojados, como helada caricia de la muerte.

Sólo se ha oído el zumbido de las moscas... etc. Y todos los habitantes se preparaban a la terrible venganza, a las justas represalias de los oprimidos. Quien debía vengarse de los meses injustos de cárcel por sospechas de cualquier cosa, o porque no les cayó en gracia, o simplemente por quedarse con la mujer o hermana o la hija; quien quería vengarse del cepo o de las injustas multas impuestas porque estaba el humor de los empleados.

Quien del honor mancillado de sus mujeres e hijas por la última crápula social llamada policía.

Quien de los azotes por vigilantes borrachos lo los turcos o gitanos traídos quien sabe de donde a la policía.

Quien del asesinato de algún pariente con la disculpa de siempre, 'atentado a la autoridad', aunque fuere muerto en cuadrilla y durmiendo.

Quien de los suicidios misteriosos, quien de los crímenes cuyos autores nunca fueron encontrados.

Muchos vigilantes del campo en los destacamentos se ganaban 300 ó 400 A al mes en tiempo de la cosecha, apaleando, multando y saqueando los trabajadores. Muchos de estos extranjeros robados de ese modo por la policía se preparaban a borrar del pueblo hasta la señal de la casa donde hubiera uno de ellos.

Quien querría vengarse de la persecución y espionaje de los matones

Quien de las prisiones caprichosas

Quien de las estafas de los oligarcas

Quien de los asaltos en cuadrilla

Quien de las calumnias y mentiras de los empleados de la municipalidad

¡Oh! Ni rastro de ellos, ni de sus familias, ni de sus casas quedarían si se daba la señal de la matanza.

El hierro, la sangre y el incendio completarían la obra.

El pueblo en masa rugía de furor, como el océano, y se aprontaba a lavar su tremenda infamia con sangre y con fuego. ¡El día de la venganza estaba cerca! (el último renglón no se lee por estar la hoja ajada)

*Este fragmento aparece detrás de la PAGINA 18, la ampliación, que es la versión definitiva.
Está escrito en tinta, pero tachado completamente, para eliminarlo del texto*

Comienza en PAGINA 19 del manuscrito original.

Triste he visto al pueblo de día, sólo se ha oído el zumbido de las moscas al subir el sol de invierno al cenit; sólo el cierzo frío de la mañana ha pasado por sus desiertas calles y ha lamido las calladas y solitarias casas y los deshojados árboles; sólo se han oído los chillidos y gorjeos de los gorriones al saltar en las desnudas ramas de los duraznos; apenas han ladrado algunos perros por la mañana, como si todos los seres protestaran con la inacción del dominio de los tiranuelos vulgares.

Pero hay hombres, hay seres, que tienen su corazón en sus conveniencias; la virtud ni la nobleza les conmueven, el alma tienen más dura que las frías piedras. Sus bajos instintos y repugnantes apetitos más potentes, se han puesto ahora, ante la protesta **irresistible** del pueblo. Oligarcas sin fe, ni ley, ni patria, ni religión.

El mutismo que precede a las revoluciones, como el silencio que antecede a la tempestad, reinaba en todas partes.

Ahora de noche, el aspecto del pueblo era más temible que las quietas tinieblas, más pavoroso el silencio nocturno, más triste aún; solo se oía el lastimero aullar de los perros en las casas abandonadas, y de vez en cuando el lúgubre graznido de la lechuza con sus “chis chis chis” que erizaban el cuerpo, que invisible pasaba volando por encima de las casas anunciando más ruina todavía, presagiando la ruina total y la muerte de todo Bolívar, y los árboles negros, como suele pasar, sobre las ruinas abandonadas de las taperas en el campo, como el fúnebre lamento de otro mundo.

Pensaba tristemente en el próximo fin de mi abuelo y en la ruina de mi pueblo, al tiempo que iba caminando por la oscuridad impenetrable desde las apartadas orillas del pueblo, y oía sólo el viento fatídico que agitaba las desnudas ramas de los árboles que zumbaban y chocaban, y en mi tétrico pensamiento figurábaseme que eran huesos de esqueleto que hubieran

salido de su tumba en la fría y tenebrosa noche, y bailaran macabras danzas, contentos, al recibir nuevos muertos en la región de las sombras intangibles, asesinados . por el odio frenético de los hombres.

La niebla fría envolvía los árboles y las casas sumergidas en humosa cortina, semejaban extrañas visiones que asomaban sus agrandadas siluetas negras y emergían de entre la vaporosa neblina.

Horrorizado retrocedía, pero mi abuelo se quejaba de dolor, necesitaba la bebida. La farmacia estaba abierta. -¡Sea por mi abuelo!- dije y resueltamente seguí hacia el centro.

Oíanse tiros de revolver, de escopeta y de fusil desde el cerrar la noche, a todos lados del pueblo; son los matones de los oligarcas que intimidan a las gentes por el miedo y el terror.

Grupos de mazorqueros pagos por la autoridad, fieles servidores de una causa innoble e injusta se deslizaban agazapándose, como verdaderas serpientes del mal por las oscuras calles, a tientas andaban o se escondían tras los cercos de plantas de los ranchos espiondo a los atrevidos transeúntes de la oposición.

De repente oí una formidable descarga y vi el rojo fogonazo y el humo en el fondo de la calle; las balas pasaron silbando sobre mí.

Apresuré mi paso en las tinieblas insondables y jadeante me detuve y escondí en un cerco de moras espinosas y rosales; me ensangrenté las manos con sus agudas espinas, pero apenas sentía los dolores. Allí me acurruqué y quedé invisible e inmóvil en la sombra. Una ráfaga helada agitó los aromos y eucaliptus cercanos, zumbaron las desnudas ramas, y trajo rumores extraños a mis oídos, como una amenaza de muerte proferida por la noche en sus insondables tinieblas.

Un minuto después, como a veinte pasos de mí, creí adivinar un grupo de ocho o diez personas. Creí ver relumbrar las dagas, los puñales, los revólveres y trabucos en sus crispadas manos a pesar de la oscuridad.

Parecíame adivinar siniestros rostros, gorras de vasco, chambergos aludos, filosos puñales, gruesos trabucos, largos ponchos y misteriosos pasos. Avanzaban por el medio de la calle como visión de la noche o sueño de la imaginación, tocando las paredes, se detenían un momento a escuchar conteniendo la respiración e interrogaban a la esfinge de la noche el secreto de su sombra y su silencio; después cautelosamente seguían caminando.

No bien pasaron, otras sombras disimuladas en el cordón de la vereda se incorporaron. Han pasado al lado de ellos sin verlos y casi los han pisado. Los que pasaron al sentir rumor tras ellos se volvieron a escuchar. Sonó una formidable descarga en frente de mí, y rompió en estruendosos ruidos el callado silencio nocturno, y los ecos contestaron desde lejos como otras múltiples descargas a todos lados del pueblo.

Otra terrible descarga contestó enseguida la primera y se rompió la neblina en rojizos resplandores como a media cuadra más adelante.

Veía las desgredadas melenas de los emponchados a la luz de los rojizos resplandores de los fogonazos, los ojos brillantes, las caras llenas de odio al rápido fulgor de los balazos.

El estruendo de los trabucos me ensordeció y el humo, y el olor a pólvora me atacó la nariz y la garganta. Llovieron sobre mi escondite numerosos balazos como granos de maíz como cuando cae el grueso granizo del cielo, pero sin herirme felizmente ninguno.

Por un momento siguió el tiroteo en las tinieblas, sin saberse quiénes eran los agredidos y quiénes los agresores.

Parecíame sueño, alucinación lo que vi: bultos negros se arrastraban (*arrastraron*) por el suelo, otros daban (*dieron*) quejidos, llegaron 'ayes' dolorosos a mis oídos, sin saberse quien los profirió. Un momento de tregua y de silencio sucedió a este invisible combate en las tinieblas. Después parecíame que cargaban en hombros pesados cuerpos con sus brazos caídos, al parecer ya cadáveres y se perdieron en el fondo de la oscuridad, y otra vez el silencio pavoroso de los sepulcros reinó en la calle.

Respiré, aquel escondrijo fue mi salvación, si me hubieran visto no me hubieran preguntado quien era, sino que como enemigo me hubieran muerto. Aún tenía los ojos deslumbrados por los fogonazos, aún no se me había aclarado la vista del todo cuando, venciendo mi temor, dejé mi escondite y seguí mi camino.

No había caminado las dos cuabras cuando en el fondo de la oscuridad, por la vereda desierta creí sentir medrosos pasos de alguno que avanzaba. Yo iba por el centro de la calle con tal precaución por los colchones de arena que ni yo mismo oía mis pasos, me eché al suelo enseguida y quedé pegado a la tierra invisible e inmóvil un momento. Creí ver una sombra más negra que la noche, misteriosa, ligera y tenue, como una visión con figura humana, que se deslizaba cautelosamente. Ya agazapándose, ya escuchando los menores ruidos, sus ojos parecíanme fosfóricos como los

del gato. Parecíame ver relucir la hoja de un filoso puñal, creía distinguir el brillo de un revólver cual tenue humo que empuja el tenue soplo del viento. Así se deslizaba la sombra en la oscuridad.

¿A quién espiaré? Pensaba yo.

Pero más adelante, bajo la negrura de los paraísos de la vereda, distinguí la silueta más negra de un ser humano.

¡Ah!, a ese espiaba y a él se dirigía. Por la misma vereda otra sombra tras la primera la espiaba y cautelosamente avanzaba. Al confuso vislumbre velado de lejano farol apagoso, vi relumbrar en su diestra un estoque brillante como lengua de fuego y pronto a hundirlo por la espalda de la sombra que iba adelante.

Horrible es el odio de los hombres como el de los reptiles. El asesino aprovechando las tinieblas para saciar su venganza, que acecha en las sombras como el tigre, para caer de improviso sobre su enemigo descuidado e indefenso y anonadarlo sin peligro. Un reptil espiando a otro reptil para devorarlo, y a su vez espiado y seguido por otro asesino que ansía apuñalarlo o degollarlo con la más paroxística saña o la más tranquila fruición.

Un grupo de negras sombras espiando a otro grupo para matarlo, una sombra por otra sombra espiada. Una sombra que espía a otra y tras de esa otras espiando, y así en todo el pueblo.

De repente en la oscuridad se sienten golpes sordos, 'ayes' lastimeros, dolorosos quejidos, maldiciones espantosas y estertores de agonía.

¡La justicia de los hombres se ha equivocado, pero la mía no!, ha exclamado un hombre con voz terrible en las tinieblas.

Mi venganza se ha cumplido, la justicia está consumada, mi agravio ya está vengado, ahora ya estoy satisfecho.

¿La justicia no es una venganza? ¿Qué extraño es que se venguen los hombres?

El ángel de las tinieblas, terrible pero justo, reinaba ahora en mi pueblo abandonado.

Adivinaba horribles y sangrientas luchas a muerte en el fondo impenetrable de las negras tinieblas, oía el sordo rumor de cuerpos que rodaban pesadamente, que se revolcaban, se golpeaban con furor y luego

creía oír un quejido horrible final y después... el silencio pavoroso y negro de las tinieblas nocturnas.

Odios invisibles e ignorados para la mayoría de las gentes y que salen de noche como el reptil. ¡Ay del que no ha dado satisfacción de su crimen o injusticia pasada, el día de la venganza ha llegado!

Sangrientas luchas a muerte que ninguna policía verá nunca, asesinatos que nunca sabrán los demás hombres, crímenes de fieras humanas que ningún juez castigará nunca, asesinos desalmados que nunca verán la cárcel.

Así fue para mí como inquietante pesadilla en las tinieblas, o una lívida alucinación de mis sentidos, la ida a la farmacia esa noche del paro. Sordos rumores pasaban por entre las negras siluetas de los árboles que se inclinaban con el viento, extraños lamentos al parecer de agonía traía el cierzo nocturno en ráfagas entrecortadas.

Al fin llegué a la plaza, ni un alma se veía en ninguna parte, sumida en penumbras extrañas y envuelta en nieblas misteriosas. Respiré con fuerza y sentí algo de alivio por las zozobras pasadas.

Me senté en un banco ya mojado por la niebla, en la oscuridad, bajo los árboles del centro, frente a la terraza de la música donde antes, los domingos, solía ir a deleitarme oyendo la banda de Juárez **5**. Entonces la pena estaba lejos de mí, ¡pasada felicidad que antes miraba con indiferencia y ahora tan lejana! ¿Cómo has pasado tan pronto?

Sin querer la melancolía se apoderaba de mí, entreveía como una fatalidad irremediable la próxima muerte de mi abuelo; si me hubieran muerto hubiera añadido otro fúnebre crespón a mi casa.

Y sentí que las lágrimas asomar querían a mis ojos, desbordándose como escondido e ignorado manantial de mi dolor por la pena y la emoción que llenaban del todo mi corazón.

¡Oh muerte!, a cada paso afilas tu guadaña para destruir a los míseros mortales.

Preguntaba yo, cómo si mi corazón no estuviera ya dentro de mi pecho, sino que hubiera salido y a mi lado, en forma humana, me acompañara.

¿Corazón mío, por qué lloras?

¿Por qué sois tan débil y estás llorando como una débil mujer o un niño abandonado?

¿Ya no sois como son los hombres que sufren sin pestañear o tu alma también ha salido y se ha apartado de tu pobre ser?

Y mi corazón contestaba: -En la suerte y en la desgracia yo siempre seré tu amigo, tu vida es también la mía ¿no ves que en la sombra te acompaño? ¡No alma mía, yo nunca te dejaré!

¿Qué hombre no se siente anonadado alguna vez y se cree sin fuerzas para vivir? ¿Qué hombre no ha considerado alguna vez amarga la lucha del mundo y dulce el aniquilamiento de la nada?

Los árboles parecíanme gigantes con sudarios negros de muerte o penitentes cubiertos con capuchones que inmóviles y de luto lloraban por los muertos. Nuestro ser es un receptáculo de sensaciones, en ciertos estados de ánimo el hombre parece un reflejo de toda la naturaleza. Cuando estamos tristes la naturaleza parece que nos acompaña en nuestra melancolía.

Yo estaba triste y la noche me acompañaba, y los dos estábamos sumidos en honda melancolía. Alumbraba un farol la tétrica y callada plaza en medio de la noche fría.

Los matones que rondaban la municipalidad me atajaron y me preguntaron quién era y en qué andaba. –“Está moribundo mi abuelo y vengo a la botica a buscar un remedio”-.

–Debe ser espía-, dijo uno de ellos y me siguieron hasta que entré a “La Fe”. Yo estaba pálido por lo que acababa de ver y oír en las tinieblas pero nada le dije a Lesquerre, que me despachó enseguida. Y me volví a sumergir en las pavorosas tinieblas del pueblo, aunque ya no encontré los matones que atajaban a los transeúntes ni vi las sombras humanas como ruines engendros del mal espiándose mutuamente entre la oscuridad.

Sólo oía de cuando en cuando las descargas en diversos puntos del pueblo, y los aullidos de los perros en los ranchos abandonados como llorando como sus amos muertos.

Lúgubre pasaba el viento silbando sobre los techos de zinc y zumbaba en las ramas desnudas de los árboles; la niebla fría helaba mi rostro, el silencio llenábame de pavor, la oscuridad era insondable y caminaba como un ciego a tientas. Adivinábanse las sombras negras y gigantescas de los árboles en los bordes de la calle y al parecer próximos a caer sobre mí.

De nuevo quería invadirme la tristeza y apoderarse de mi ánimo; la pena rondaba mi corazón al pensar que pronto perdería a mi abuelo, y al pensar también en el odio implacable de los hombres de mi pueblo.

Entré al rancho, tristemente alumbrado por una lámpara rojiza como de ultratumba, donde ~~mi madre~~ *Erminia* y mi tío ~~Serapio~~ *Severo*, *los dos hijos mayores*, velaban a la cabecera del enfermo: no se dieron cuenta de mi larga ausencia, sumerjidos estaban en extraña inconsciencia por el cansancio y los insomnios.

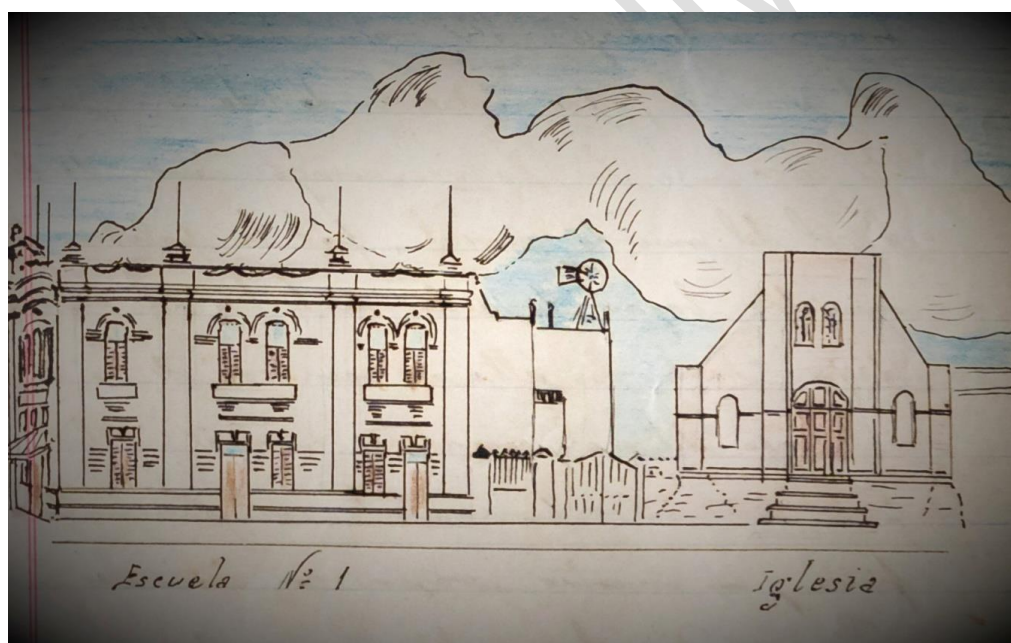
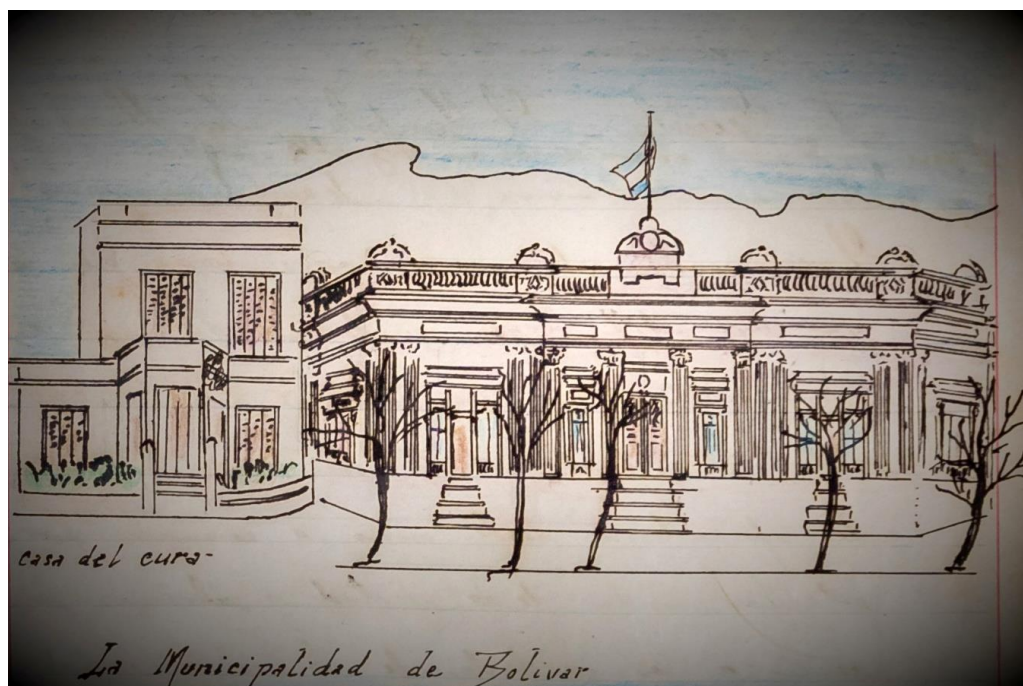
No habían podido medir el peligro que acababa de pasar. –“Aquí está la medicina”-, le dije a mi madre y se la di. Y en medio de mis zozobras y mi melancolía me consideraba feliz ~~¡Oh abuelo querido!~~ *¡Oh mi buen viejo querido!* porque iba a sentir un pequeño alivio por mi pequeño esfuerzo.

El pueblo ha triunfado. ¡Honor para el pueblo!

10 de junio

Era día de fiesta en el pueblo, ha renunciado la municipalidad, y se ha hecho cargo del gobierno comunal el comisionado Pumará **6**.

La banda de música de Juárez tocaba alegres dianas y enorme gentío se apiñaba en la casa de Funes **7**. Algo también me alegraba pero forzosamente, pues más me amargaba al pensar en ~~mi~~ *el* abuelo moribundo que se retorció en el lecho de dolor y que no podíamos aliviarlo.



Fui a la botica y desviándome de mi camino me acerqué y me confundí con el gentío. Don Adolfo Gómez **8** en un vibrante discurso felicitaba al pueblo por el tiempo legítimo de su perseverancia. La elocuencia electrizaba de entusiasmo los corazones, y el pueblo en aquel gran día aplaudió, a Gamundi **9**, a Moglia **10**, a su Comité de Defensa, a sus hombres porque expresaban con sus magníficas palabras lo que el rudo pueblo sentía en el alma. ¡Oh! En los días de la rebelión el pueblo bajo, que en sordo rumor se congrega en multitud, como el rugido del océano en revolución, también comprende el alto lenguaje del derecho y de la moral.

Calac **11** también a instancias de la multitud habló contra la canalla municipal que se rehusó pagarle los 10 mil pesos que habían sacado en gastos de su comercio.

¡Viva el gobernador! ¡Viva Buenos Aires! ¡Viva el coronel Arias **12**! ¡Viva Adolfo Gómez! ¡Viva el Comité de Defensa! Gamundi. Moglia. Dr. Julio Rojas **13** ¡Viva Bolívar!, gritaba sucesivamente la multitud y en clamoreo inmenso y entusiasta contestaban hasta perderse en lejano rumor de la multitud. La gente aglomerada hasta varias cuadras ¡Viva! gritaba.

Honor para el pueblo de Bolívar que pidió justicia. Honor para el gobierno de Buenos Aires que atendió la justa reclamación de su pueblo y no las mezquinas y falaces ambiciones de los oligarcas de campaña acostumbrados a explotar a los trabajadores de los pueblos como si fueran rebaños de ovejas.

¡Viva el gobernador! ¡Viva el coronel Arias! ¡Viva Buenos Aires! ¡Viva Adolfo Gómez! ¡Viva Bolívar! y ¡Viva! Y el clamoreo indescriptible llenaba los espacios en muchas cuadras como el rumor del mar.

El pueblo ha triunfado. Honor para el pueblo. Bolívar salud.

Se vivió al coronel Arias, al Comité de Defensa y al pueblo, después desfiló la multitud interminable por la Municipalidad donde el comisionado saludaba a las gentes. Llegaron a la plaza Italia, con la banda de música a la cabeza y allí se disolvió la multitud en ese día memorable.

La Escuela. El Templo. La Municipalidad

Conversación en la plaza

Al pasar por la plaza oí conversar en voz alta y me acerqué. Algunos curiosos había y yo también aumenté el número de ellos, he aquí lo que conversaban:

El viejo. –Ahí están escalonados tocándose sus muros tres edificios en sucesión admirable, tres casas que son tres ideales del pueblo.

Yo. –Sí, experimentado anciano, la escuela donde aprendemos desde niños a caminar por las estrechas sendas de la virtud y abrimos la inteligencia a las verdades de la ciencia y nos acostumbramos al trabajo. Allí mora el maestro con sus libros, allí vive el padre verdadero de toda la Infancia.

El cura. -¿Y la Iglesia? Donde está el sol del mundo moral; por la palabra de cuyos ministros bajan torrentes de la luz del bien y que disipan hasta las últimas sombras de las oscuras cavernas del mal escondidas como el reptil en el fondo de nuestro pensamiento con sus inicuos artificios y en nuestro corazón con sus malas pasiones. Allí mora Dios y el sumo Bien con sus divinos atributos ¡Pueblo! ¡Qué bajo estás! Israel estaba muy bajo, pero entreveía al Señor al pie del Sinaí lleno de su Gloria. La perfección moral es tan necesaria a los hombres para vivir en sociedad como la salud física para trabajar.

¡Pueblo! Ven a beber la virtud a la Iglesia y la santidad. ¡Ya no conoces tu Dios! ¡Ya te vuelves salvaje!

El viejo. –La Municipalidad, la delegación y resultante de la actividad de un pueblo para realizar los adelantos y el bienestar en sus habitantes. Allí mora el intendente y sus consejeros que administran y cuidan el pueblo, allí moran nuestros representantes con la más alta expresión de nuestro derecho y de nuestras esperanzas, como jefes y padres de su pueblo.

Aquí han obrado con desprecio de las leyes y arbitrariamente sin guardar siquiera las convenciones sociales más elementales.

Son hombres que no han pasado tiempo suficiente en la Escuela ni han tomado bastante el sol divino de justicia y de moral en la Iglesia.

Sus almas son negras cavernas del Mal y viven en noche perpetua con su Ignorancia y no la conocen. ¿Qué garantía tienen los pueblos de la Justicia si los hombres que gobiernan no son morales siquiera medianamente?

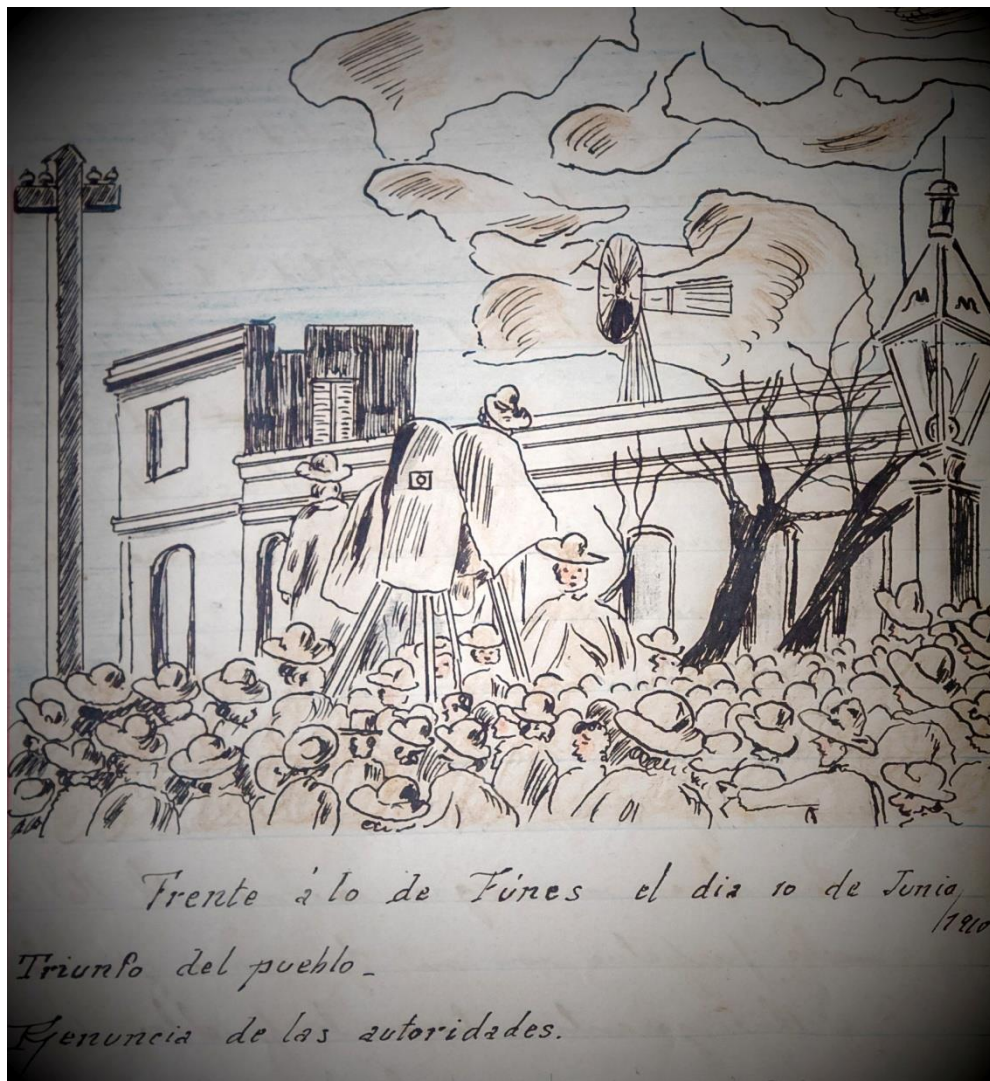
Y no son capaces de gobernar sino por el fraude, la fuerza y la imposición el pueblo por su propia conveniencia buscará sus curas y su Iglesia, y el gobierno quedará como otra infamia de los hombres malvados, así como han quedado los reyes, la Inquisición, los tiranos de todo tiempo, la esclavitud, el capitalista que explota al trabajador, la falta de justicia que engendran los anarquistas.

¿Qué garantía si los que gobiernan no se inspiran en su recta conciencia y en los altos y puros principios de la Moral en el Decálogo? Los hombres que tengan la conciencia más pura y según el ejemplo y la enseñanza de la Iglesia obren siempre serán el mejor gobierno.

Guiados por la ignorancia y animados por los vicios van a su perdición personal y a la ruina de sus pueblos, y los anarquistas como protesta perenne de la injusticia.

¿Ya no habrá hombres capaces de gobernar los pueblos? ¿Ya todas las naciones están salvajes por su propia infamia? ¿Ya sus reyes, sus gobiernos y sus leyes y sus habitantes no son capaces ni de gobernar sus hogares?

Sólo está en pie la Iglesia, ella gobernará de nuevo al mundo y de nuevo lo salvará del próximo naufragio en que va a hundirse la podrida sociedad con la degeneración y debilidad que ha traído la raza humana.



Otro anciano más viejo, que ha sido médico. -Es triste ver la degeneración de la raza por su debilidad y miseria a causa del libertinaje, la locura por el alcoholismo, la guerra destructora por sus vicios y maldades, la destrucción paulatina de la especie humana.

Hace siglos he oído contar a los padres de mis padres: la gente era robusta como las montañas andinas, fuerte como los robles de Europa, entonces los hombres vivían 30 edades de sauce, 30 veces 30 años y eran tan altos como son ahora nuestras casas, robustos y fuertes como los elefantes. Y de tan clara intuición que no necesitaban del estudio para conocer la ciencia,

porque las facultades mentales estaban en toda su fuerza y apogeo como la salud física y moral. Pero ahora hemos degenerado tanto que no tenemos ni salud, ni ciencia instintiva, ni bondad, ni sombra somos de nuestros primeros ascendientes. Tal vez si nos vieran, si pudieran volver a la vida y nos miraran, nos creerían embriones que no hemos salido a la luz de la vida todavía o monstruosidades de la naturaleza y se apresurarían a aniquilarnos por repugnantes. Somos como esos cuzcos que por los cruzamientos continuados se vuelven más pequeños y más débiles cada vez.

Ahora a los 30 años, a veces desde la cuna ya empiezan los achaques de la vejez. A cada paso una mala comida, el aire, la nada misma nos enferma y la muerte como la espada de Damocles está suspendida sobre nosotros y próxima a segar nuestra vida al menor desarreglo, al menor descuido.

A los 80 años, si es que alcanzamos, la medicina nos da por muertos.

El cura. -Bendita Iglesia con tus puras costumbres, tu sois también la salud y la vida.

Bendita Iglesia, tu sois la salvación del mundo; tú eres como el arca de Noé donde se va salvando la raza humana del diluvio universal, de su degradación, de su aniquilamiento general, por la peste, la debilidad, el libertinaje; tú eres el techo paterno; tú eres la salud y la vida; tú eres santa madre Iglesia, la maestra y la madre de todas las naciones.

El rudo trabajador con voz de trueno. El atleta changador. -Yo amo a mis padres porque me dieron este ser que llaman vida, como el arroyo ama la fuente donde nació. Yo respeto a mis padres porque soy una parte separada de sus propios seres; así amo sus vidas porque de ellos desciendo, porque fueron mi guía, mi sostén cuando era niño y aún ahora cuando hombre, son mi guía con sus largos años de más experiencia y perfecto es el equilibrio de su cariño y mi respeto.

Yo amo a mi pueblo como a mi rancho, como a mi casa, sus autoridades y las respeto como amo y respeto a mis viejos padres, porque me dieron el orden, la seguridad, la justicia en nuestro pueblo, así como nuestros padres cuidan y ordenan todo en nuestras casas, en nuestros hogares.

Yo amo y respeto a mi provincia con su gobierno, su ley y su policía, porque cuidan y ordenan todos sus límites como mis padres cuidan y ordenan nuestros hogares, y la municipalidad en nuestro pueblo.

Y también amo y respeto a mi nación como su historia, su cielo, su mar, su suelo, su tradición, sus leyes, sus instituciones, porque por eso soy argentino, uno de los hijos de la madre de todos los ciudadanos. Por eso amo y respeto a mi nación con su bandera porque a su celo y a su orden, a su ley y a su gobierno se desliza mi vida en la paz de mis días, y canto en la tarde cuando vuelvo del trabajo al son de la música el himno del trabajo y de la paz.

~~Un jovencito. Bendita mi patria sea con su gobierno, su ley, su ejército, sus instituciones, su policía y sus habitantes, como mi cuna, como mi rancho donde nací.~~

El empleado. -Yo amo a la justicia porque es la madre de todos los ciudadanos, que me ha dado los derechos de hombre y la seguridad de mi vida y de mis obras, como a mi madre amo que me ha dado el ser como testimonio de la creación, como retoño que me he nutrido con la sabia del viejo árbol de sus cuidados y su experiencia.

Si la justicia es la ley de los gobiernos para todos sus ciudadanos en mi pueblo, en mi provincia y en mi nación serán amados por todos los corazones, serán respetados en donde quiera como con mis padres en mi casa.

El atleta fuerte del trabajo. -Yo también amo a la justicia como a mi padre que me ha dado el ser, pero si el gobierno no es justo con su justicia en mi pueblo, en mi provincia o en mi nación, si no aman ni respetan sus pueblos como el padre ama y respeta a sus hijos, no puedo amarlos y respetarlos como a mis padres, sino aborrecerlos como tiranos, como indignos de ser cabeza de sus pueblos y como enemigos.

...y si es un déspota e inhumano, malvado con su ejército, su ley y su policía, como peligroso para el mundo, lo perseguiré con el puñal, el veneno, el hierro y la dinamita, porque todos los medios son buenos para destruir a los monstruos, las fieras y los reptiles... y calló el atleta rudo con su voz de trueno que dominó toda la plaza.

Melancólicas noches

Llegó la noche y algo de alivio sintió nuestro pobre enfermo. ¡Qué triste parece la Naturaleza cuando nos domina la melancolía y los dolorosos pensamientos como punzadas atormentan nuestra mente; las imágenes sensibles redoblan nuestro pesar invisible!

Clara y fría estaba la noche y helando. La luna creciente de junio amarilla y triste entre dos nublados plumizos ya próxima estaba a entrarse al oeste. El cielo estaba rojizo, adivinábase un árbol negro bajo el horizonte, negro



como la tinta, y un lampo rojizo y pálido de la luna reflejándose en la quieta laguna, tersa y quieta como un espejo en la tierra tendido.

Yo estaba al lado del rancho, bajo los duraznos y acacias descarnados, de tristeza embargado.

Luna triste que te vas a perder en Occidente como mi última esperanza de ver a salvo a ~~mi abuelo~~ *mi pobre viejo, imagen de mi pasada infancia*, va pronto a perderse en la negra realidad de lo imposible.

Pronto te perderás en los negros celajes de la noche, y el cielo y la tierra serán una sola tiniebla, así estará pronto nuestra alma con la negra noche de tu ausencia ¡abuelo amado!

En esto veía pasar muchos paisanos, ovilleros y trabajadores que van a tomar la copa a los boliches y a puerta cerrada en conciliábulos se discutía acerca de la caída de las autoridades.

Las noches muertas de Bolívar seguían aún; al cruzar las calles solitarias y oscuras diríase que se cruzaba el cementerio.

11 de junio

Negras tinieblas cubrían los ámbitos de la tierra; el cielo estaba violáceo, el horizonte en negra sombra sumergido; el agua de la laguna violácea reflejando agrandado el disco en forma de tajada



de la luna pálida y con su luz tan triste como cirio funerario ya muy próximo a extinguirse en medio de la noche fría. Y decía yo a la noche melancólica:

-¡Pronto mi abuelo perecerá como ahora la triste luna va a hundirse al Occidente en la sombra de la noche, él también pronto para siempre va a hundirse en la noche de la muerte! Con estos tristes pensamientos me iba a dormir, pero el ángel del sueño no podía cerrar mis ojos y en mi insomnio pasaban por mi imaginación otra vez las penas pasadas y las presentes.

12 de junio

Amanecía el domingo frío. Me levanté y vestí rápidamente y fui a ver al enfermo. El cierzo escarchado del Oeste azotaba el rostro y entumecía las manos. No durará muchos días el abuelo con estos fríos, pensaba yo.

En frío de la muerte invadía todo mi ser, como el cierzo de la mañana me helaba todos los miembros ¡Pobre abuelo! Tu suerte ya está decidida.

Era noche todavía, pues como tenue y blanca neblina blanqueaba recién el día al Oriente y luego paulatinamente aclaraba.

El horizonte verde claro con áurea apariencia primero se tornaba luego amarillo naranja. Destacábanse en el fondo del cielo las negras siluetas de las casas y los árboles agitaban las copas negras a impulsos del viento frío. Mi abuelo pasaba por dolorosas alternativas, de mañana se empeoraba y por al atardecer se aliviaba, pero día tras día se agravaba y debilitaba fatalmente. Apenas podía hablar ya.

13 de junio. En la noche callada

Noche y día mi madre ~~y mi tío Serapio~~ velaba a mi abuelo. Continuamente calentaban botellas con agua, cosa que a veces le ayudaba Serapio, y rodeaban su cuerpo débil para que no se enfriara, pues aún dentro del rancho hacía frío intenso. Así, en estos cuidados concluía el día, con ansiedad y sin esperanzas de mejoría. Los días parecían más tristes. Ahora cerraba la noche fría.

Ladraban los perros interrumpiendo el silencio solemne y retumbaban sus gritos por los ámbitos del pueblo y sus ecos se multiplicaban en la soledad. Un momento estuve asomado afuera del rancho, frío estaba el aire y semi-oscuro la noche.

La semi-luna opaca apenas se veía deslizarse su disco suavemente hacia el Este tras de las nubes como humo espeso.

Sombrío estaba el cielo inmenso, como nuestro porvenir; negras las casas, negros los árboles como nuestra suerte y nuestro inevitable destino.

Callado estaba el pueblo, porque todos sus habitantes dormían desde temprano, ¿quién va a salir si todo estás cerrado?, ¿a qué van a abrir si nadie anda? Tan desierto estaba el pueblo que ni los perros andaban por las calles ni los gatos por las tapias.

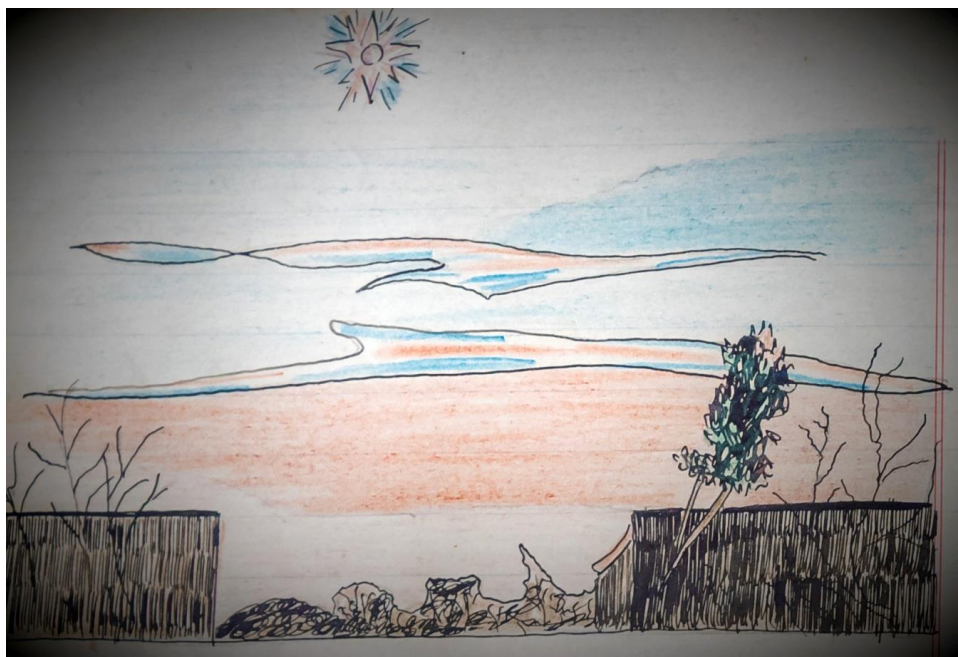
La noche con su brisa que adormece en el olvido del sueño los dolores que sienten los mortales también dormía ahora.

Y esa otra brisa nocturna que susurra algún misterio en las desnudas ramas de duraznos y a cuyo tenue rumor se duermen los niños en el regazo de la amorosa madre, cuando llama al ángel del sueño para su hijo, también callaba.

Después todo el aire quedaba quieto y tranquilo.

Dormía también en su quietud el agua azulada de la laguna, tendida en su cuenca de verde pasto allá en el campo donde se oían silbar los patos picazos.





14 de junio. Pequeño alivio

Me levanté cuando el lucero de la mañana al Oriente brillaba en la claridad esplendente de los cielos, como el faro de la Divinidad que marca el puerto en las costas de la Vida Eterna, adonde arriban los mortales ¡pobres náufragos ilusos! después de su mísera y engañosa existencia en los procelosos y traidores mares de la vida.

¡Mi abuelo pronto arribará a esas costas azuladas donde brilla el lucero de mañana!, pensaba yo tristemente. Volvíanse color rosa los nublados del cenit y punzó los de cerca del horizonte.

Frío estaba el aire y la helada blanqueaba en las matas cortas de alfalfa, en las tablas y en las latas. Me acerqué al rancho del enfermo que tenía su puerta semi-cerrada. Entré sin hacer ruido; iluminaba el recinto la lámpara rojiza que derramaba estrañas penumbras rojizas entre las sombras de las casas. Una sombra de puntillas se movía como un soplo. Era mi madre que hacía incontables noches que velaba.

15 de junio

El enfermo pasó mal en medio de sus dolores. El médico nos dijo que su fin era próximo e inevitable. Debemos conformarnos con la voluntad de Dios, porque para morir nacimos.

16 de junio

Algo de alivio sintió el enfermo, tal vez sea la mejoría de la muerte, pensaba yo. ¡Oh, sino estuviera tan débil tal vez se compondría!

Ya era de noche y salía fuera del rancho a calmar un tanto la fiebre que me dominaba al ver padecer tanto a nuestro ascendiente sin poder aliviarlo. El viento suave y tibio del Norte soplaba acariciándome el rostro calenturiento como suave plumón. Negras casuarinas de la casa vecina se destacaban en el fondo claro azulado del cielo al Sur.

Todas las casas estaban cerradas hacía rato, ya en los ranchos dormían los paisanos con sus mujeres y sus niños; casitas como nidos de los pájaros, semi-ocultas entre las ramas sin hojas de los duraznos, paraísos, álamos y sauces, cuyas desnudas ramas zumbaban con dulzura a impulso del céfiro de la noche tranquila y tan plácido como la conciencia del hombre justo.

Después parecíame que la noche también agonizaba como mi abuelo.

La luna estaba en mitad de los cielos, acompañada de dos estrellas como centinelas del infinito y velada por girones de nubes tenues como gasa, y vaporosas como humo. Rodeábalas una aureola o círculo verdoso. Tristemente alumbraba la tierra, mientras el sueño había suspendido la vida de los míseros mortales que se durmieron pensando en sus vanas quimeras que el tiempo impasible en su eterno rodar derribará; así como las amarillas hojas de los árboles se cayeron arrebatadas por las primeras rachas del Otoño, así caerán nuestros sueños, nuestras pueriles esperanzas arrebatadas por el cierzo frío del desengaño, por las primeras rachas de la adversidad.

Interrumpía el silencio de la noche los ladridos de los perros y sus ecos repetidos que retumbaban en la soledad. Hielaba apagosa la luz de la luna en las lagunas, al ondear como escamas de plata con el vientecillo del Norte nocturno.

El silencio, la quietud y la soledad de la noche parece que pasaran con la brisa suavísima a través de mi ser y así yo no sabía si era la noche la que sentía mi quietud o mi ser que tuviera la quietud de la noche dentro.

¿Dónde vas céfiro de la noche soplando?, pregunté al vientecillo que pasaba.

Hay momentos de abstracción en que el hombre se confunde con la madre Naturaleza y conversa con las cosas reales o imaginarias, y adivina su lenguaje enigmático por medio de sus sensaciones.

Y mi alma se mecía en la quietud como la noche con su céfiro, tan apacible como el aire nocturno, tan suave como el hálito de la doncella que duerme tendida y sin cuidado sobre toda la tierra.

Entonces mi tranquila imaginación como hada con alas blancas o marmóreo ángel me parecía que salía de dentro de mí mientras yo despierto dormitaba y a mi lado mi fantasía conversaba con la noche con rumores, con el aire que pasaba hablando con las ramas y con los astros que parpadeaban en el fondo del cielo; entonces hablé con la noche como dicen que hablan los poetas a las cosas visibles e invisibles del mundo.

En infantil tranquilidad se mecía mi ánimo como la ligera y tenue brisa adormecía la tierra en tranquilo sueño.

¿Dónde vas céfiro de la noche soplando? preguntaba mi corazón, y contestaba mi loca imaginación, tan leve como el ligero soplo de la brisa y tan en secreto que solo podía oírlo: -Yo viajo de noche por los dominios del sueño y sorprendo a los que duermen con letargos pavorosos o sonrientes visiones, en sueños ideales en que muestra la voluntad de Dios y los decretos del Destino que los pobres mortales en su ignorancia casi nunca pueden torcer.

Viernes 17 de junio. La muerte

En la muerte de mi querido abuelo Inocencio Gallo

Permíteme que desgarré mi corazón para contar mi dolor, y que te muestre los antros de mi alma para que contemples como a un cadáver helado a mi pobre pensamiento en la muerte del más puro afecto de mi triste vida.

Mi madre ~~y Serapio~~ desde el amanecer han velado al enfermo toda la noche y Serapio ha ayudado. Eran ya las 6 de la mañana. Dentro del rancho frío apenas hablaba el abuelo. Se dio vuelta y dijo: “siquiera Dios se acordara de mí y me llamara para dejar de sufrir”.

Pocos momentos después dio un suspiro profundo y quedó inmóvil; ya había pasado a los dominios eternos del Señor. Dios lo oyó y lo atendió en su ruego. Como leve suspiro que pasa así murió, sin dolor, sin agonía y para siempre quedó durmiendo en ese abismo eterno de la muerte.

¡Dios le haya recibido en su gloria y feliz le encontremos un día en los jardines del Señor cuando arribemos como él a los campos de la gloriosa Eternidad!

Vino mi madre y me hizo levantar, ya clareaba el Oriente. Dos nubecillas color de rosa se veían en el cenit. El lucero de la mañana como zafiro azul algo empañado brillaba aún apagoso entre ligeras brumas.

¡En la noche del infortunio humano también brilla el zafiro azul de una esperanza en un porvenir mejor, en el fondo de nuestro corazón, como lucero en el cielo!

El horizonte se ponía sonrosado y luego color de rosa vivo. El rocío helado brillaba en el pasto. Brumas azules como humo o vapor envolvían los montes lejanos. Cantaban los gallos, mugía la vaca en el silencio de la mañana.

Mi madre y Serapio como sombras se movían alrededor del lecho donde acaba de espirar mi abuelo y lo vestían sollozando ¡Qué triste y qué doloroso es vestir el cadáver del que nos ha dado el ser y a quien siempre respetamos y amamos! ¡Qué vacía queda ahora nuestra vida y qué sola nuestra ternura! Otros parientes sollozaban en un rincón del rancho.

¡Pobre abuelo, pobres nosotros, ya nunca más te veremos en nuestra compañía, como un sueño que se olvida así has pasado, has partido para otro país de otros sueños tan rápidos como nuestra vida y de donde nunca más se vuelve!

¡Adiós tu casa, tu campo, tu familia y todos tus afectos! ¡Adiós, para siempre adiós!

Llegó Salustiana, la otra hija menor y le dije: ¡Nuestro abuelo querido ha muerto!, ahí están sus fríos despojos que un día animaron su alma. ¡Oh! ¿Quién puede medir el dolor que siente el alma al ver la muerte impasible que destruye nuestro cariño? ¡Dios es testigo! ¡Siento su desaparición desde lo más íntimo del alma y el corazón!

¡Pobre abuelo querido! Aquí estamos todos tus descendientes, buenos y malos, todos estamos tristes y tenemos dolorido el corazón, como quedan llorosos y tristes en la casa, después que el pariente amado se embarcó y ahora cruza los inmensos mares en viaje a desconocidos e ignorados países en los extremos de la tierra.

Así ha partido el abuelo amado para siempre, llevando a la tumba girones del afecto de cada uno de sus hijos y de sus nietos. ¡Así has partido para

siempre al país de los inmortales, has huido de las playas de esta vida miserable a vivir en las mansiones de la Eternidad!...

¡Habéis partido a uniros con nuestra amada abuela que ya mora en el cielo y que no hizo más que precederte en el viaje eterno!

Ya llegaba Venini **14** con sus ornamentos funerarios y disponía la pieza para el velorio.

Un gran paño negro tapizaba el fondo del cuarto hasta el techo, el cajón negro con manijas de bronce, dos soportes de bronce, una columna de madera para el Santo Cristo de metal y seis candelabros dorados de madera torneada con sus seis cirios largos.

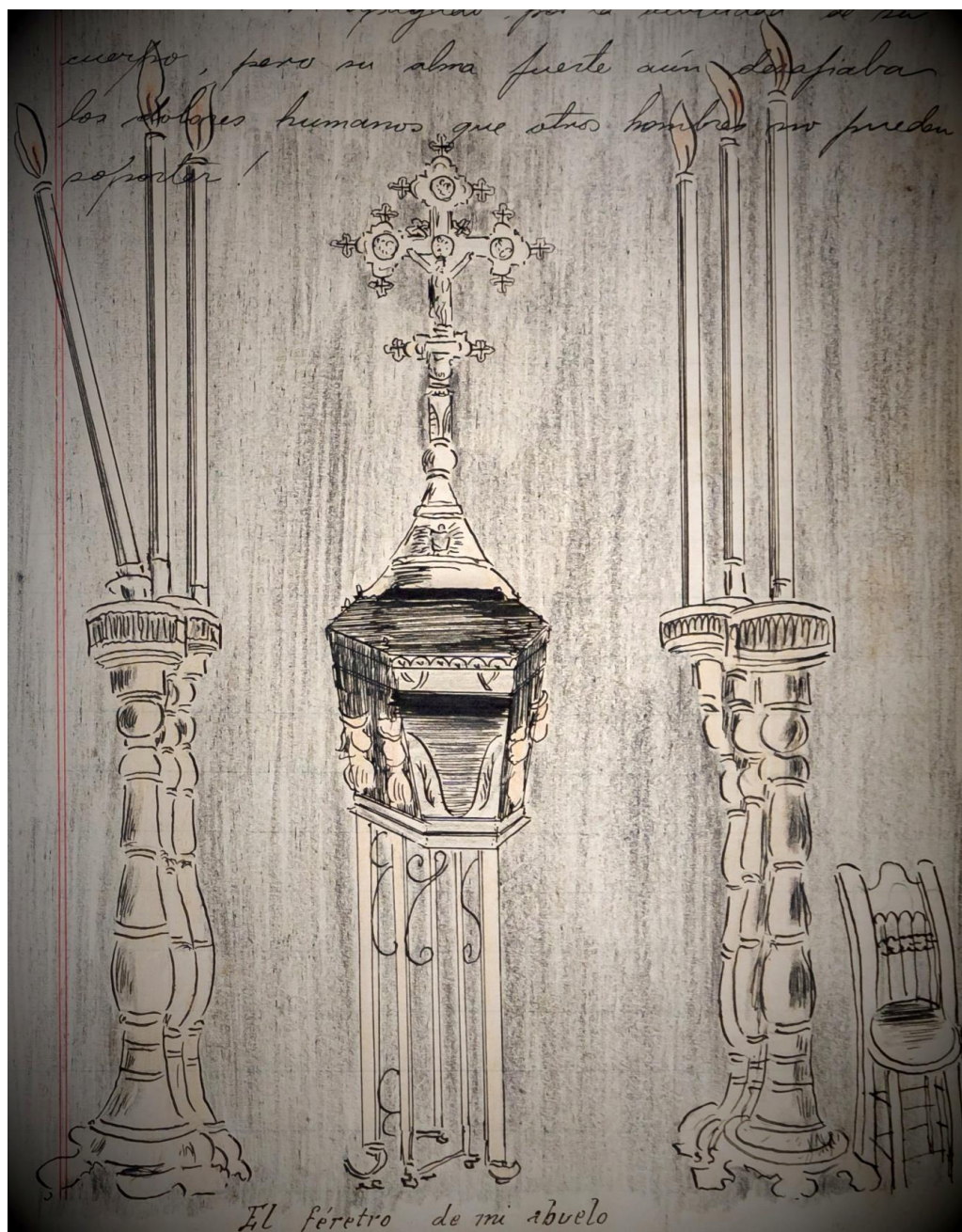
Ahora ardían en la noche de mi abuelo, como los luminaires en el cielo brillan en la noche del mundo cuando duerme todo en sus tinieblas, como brillan a veces las estrellas en el fondo fúnebre del cielo, así brillaban ahora los cirios al lado del féretro de mi abuelo.

El día estaba de primavera, hermoso, así esté el día que haya llegado a las eternas mansiones del Señor, así esté en perpetua dicha y perpetua primavera en los cielos.

¡Nieblas vaporosas como humareda envolvían los montes que parecían azules! ¡Así está el abuelo envuelto entre nubes de dicha con Dios!

El cadáver, débil como el pajarillo muerto en la última tormenta, fue puesto en la caja mortuoria y caía su cabeza para atrás.

¡88 años ha vivido! ¡Era fuerte! ¡Ha sufrido horribles dolores y no se ha quejado! ¡Ha visto cercana la muerte y no le ha temido! ¡La llama de su vida se ha apagado por la debilidad de su cuerpo, pero su alma fuerte aún desafiaba los dolores humanos que otros hombres no pueden soportar!



El féretro de mi abuelo.

Serapio ha llorado mucho: ¡triste tributo y amargo de los vivos a los seres amados muertos!

Venían los vecinos y los amigos y amigas y nos consolaban y decían “acompañó el sentimiento”, y lloraban con nosotros y nos alentaban con palabras de consuelo a la conformidad.

Una vieja conocida, doña Dionisia decía: “Válgame Dios, somos una sombra en la vida y nada más ¡Mire, ayer vivía y hoy ya muerto!... Nosotros también somos iguales aunque no ha llegado nuestra hora todavía”.

Hay que conformarse con la voluntad de Dios exclamaban y nos consolaban.

Mi madre es fuerte para el dolor; a fuerza de tanto sufrimiento moral se llega a un estado de insensibilidad en que no se siente la pena.

Ella ha visto morir a muchos parientes y los ha confortado en la agonía y a incontables extraños cuando era enfermera; pero por insensible que esté el corazón, ¿quién no siente desbordarse los torrentes ocultos del dolor, como río ignorado, desde el fondo de nuestra alma viendo al autor de nuestra vida inmóvil para siempre en la muerte?

Ella es fuerte pero ha llorado contemplando el cadáver de su padre. ¡Oh muerte, último desengaño del mundo, la última prueba de Dios! ¿Cómo desaparece tan pronto la gente para siempre de entre los vivos?

La meditación

He pasado como la brisa, me he agotado como la flor, he vivido como entre sueños como leve fantasía de la mente soñadora. Ahora yo pensaba en la Inmortalidad del alma; no podía creer que en la corta y trabajosa vida estuviera todo el fin de nuestra vida.

¿Cómo puedo creer que su espíritu haya tan pronto terminado de existir? Sí, me decía yo mentalmente, debe haber otra morada y otra vida más perfecta que esta que termina en el silencio de la nada y la destrucción de nuestro cuerpo.

La vida debe ser como la luz que sale de un astro y va a alumbrar los mundos; por eso dice el astro ‘soy la vida, la luz y el sol’. Por eso también diré yo ‘¿soy el astro, la luz y la vida?’, cuando soy la luz que alumbró mi mundo y anime mi cuerpo con mi vida, ¿seré reflejo de vida solamente?

Ensimismado, en un rincón del fúnebre cuarto dejaba a mi pensamiento vagar por los campos de la imaginación. Mi mente se extraviaba en conjeturas y creía adivinar lo que pensaban los buenos y los malos parientes, mientras el dolor presente me oprimía el corazón como pesadilla dolorosa.

Y pensaba en mi melancolía; ¿entonces al ver la brutal vida que los hombres llevan Dios nos mandará el dolor? ¿La muerte de nuestros padres, nuestros abuelos, u otros parientes queridos para que lloremos y siquiera en el llanto le ofrezcamos una sola fibra de nuestra alma? ¿Y nos apartemos de las vulgaridades de la vida diaria, del ateísmo, de la satisfacción brutal de todos los apetitos?

¡Oh! Hay gentes que pasan años y años y encenagados vive en la infamia y los vicios, así nacen y así mueren.

Me acordaba de lo que había visto en otra parte ha poco tiempo: el cadáver aún caliente de un padre, tendido en el lecho donde murió, aún sus hijos no lo habían llorado, aún el corazón no lo había sentido bastante, las fibras íntimas del alma que como arpas de dolor sollozan con la pena aún no habían vibrado en ningún lamento, aún la tosca inteligencia no había medido la pérdida irreparable del padre que le dio el ser y ya una de las hijas, dominada por la insana avaricia, estaba alegando con un hermano, insultándose mutuamente, puteándose escandalosamente y discutiendo por la herencia de los lugares donde se criaron.

¡Pobres seres humanos, almas groseras y primitivas, de brutales instintos como las bestias, con figura de gente pero sentimientos de bruto, lo mismo que los animales del campo!

Sólo tienen una muestra de alegría, la satisfacción de sus petitos, y una sola muestra de dolor, la contrariedad.

La mujer alta, flaca, hecha una furia, con los ojos hundidos y brillantes en el fondo de sus hundidas órbitas, como escorpiones en una caverna, lloraba al pensar que tal vez no recibiría la herencia de la tierra codiciada. ¡Hay parientes que lloran la herencia perdida y no el cadáver de su ascendiente!

¡Dios es terrible, pero es justo, él manda la muerte para que llores miserable criatura; él manda ese dolor ya que no sentiste cuando te hundías en el lodo del mal, despreciando la virtud o la justicia!

¡Llora, mujer dura pensaba yo, que una lágrima sola de dolor sincero purifica el alma!, porque es como el rayo de sol a través de los lóbregos nublados del Invierno, o como el chorro de agua cristalina que sale de las montañas de granito y en su duro seno se oculta el manantial de la salud.

¡Llora mujer de alma fría como las musgosas rocas de granito de la sierra!

¡Desliza lágrimas tibias por tus mejillas, puede ser que sea tu corazón el oculto manantial de verdadero sentimiento!

La virtud de los jóvenes sostiene la vida de los viejos, la maldad de sus parientes los precipita pronto a la tumba.

Aún no han llorado los hijos su muerte y ya se pelean por la herencia, por un mísero pedazo de polvo de tierra que ambicionan, ¡pobres seres de la más baja estirpe humana!

Os compadezco en vuestros innobles instintos y os apartaré de mi camino ¡libreme de vuestra compañía Dios! ¡Libreme Dios de su vicio y estar vosotros a la cabecera de mi lecho cuando esté por expirar!

Me acordaba de la sublime Iglesia que guarda el Decálogo en sus altares como el testamento de Dios y de los siglos, y los sacerdotes que hablaban y enseñaban a los pueblos que retrocedían a la barbarie. Me acordaba que todos los grandes pueblos y los grandes hombres habían ido a beber en ese manantial divino su ciencia o su virtud. Me acordaba de los santos que han honrado la especie humana con sus virtudes como los sabios con su ciencia.

Y veía en los pueblos nuevos o en las dilatadas campañas, los crímenes, los robos, la bestialidad, el adulterio, el incesto, el rapto, la sodomía y otros repugnantes vicios en que se revolcaban como entre el fango, las gentes del pueblo y de los campos.

Ya la policía no bastaba para prender a tanto delincuente y en las cárceles no había más lugar para retener tanto preso a quienes los jueces debían aplicarles algún artículo del código penal.

¿Cómo puede haber hombres que maldigan la Iglesia? Ella ha perfeccionado los hombres mejor que todas las escuelas juntas, ella ha dicho la última palabra de la ciencia moral a toda la humanidad examinando la conciencia de cada uno, perfeccionando hasta los más ocultos pensamientos en el bien.

El hombre que te diga que no hay Dios y que eres libre de pensar o hacer lo que quieras, esa es la serpiente tentadora que quiere perderte. Los 10 mandamientos de la Iglesia gobiernan el mundo y por tu ignorancia o tu maldad seréis castigado.

El código penal no es más que una ampliación del Decálogo.

Mira la cárcel, mira la locura del mundo, mira las plagas y las pestes, las guerras, la mano oculta y vengadora de Dios cae siempre sobre los que no cumplen sus mandamientos, nunca sobre los justos.

Como anatema terrible de su justicia, como dueño del mundo en su Eternidad, como gloriosa muestra de su poder, supremo bien, sol eterno para la conciencia de todos los hombres justos.

Y mi conciencia dentro de mí como un eco repetía. Sólo la Iglesia es verdad, sólo la Iglesia es la luz. Sólo ella ha dicho, 'sufre hijo mío que este mundo es una prueba para entrar a la verdadera vida'. ¿Quién dijo nunca palabras más consoladoras, delante del cielo, la tierra, ante la vida y ante la muerte desde el fondo de los siglos?

Desfilaban después en mi fantástica procesión por mi somnolienta imaginación mi tío abuelo Don Genaro de 96 años, muerto el año pasado. Ya no saldremos juntos a buscar esquilas, ni juntas de maíz, ni nos veremos más en la siega los veranos. Nuestra abuela muerta. Don Pastor muerto, y ahora nuestro abuelo. Los amigos y conocidos que uno a uno murieron, como visiones pasaron por este mundo y como sueños que se olvidan fue su vida, y solo un leve y confuso recuerdo dejaron en la memoria de algunos. ¡Vida que tanto amamos, trabajos que tanto nos afanan, que poco sois de verdad!

Tan fugaz es nuestra vida que sus trabajos pronto olvidamos como sueño que se borra de la memoria, y tan corta que el más viejo siempre dice: 'me parece que ayer era niño todavía'. Ya los hombres han degenerado tanto, se ha debilitado tanto la raza humana que de 30 edades de sauce que vivían en tiempo de Noé ahora sólo 3 apenas alcanzan pocos.

Ya se entraba el sol, grande y rojo, atravesado por dos fajas horizontales de tenues nubes blanquecinas, como velado por lágrimas tan tristes como las nuestras.

Por el camino que entra al pueblo, por las orillas de las acollaradas, los charrets, sulkis y ginetes al galope levantaban polvaredas que al iluminarlas los oblicuos rayos del sol poniente parecían lluvia de oro.

Ahora casi era noche: las mujeres y los niños silenciosos se movían como sombras inateriales alrededor del féretro de mi abuelo, mientras ardían tristes los cirios con sus tranquilas llamas como ángeles que velan, destacándose sobre el paño negro que cubría todo el cuarto.

El ángel del silencio, el del sueño y el de la muerte acompañaban ahora el cadáver en la sala negra.

Cuando los golpes de la adversidad nos muestran la dureza de la experiencia como quien busca la sombra para guardarse del sol del estío,

así buscamos cobijarnos bajo el árbol de la inocencia, buscando la sombra de la ilusión para evitar las angustias de la razón.

Mi pensamiento caía en las cimas desconocidas de ultratumba y veía abiertos nuevos abismos en el fondo de las tinieblas de la muerte. El misterio nos desespera y mi ignorancia era tan profunda como el silencio y la noche de la misma muerte. ¿Qué hombre no ha reflexionado alguna vez en el misterio que le aguarda en la tumba? ¿Quién puede penetrar el secreto de la vida? ¿Dónde estaba yo antes de nacer, dónde estaré después de la muerte, cuando pase las puertas del sepulcro?

¿Dormiré realmente el sueño eterno como son las apariencias o tendré como el sol en la noche cuando no le vemos que trabajar siempre lo mismo en otros mundos? ¿O será la muerte del cuerpo la resurrección de las almas que van cubiertas con los andrajos de la carne y que dejan como la oruga que se transforma en mariposa?

¿O será nuestra vida la resultante de la materia, o fluido eléctrico, o como la luz que existen pero son inexplicables?

¿No seremos sonámbulos que obedecemos a las sugerencias de Dios?

¡Oh! La duda, enfermedad de la mente que atormenta nuestra pobre existencia. Amargamente lo veo ¡sólo el dolor es verdad!

Me abismaba en hondos pensamientos tan terribles como la misma muerte, tan profundos como el génesis de todas las cosas y mi imaginación se perdía en un océano de misterios.

¿Habría otra vida o aquí solo será nuestro infierno, atormentados por nuestro propio pensamiento? ¿No seremos más que un animal perfeccionado y poseídos de la locura de la inmortalidad?

Y me ensimismaba en profunda meditación como queriendo entrever algo, a través de aquel cadáver helado en su silencio de muerte, así como en la oscuridad de la noche negra había creído adivinar las siluetas de las casas y los árboles, pero mi ruda inteligencia sólo entreveía el silencio y el misterio.

Aguzaba mi entendimiento para ver si descubría a través de las tinieblas de la muerte, alguna señal, alguna débil penumbra, reflejo de otra vida, como quien aguzaba la vista en días de espesa neblina cuando se acerca a su casa en el campo y frunce el entrecejo para ver si ve surgir los árboles de sus ranchos y la humareda de su cocina; así aguzaba mi entendimiento a través de la noche de ultratumba, pero nada más que el silencio y el misterio respondían.

Creía en mi delirio poder interrogar en un muerto amado, a la esfinge de nuestro destino futuro, más enigmático aún que el silencio de la misma muerte.

Y furtivas lágrimas corrían por mis ojos, como locos pensamientos se agitaban en mi mente.

Mirando a mi abuelo muerto decía: ¡cadáver del que he amado! ¿Ya ni en sueños me puedes responder? ¿Menos sois que un ligero suspiro? ¿Menos sois que el vientito frío que ahora gime en las desnudas ramas de duraznos? ¿Ya sois menos que la sombra de mi cuerpo? ¿Ya tan lejos estás de nosotros? ¿Ahora sólo sois un recuerdo fugaz? ¿Tan poco es nuestra vida?

Y mi conciencia repetía: sólo el dolor es verdad, sólo la Iglesia es verdad.

¡Pobre mortal que vives sin saber si estás viviendo me decía yo al considerar mi debilidad y miseria, pobre polvo de la tierra, pronto engordarás a tu madre con sus soberbios despojos, apenas un débil soplo te anima, apenas una línea eres más que la bestia, apenas empiezas la vida y ya la muerte espía tus pasos, apenas abres la boca para preguntar ¿qué es la vida? cuando esta ya ha pasado como ráfaga ligera.

Hombre que arrastras tu vida en la tierra, ¿dónde está tu reinado?

¡Ah! ¡Sólo la muerte es verdad, sólo la Iglesia es verdad!

Y la honda pesadumbre de mi dolor presente se aumentaba con la profunda ignorancia de mi propia vida.

En eso entraban a la sala negra unos paisanos trabajadores, viejos conocidos del abuelo desde muchos años y en silencio se sentaban en un rincón oscuro lagrimeando.

¡Oh miseria del pensamiento humano! Mi razón sólo servía para inquietarme con la duda y mi imaginación para apartarme de la verdad con las suposiciones.

¡Felices los hombres del campo, felices amigos paisanos, vosotros trabajais siempre sin inquietaros pensaba, mirándolos con envidia; ellos con unos pocos instintos para vivir llegaban al resultado de la verdadera sabiduría, a la tranquilidad del espíritu, sin haber experimentado las dudas ni las zozobras de la inteligencia!

Ellos vivían y morían lejos del ruido del mundo, en perpetua infancia con su pobreza, mirando las luces del progreso de lejos, pero sin entrar a la ciudad

y así vivían y morían olvidados en medio de la Naturaleza, como los pájaros en cada Primavera.

Después la ternura de mis recuerdos me dominaba y me decía yo mismo:

-Amados paisanos del campo, vosotros me recordáis a mis campos natales. Ahora ya habéis encanecido vosotros que me visteis crecer en la infancia y que amabais en vuestra ruda ternura; yo siempre soy el mismo de antes; en nada ha cambiado mi cariño para vosotros. Aunque me creáis hombre soy siempre el mismo niño de antes, aunque estéis viejos siempre sois mis amigos, porque mi infancia pasada y vosotros siempre teneis una parte en mi corazón y un pensamiento en mi mente.

Mientras dentro de mí se agitaba un mundo en silencio en el torbellino de mi pensamiento, afuera la luna blanca alumbraba tranquila y misteriosamente la tierra y al pueblo dormido, y adentro los pálidos cirios destacándose del fondo negro de paño que cubría la pared hasta el techo, alumbraban esa noche plácida en que ahora dormía mi abuelo para siempre en la región de la muerte.

El velorio

Rezaron el primer rosario y el segundo también con religioso recogimiento.

Venían amigos y contrarios en política, pero la muerte hace olvidar todos los agravios.

El enemigo olvida su odio y se postra de rodillas a rogar a Dios en su plegaria.

¡Bendita sea tu oración y tu humildad ante la muerte! ¡Oh enemigo! De volcánicas pasiones y que irreconciliable luchabas, ahora vas a humillarte ante el cadáver de tu enemigo y a abatir tu soberbia como las olas en días de viento van a quebrarse en las toscas de las barrancas en las Acollaradas!

Fuimos después a la cocina, Serapio estaba frente a José en la mesa y otras muchas gentes había también sentados y de pie.

Salió sin saberse de donde una gran araña negra como azabache del lado de Serapio en dirección a José y todos quedaron mudos de espanto. Yo me armé de una bolsa y la apreté contra la mesa con toda la fuerza de mis manos hasta que crujió y luego la eché al suelo y la deshice con el pie.

Serapio y José habían bebido, en sus palabras lo conocía.

José lo quiso reprender para que no tomara más hesperidina, pero Serapio se ofendió y rezongó y adrede tomó caña que otro amigo le brindaba.

Mi madre y otros sobrinos le aconsejaron que no bebiera más pero él se enojó y dijo que no era criatura para que lo reprendieran.

Nosotros solo dimos hesperidina a las mujeres y ginebra a los hombres en copitas, pero otros borrachos debajo del poncho habían traído caña y repetidas veces convidaron a Serapio aprovechando las oscuridades y las sombras del patio.

Después Serapio con unos amigos se fueron al rancho enfrente a tomar mate. Allí había un brasero y hervía el agua en la pava.

Ardían las velas largas desde las 7 de la mañana, ya se había gastado la mitad de su longitud, ardían con suave lampo de luz melancólica como nuestra pena invisible, que anudaba nuestra garganta. ¡Así sea plácida su morada y tranquila como esta mortuoria mansión que ahora tienen los despojos del abuelo querido!

Corrieron entre los asistentes unas vueltas de mate, de café, de hesperidina, ginebra y cigarros al estilo de todos los velorios.

¡Oh reza, pensaba yo al verlos arrodillados y oír el suave murmullo de las oraciones que como mística marea, subía como impalpable soplo de los ángeles y llenaba de conformidad nuestros tribulados corazones! ¡Reza alma caritativa, reza y embarga tu alma en la sublime oración de los hombres perfectos cuyos dulces acentos llegan hasta el mismo trono de Dios en su gloria!

¡Oh, hombre que vas por el mundo como soñando, porque ni sabes como yo lo que quieres encontrar, el pensamiento amargo de la muerte y la presencia de un cadáver nos hace más buenos para con los demás! El ser más duro de corazón piensa en que un día morirá y en que también será cadáver como aquel que están velando y olvida por un momento en su conciencia los vanos deseos de riqueza y ambición que son el origen de los vicios y los crímenes de los hombres.

¡Reza hombre y pule tu conciencia con la virtud de tus buenas intenciones, con el horrible pero verdadero pensamiento de la muerte y piensa en Dios, abre el manantial de la caridad ahora para ese muerto, mañana para los vivos y así serás más bueno! ¡Reza hombre, reza mujer! Tu buena intención es el principio de la Santidad que Dios oye. ¡Benditos los hombres que rezan!

3° Rosario trágico

Eh hecho

Estábamos ensimismados y rezando el tercer rosario dentro de la sala enlutada, cuando remolineó la gente y las mujeres miraron y se asomaron al patio. “Don José está herido dijeron y repetían en todas partes: lo han herido”.

Alquilábamos el rancho de enfrente mientras duró la enfermedad del abuelo, y ahora que había fallecido lo velábamos en la casa de enfrente.

Serapio, Germán, Saturnino, Lemos y otro mocito cuyo nombre no recuerdo, medio ebrios tomaban mate afuera del rancho y conversaban en voz alta.

José estaba durmiendo dentro del rancho y al sentir la jarana y la algazara afuera se asomó en paños menores, aún con los humos del alcohol y les dijo que allí no era comité, ni reunión, que el velorio era enfrente y que se fueran. Los otros ebrios lo insultaron y desafiaron a pelear, lo quisieron atacar, pero se contuvieron a duras penas, tal vez reflexionaron.

Al poco rato volvieron a reunirse otra vez y a conversar el alta voz y entonces José vistióse y saliendo afuera les volcó la pava y derribó el brasero de un empujón, con que estaban tomando mate y los hecho de allí. Les dijo que no era reunión, ni comité el rancho para estar jaraneando, que no lo incomodaran, que tenía que dormir y que el velorio era enfrente y no allí donde estaban.

Entonces lo insultaron y sacaron los cuchillos para acometerlo, pero él se metió adentro del rancho.

Uno le avisó a Serapio lo que pasaba, y este ciego de ira dicen que vino del fondo, los insultó, y bramando de coraje, con el cuchillo en la mano, al tiempo que José de nuevo abría la puerta, le pegó un hachazo en ojo y un planazo por la cara, y al dar vuelta para entrar al rancho le hundió el cuchillo por la espalda.

Nosotros rezando estábamos entretenidos enfrente y yo salí afuera un momento ignorando que José estaba herido, y no sabiendo nada tampoco de lo que había pasado.

Sentí un murmullo en la calle y me asomé a inquirir lo que era. Divisé, más bien adiviné a Serapio, que por el medio de la calle se iba castañeteando

los dientes en dirección al campo y Germán al lado que le decía: “No se vaya amigo, que no es nada”.

En ese momento José atravesaba la calle, los lamentos y los quejidos y entraba ensangrentado al patio entre el asombro de todos los que estábamos y se dejó caer desfallecido en una silla en la cocina.

Serapio se volvía por detrás a ultimarlos, pero los presentes lo atajaron. Yo le pregunté ¿qué ha pasado?, pero me contestó con un sordo gruñido y empujándome a mí y a otros que había delante trataba de llegar hasta José. Decía: “yo te voy a enseñar a respetar a mis amigos”. Le reproché: “Pero no ves cómo estamos con el velorio para que des este escándalo”, pero no me atendió y volvió a salir a la calle otra vez.

Yo me figuré que a José lo habían golpeado solamente por alguna impertinencia.

No he podido averiguar con toda certeza cómo sucedió el hecho sangriento. Otros dijeron que Germán Gutiérrez le pegó el primer hachazo en la frente, y otros contaron que al echarlos José del rancho lo llamaron a Serapio que en ese momento estaba echando pasto al caballo y que se vino bramando, escupiendo, vociferando y puteando, y entre otras cosas decía: “yo pago la casa y soy dueño de estar con mis amigos; los ha echado. Yo le voy a enseñar a respetar a mis amigos”.

~~En 2 años de enfermedad de sus padres~~ había pagado 7 A (*pesos*) ese mes para el alquiler del rancho; los demás meses José los había abonado de su sueldo como ordenanza del Consejo Escolar y de la Municipalidad, junto con otros gastos que nadie, nunca se acordará.

Vino José herido dando quejidos y ayes, chorreando sangre. Todos se sorprendían y espantaban. ¿Quién puede haber herido a Don José? “Hay que dar cuenta a la policía enseguida”, decía Meliendres, “para averiguar lo que ha pasado y prender al culpable”.

Cayó desfallecido sobre una silla en la cocinita, primero le lavaron la cara que sangraba y lo cegaba al chorrear; después se lamentaba y gemía y decía que no podía respirar entre el asombro y el miedo de todos los presentes.

Más tarde le sacaron la camiseta y se vio la profunda herida que tenía en la base del pulmón, enfrente a los riñones, que a mí me pareció mortal.

Ramón G. y Pepe **15** mandados, fueron a buscarlo a Solís o a cualquier otro médico, para que lo reconociera e hiciera la primera cura, pero después de

ir a su casa y por el Paris-Hotel volvieron sin haberlo hallado en ninguna parte.

En esto ya eran como las 11 de la noche. ¡Oh suerte impía! ¡Quién sabe si amanece el enfermo pensaba yo, y cayó una lágrima involuntaria de mis ojos dominado por honda pena, al ver la nueva ruina que caía sobre nosotros, y al pobre José tan injustamente herido!

Si no fuera mortal la puñalada no daría cuenta, y quedaría el hecho como un escándalo de la chusma del barrio. ¡Ah! pero puede morir el herido y ¡libreme Dios de ser yo el encubridor de la muerte de ninguno de mi casa! De un asesinato que tal vez clame venganza desde la tierra.

Entonces yo y Pepe nos encaminamos en silencio a la comisaría y en breves palabras conté al escribiente de guardia el hecho sangriento en el velorio. “Que traigan presos a los dos, al herido y heridor” dijo. Volvieron con nosotros dos agentes, 1 a pie y otro a caballo y comenzaron a averiguar lo sucedido entre los primeros circunstantes que hallaron.

Después, sin saberse de donde, apareció el sargento y el oficial de policía. José estaba acostado y sangrando, inmóvil sobre el catre en la cocina, no quería que avisáramos a la policía; pero ahora era ya inútil su recomendación pues ya estaban en la casa y habían mandado presos a 3 ó 4 mocitos.

Mandaron formar a todos, hombres y mujeres, para llevarlos presos y el sargento con fuerte voz y airado dijo: “Ni entre los indios del Chaco de donde he venido hace pocos días he visto tanta barbaridad, ni tan poco respeto por los muertos”.

Lino Meliendres observó: ¿a qué nos van a llevar a todos?, ninguno de nosotros se irá, todos somos vecinos antiguos y si la policía quiere averiguar la ayudaremos en lo que sepamos. ¿Qué culpa tenemos los que hemos estado rezando adentro cuando ha ocurrido el hecho allá enfrente?

Entonces los dejaron libres. Preguntaba la policía ¿quién ha sido? Uno dijo Germán, pero otro aseguró que era Serapio. Los buscaron pero ya habían desaparecido como por encanto.

¡Oh noche lúgubre y trágica! El hijo Serapio en vez de velar el cadáver de su padre, sentado como estaba primero a la cabecera del túmulo, se fue al rancho a tomar mate y conversar de trillas pasadas y peleas con los mocitos imberbes y compadritos que él llamaba sus amigos, que son los que tuvieron la culpa de su ruina.

Ya Serapio desde la tarde andaba poseído de la furia insana de la locura. La pena por la muerte de su padre tal vez más los trastornaba y embutecía.

Golpeó por la tarde a su hermana menor porque la oyó llorar a gritos y quejarse de que por qué no le habían avisado. “No está uno para avisar” le contestó Serapio. “No resucitará con tus gritos. “Te voy a sumir el cuchillo si no te callás” “¿Por qué no viniste ayer sabiendo que estaba moribundo?” Y después de abofetearla, ambos se insultaron e injuriaron mutuamente, con el escándalo consiguiente.

Cada cual tiene su modo de demostrar su pena. Después rezongó porque los perros de José le incomodaban y decía: “Los voy a degollar junto con el amo” profiriendo blasfemias e injurias feroces.

Luego se enojó con su sobrina, sobrinos, con la otra hermana, con José y otros amigos, porque le aconsejaron que no era bueno que se dejara dominar por la bebida.

Pero él se incomodó más y replicó: “Voy a tomar todo lo que yo quiera y nadie me va a privar, para que sepan que no soy criatura”, y se empinó y se tragó una gran copa llena con ginebra que estaba sobre la mesa de un sorbo.

¡Oh memorable noche de nuestro amargo destino! -¡El abuelo muerto, la gente rezando y Serapio en vez de orar al lado del cadáver de su padre con ánimo mustio y triste hirió a José que no tenía arma ninguna y no creyó que lo atacaran!

El alcohol, ingerido en grandes cantidades, han ahondado la pena y aumentado la brutalidad de Serapio.

El alcohol ha trastornado su juicio y su cerebro. El alcohol lo ha hecho olvidar el caso en el que se encontraba. El alcohol le ha impedido medir la irresponsabilidad en la que incurría.

Melancólicamente luego me preguntaba a mí mismo: “¿De qué clase de fibra humana es este hombre?, casi indio, casi salvaje, medio bárbaro, ¿sin sentimientos humanos? ¡En adelante huiré de tu compañía!”.

Serapio huyó enseguida dejando el cadáver de su padre abandonado, a su hermana y a José herido que lo han cuidado, durante largos meses de enfermedad.

La noche estaba velada, tras humosas nubes que ocultaban la luna; sombreaba con penumbras fúnebres y misteriosas toda la tierra como si

ésta hubiera vuelto al caos primitivo, al limbo, donde se formaron las primeras cosas.

Allá iba ¡Quién sabe dónde! Serapio huyendo con el caos en su alma, en el caos de la noche, entre la oscuridad y dejando el cadáver inmóvil de su padre en el cajón, en el cuarto tapizado de negro, a la luz tranquila y plácida de los cirios que como ángeles de la corte de Dios velaban el cuerpo que animó el noble espíritu de mi abuelo.

Huía el hombre, pero los ángeles guardaban ahora la casa, ¡ellos no tenían los odios que alimentan insanos los mortales!

Mi madre lloraba y lavaba las heridas de José con doña María Viñas y doña Francisca Torrilla, remolineaba la gente, se cuchicheaba y se desbandaba el velorio.

Serapio dejaba tras sí, la afrenta y el escándalo. Como el remolino ensucia el patio recién barrido, así quedó nuestra casa revuelta esa noche.

“Si hubiera sabido esto”, decían algunos hombres, “no veníamos”, “vámonos pronto” decían otras mujeres, “esta gente es capaz de hacer una carnicería con todas nosotras”, “¡Qué miedo mamá!” decía una jovencita – “Vamos pronto a casa, van a pelar otra vez”. Y todos en tropel se iban sin despedirse.

Otras y otros no decían nada pero también desconformes se retiraban y una vieja murmuradora agregaba “¡Qué gente sinvergüenza, miren que velorio! -¡Se quieren dar tono como personas decentes como la gente quieren aparentar y no son más que salvajes sin civilizar!”

¿Qué podríamos decir nosotros ante sus justas críticas? ¿O qué culpa encontrar para el sangriento escándalo?

Venía la policía y averiguaba el hecho sangriento. Al principio ni el mismo herido quería decir, ni los que sabían tampoco, pero alguien dijo que era Serapio, el ~~cuñado~~ que ahora huía por el campo.

El oficial levantaba el acta del hecho y así principiaba el sumario y luego se retiraba.

¡Allá va dejando imposibilitado para el trabajo a su hermano y herida en el corazón a su hermana con su desagradecimiento y abandonando el cadáver de su padre a los mismos a los que ha afrentado!

¡Compadezcamos a los hombres en sus paroxísticos impulsos malignos, en su ignorancia y su ceguedad en vez de aborrecerlos! Las malas acciones y los crímenes son hijos de la Ignoracia.

Compadezcamos a Serapio, en vez de maldecirlo, porque no supo dominar sus malvados impulsos, ni respetó a su padre muerto y no reflexionó en el mal que causaba a su propia hermana y hermano a quiénes tanto agradecimiento les debía.

El día que se arrepienta y reconozca su error será perdonado, ¡porque por encima de los códigos está aún el corazón y el sentimiento!

¡Amarga escuela es la vida para la persona de pocas luces, a cada paso tropieza y terribles son sus caídas!

¡Pobre Serapio!

¡Allá va vuelto entre las sombras de la noche, como un loco, los ojos fuera de las órbitas, excitado por el alcohol y la ira insana, tranco y tranco por las calles y las quintas como el espíritu del mal, como Satanás en persona, castañeteando sus dientes, ya poseído del todo por Lucifer, murmurando, vociferando, blasfemando, jurando exterminio a todos los que se le opongan, apretando convulsivamente el cuchillo ensangrentado con sus dedos acalambrados con que ha herido a José, su hermano!

Las amigas consolaban en su nueva desgracia a mi madre y todas lloraban.- “Agradezco, decía ella, de todo corazón todas sus palabras de consuelo, porque son para mi tribulación tan amarga como el bálsamo en la herida y para mi alma como el perfume de la azucena porque tiernamente me consuela”.

Después decía: “Gracias, mis buenas y nobles amigas. Mi corazón está llorando y casi me abandono a la desesperación”-

“¡Oh, amigas mías, la cruz de mi fatalidad es demasiado pesada para una miserable mujer como yo!”.

“Consuélese amiga”, le decía una vecina: “el ánimo debe luchar contra el destino, el que sufre debe decir como los santos, hágase la voluntad de Dios y no la mía”.

Triste velorio el nuestro: -el amado abuelo que ha alegrado como el sol nuestra niñez y juventud ahora estaba muerto. José herido, ya quejándose dolorosamente de sus heridas, no trabajará y tal vez morirá antes del día-. ¡La vergüenza de ver ese escándalo en noche tan sagrada para nosotros y

Serapio que nos ha afrentado con su conducta insana y deshonrado nuestra pobreza y nuestra miseria!

Pasto de la cárcel, morador de los presidios dirá la gente-. Dirán que tenemos sangre criminal- ¡Pobre Serapio! ¡Aún a los 47 años tiene la brutalidad del indio y no ha asentado su juicio ni afirmado su razón!

¡Pero a esos extremos nos lleva la embriaguez! ¡Oh! En cualquier asunto importante de la vida, “jamás debiéramos beber alcohol”.

Primero estaba la noche velada, como humo espeso cubría el cielo y ocultaba la luna.

A las 8 de la noche descendía niebla tan espesa que nada se distinguía a 20 pasos; parecía húmeda humareda que ocultaba las casas y los árboles.

Y más tarde aclaraba y podía distinguirse a una cuadra de distancia cerrando los espacios una muralla de niebla lechosa, azulada.

Ya amanecía ahora, cantaban los horneros en dúo y las leñateras que se asomaban a la puerta de su nido de palitos en los altos álamos, cantaban los gallos, ladraban los perros, despertábase la Naturaleza y el dormido pueblo salía de un letargo. Oíase el rodar de los carros por la calle y los llantos de los niños que se despertaban, veíanse las humaredas azuladas y blancas en espiral que subían por encima de los techos de paja de las cocinas donde ya los dueños de casa hacían fuego.

La niebla fría humedecía nuestra ropa, oíamos los quejidos del herido que llegaban al corazón... ¡Es horrible oír quejarse a un amigo herido al lado nuestro sin poderlo aliviar!

Todos estaban mustios y tristes, cabizbajos con tanta desgracia que había caído sobre la familia y nos consolaban y lloraban con nosotros.

Al cementerio

Adelantaba la mañana; venía el fúnebre y al verlo lloraban más las mujeres y los amigos; por última vez vimos el amarillo rostro del abuelo, ya desfigurado por la muerte, dentro del ataúd y para siempre cerramos la caja mortuoria.

No quiero pintaros la desesperación que se apoderó de nosotros al cerrar el cajón donde iba toda una vida con nuestras vidas y la mitad de nuestros corazones.

¡La muerte; el término de una vida; la noche en nuestra alma y una lápida en nuestros recuerdos!

Un hombre asió cada manija, cuatro de cada lado, y depositamos el ataúd en el coche fúnebre de plumeros negros.



Cruzamos el pueblo sin verlo y llegamos a la Iglesia donde bajamos el féretro y subiendo los escalones entramos a la nave. Allí sobre un pequeño catafalco donde arden los cirios lo depositamos y el cura D. José María Argüelles **16** dijo un corto responso, bendijo el cadáver que iba ser pronto devuelto a la tierra y con un hisopo lo rociaba con agua bendita.

Después colocamos otra vez el féretro en el fúnebre y nos encaminamos lentamente al paso de los caballos a la última morada.

Tañían las campanas melancólicamente, como llorando con nosotros doblaban, con sus sonos sagrados de bronce también plañían al dolor que sentíamos en el fondo del alma.

Parecíanme sus sonos tristes y lentos, un hálito de aire envenenado o la brisa de la tristeza que cruzaran los aires de una ciudad muerta y resonaran en mi alma vacía y callada como caverna escondida en un país abandonado.

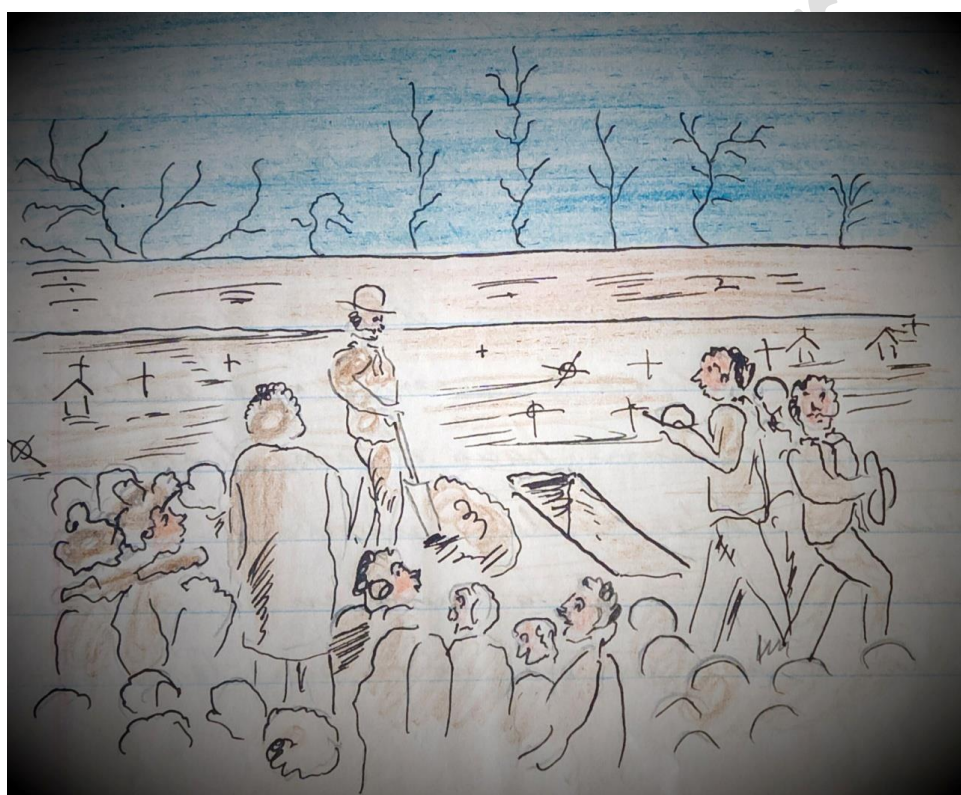
Y lentas lágrimas caían de mis ojos como sonos oía de las campanas. ¡Lloran los vivos y los muertos tal vez plañen sus dolores indecibles en otros purgatorios ignorados donde nadie puede consolarlos y por eso más me entristecía!

Sumido mi ánimo iba en honda melancolía mientras avanzaba el entierro en muda procesión hacia el cementerio.

Así es nuestra vida, pensaba, -¡una lenta procesión que sale de la cuna en la mañana y va a terminar en esa noche sin término que llamamos la muerte!

Más triste parecíanme las cosas ahora, a través de los campos y montes ¡tan tristes y tan son hojas los árboles solitarios, creía que lloraban cubiertos de nieblas azules!

¡Qué triste ir llevando el cadáver del abuelo querido a la tierra, como vil despojo que estaba, en la mañana húmeda y callada!, mientras en casa quedaba el desorden, la soledad y la ruina y la enemistad eterna con Serapio, el amigo que ha muerto para nuestros afectos.



Mendoza **17**, el sepulturero ya tenía abierta la fosa y tenía la pala en sus manos en el fondo del cementerio. Por encima de las tapias de ladrillo del cementerio veía los árboles sin hojas, tan triste como mi alma ¡y que en mi dolor parecíanme cuerpos ya descarnados por el tiempo y por la muerte!

¡Pobre Serapio! ¡Tú no estás en el entierro de tu padre! ¡Hijo infeliz, la sombra del mal te ha cubierto!

Deslizamos el cajón a la fosa y echamos tierra del descanso que sonaba con huecos golpes sobre el féretro en el fondo de la sepultura, como llamando a las puertas de la Eternidad para que abrieran y dieran paso a otro mísero mortal.

¡Antes tan querido el abuelo y ahora echábamos tierra sobre su cadáver para apartarnos pronto de él, para librarnos de un objeto de horror y de espanto! ¡Oh miseria humana! ¡Así son todos nuestros grandes afectos!

Allí, bajo un montículo de tierra, en el cementerio solitario, entre el pasto que nadie arranca, duerme para siempre mi abuelo, ¡el más grande cariño y afecto de mi Infancia!

La vuelta a casa

Después volvíamos al pueblo, mirando el campo sin verlo, a través de los cristales empañados del coche, con un nudo en la garganta que nos impedía hablar.

Ahora a la vuelta más triste, más lúgubre y más solitario me parecía el campo.

Volvíamos a casa otra vez en la tarde del frío invierno, como nuestra despiadada suerte, y la encontrábamos más sola, más vacía, ¡más triste y más callada que nunca!

¡Jamás habrá sido sentida una muerte como sentimos la muerte de mi abuelo, ni nunca hemos visto velorio más doloroso ni más trágico!

José herido se quejaba de la puñalada en la espalda, ¡oh fatalidad! ¡Si tuviera un derrame interno se moriría infaliblemente!

En el mismo sitio donde ayer estaba el cadáver acomodamos el catre y lo llevamos a José a la pieza ya barrida donde anoche fue el velorio ¡Tal vez pronto sería otro cadáver!

Vino el Dr. Fabrés **18**, médico de policía, examinó las heridas para agregar su informe al sumario y se retiró enseguida.

Después llegaba Solís, le lavaba las heridas y cosía la puñalada en medio de sus dolorosos ayes.

Serapio huyó esa noche del velorio, fatal y sangrienta; al amanecer dicen que pidió hospitalidad en una chacra conocida donde contó lo que había hecho en el velorio de su padre. Allí estuvo oculto un mes hasta que una mañana se presentó a la comisaría donde lo encerraron enseguida y dos días después era llevado a la cárcel de Mercedes donde espera el fallo de la ley por medio de la sentencia de los jueces.

Tal vez el remordimiento tardío, o la esperanza de salir pronto, o los consejos de los conocidos, lo decidieron a caer en la trampa de las leyes donde no es fácil desenredarse.

¡Pobre Serapio! Más le valiera haber huido para siempre de Bolívar, porque estar preso es como estar ausente más lejos de su familia que del otro lado de los océanos inmedibles.

Más tarde, bajaba espesa niebla sobre la tierra, como si estuviera airada la naturaleza, y humedecía todas las cosas.

Suspendíase un momento el hálito imperceptible de la atmósfera y el silencio solemne dominó en la tierra; más en breve se oyeron rumores lejanos que pasaron confusos por todas las ramas desnudas.

A eso de las 4 de la tarde retumbó el trueno a través de las brumas húmedas que ocultaban los árboles y las casas y empezaron a caer grandes goterones de agua que con estrépito se deshacían en el zinc de la cocina, y caían en la tierra como cascotazos.

Luego otra vez tronó y otro más seguido, haciendo retumbar los ámbitos de la tierra y las invisibles regiones del cielo, multiplicándose sus ecos repetidos con sordo rumor.

Caía menuda lluvia y arreciaba el viento del Oeste.

¡Tanto tiempo que no llueve, exclamaba yo, y hoy que hemos sepultado al abuelo, caen lágrimas del cielo, como llanto de la Naturaleza!

El relámpago débil y confuso iluminaba un momento el cielo y con su rojez deslumbraba la vista. Corría el agua por el suelo como arroyuelos despeñados y sobre el agua se formaban como ampollas de jabón o de cristal que la lluvia deshacía.

Y mi ánimo también rugía en el fondo de mi pecho contra mi destino, como la tormenta en los cielos y decía:

“Abriéranse todas las fuentes del cielo e inundárase toda la tierra, hundiérase el mundo en el abismo ¡oh! Ya es tiempo que terminara el suplicio de nuestra vida”.

¡Tormenta, aún no es bastante vuestra furia! ¡Desencadenados ciclones y locos elementos, destruid el mundo ya que el amado ser no existe!

Y retemblaba la tierra toda con el fragor del ronco trueno; ensordecía el murmullo de la lluvia al caer sobre los techos de zinc y el viento que

agitaba las ramas de los árboles y el chasquido del agua que caía a torrentes.

Como balazo fortísimo resonó un fragoroso trueno cercano, precedido de un deslumbrador relámpago violáceo; retembló toda la casa y nos hizo saltar en el asiento.

Así terminó el día que enterramos a mi abuelo en el cementerio; después de la insana furia de los hombres veíamos la de los elementos.

Problema de mi amistad

Dilema de mi cariño

Puesto que todos en el pueblo conocen como pasó el hecho y no puedo sepultarlo para siempre en el olvido, como quien se ve desnudo expuesto a las curiosas miradas de la gente, reflexionemos el caso como si no fueran mis parientes los protagonistas de mi leyenda, sino extraños o desconocidos, desgarrar el secreto de una familia junto con los girones de mi corazón, arranca el velo que cubre nuestras pobres miserias ¡somos tu víctima mostrando sus ensangrentadas entrañas, contempla sus espasmos de dolor!

Serapio ha herido a José sin ser con él el agravio, ni la discusión. Casi lo ha muerto sin motivo, pero aun así, no puedo aborrecerlo porque es hermano de mi madre.

José ha sido impertinente y audaz al echar del rancho y tirarles la pava a los paisanitos que ebrios jarandeaban en torno del brasero.

Él ha buscado el conflicto y no ha sido capaz de defenderse después. Pero no lo aborrezco; es mi padrastro, él me ha criado y deploro no haber estado cerca, tal vez hubiera podido evitar el hecho sangriento y el escándalo en noche tan sagrada en que todas las injurias hubieran sido perdonadas delante del cadáver de mi abuelo.

Serapio ha bebido demás; sus amigos en secreto por debajo de los ponchos, repetidas veces le han alcanzado un frasco de ginebra y una botella de caña; en la oscuridad han bebido sendos tragos de alcohol. Ha bebido para “matar la pena” ¡oh! Ya lo he visto que ha perdido la cabeza, ya está loco, triste estado que no comprenden los alcoholistas.

Una copa de caña ya quita el juicio a cualquier hombre, y ya es irresponsable.

José ha tomado el aperitivo y una copa de vino en la cena última; también ha perdido la cabeza, sus nervios ya no están en su equilibrio normal, ni su juicio tampoco discierne con el aplomo usual. Esa es la verdad; una copa de alcohol enloquece, epileptiza al hombre más fuerte y José ha bebido más de una.

No digo que estaban ebrios; pero los dos han estado bajo la fatal influencia del alcohol: Serapio ya tartamudeaba al hablar y sé que su borrachera le da por pelear y a José le da por encontrar defectos a todos y reprochar las faltas reales o imaginarias a los demás, de una manea impertinente y atrevida.

Tan culpable es uno como el otro, aunque solo José sea el herido y solo Serapio el que ahora esté en la cárcel.

Estando el alma dolorida de verdad, creo que no hemos de mirar los agravios ni sentir los insultos.

Serapio me ha tenido sobre sus rodillas y me ha enseñado a balbucear los primeros nombres en la Infancia; siempre mi corazón lo ama como cuando niño. Deploro su error en la huella de la vida y lamento que haya seguido los impulsos de un furor momentáneo y no los dictados de un hombre equilibrado y maduro. Siento en el alma no haber estado cerca. Seguramente hubiera evitado el hecho.

José me ha criado y me ha llevado a su manera en su pobreza por los humildes e ignorados senderos de la virtud.

A los dos igualmente estimo, a ninguno puedo aborrecer, aunque la mala suerte ahora los divida.

Problema de mi amistad, yo no te puedo resolver, que lo descifre la ley.

Dos seres igualmente amados, que tienen igual parte en el corazón y que pelean y se enemistan, ¿a quién defenderéis?, ¿a cuál de los dos acusaréis?, ¿a cuál maldeciréis?

Al que tenga razón.

Mi alma queda perpleja y dice como Pilatos: -yo me lavo las manos y lo entrego a la justicia de los hombres, a la ley que no tiene corazón y a todos mide con el mismo metro, sin lástima, sin ternura, pero sin odio para nadie. La balanza de la justicia resolverá el conflicto del corazón por medio de los artículos de los códigos.

La ley decidirá el agravio entre José y Serapio, pero yo siempre con el mismo cariño a los dos estimaré.

Dime tú, a quién ahora cuento mi dolor, si no hubiera ley, tendríamos que inventar extravagantes venganzas cada uno, no existiría la justicia ni se podría vivir en sociedad: el más bárbaro y el más fuerte sería el que impondría su voluntad como ley, los débiles conspirarían y la guerra sería perpetua. ¡Oh! Si no hubiera ley tendríamos que ser verdugos de nuestros padres, jueces de nuestros tíos y parientes, tendríamos que romper el cariño del corazón para castigar las faltas numerosas de los que amamos; y la pasión o la impericia a menudo nos haría cometer infamias e injusticias.

Serapio y José, yo no soy vuestro juez, ni seré vuestro carcelero, a ninguno de los dos aborrezco, igual cariño para los dos tiene mi corazón.

¡Pobre Serapio! Ya no estás en la casa después de la muerte de tu padre cuyo cadáver abandonaste; tu herencia ahora se disipa en manos de nietos inexpertos y tú no puedes impedirlo. ¡No has llorado la noche del velorio, pero tal vez llores el resto de tu vida!

Y cuando salgas del encierro, tus mismos amigos te darán la espalda porque conocerán tu mal genio.

¿Qué pariente, que amigo va a darte posada conociendo tu mal genio y tu brutalidad?

Te dirán buenas palabras, te harán creer una estimación que están lejos de sentir, pero en realidad querrán deshacerse de ti, y cualquier día cuando estés enfermo o inútil para el trabajo te echarán a rodar por los caminos sin lástima ninguna. Esa es la verdad.



Las Acollaradas y mi soledad

José no murió, pasó un largo mes tendido de espaldas, entre la vida y la muerte, pero ahora reaccionaba y comenzaba a mejorarse.

Ofendido el pulmón y un riñón, podía venirle todavía alguna complicación cualquiera y morirse. Al pensar en un desenlace fatal nos entristecíamos y exclamábamos ¡sea lo que Dios quiera, estamos acostumbrados más bien a lo malo que a lo bueno!

En el mes de Julio seguía el Invierno triste con su campo mustio y su cielo nebuloso: de mañana amanecía la Naturaleza cubierta de blanca escarcha, las lagunas heladas sin brillo, opacas como las miradas de los moribundos y el frío intenso penetraba, parecía hasta el corazón.

Pero más tarde subía el sol al medio de los cielos y derretía con su calor las escarchadas lagunas, y el viento frío del Sur sacudía el manto blanco de las plantas y del campo: disfrutábase un pequeño rato de dulzura.

Entonces me paseaba como si fuera un soñador en su propiedad, por las orillas de las lagunas Acollaradas y sumergía mi pensamiento en mis amargos recuerdos y mi loca imaginación deliraba con mi presente.

La soledad es mala compañera para el que tienen un volcán en la mente y una espina en el corazón, se avivan los dolores y peligrosamente se piensa siempre en lo mismo.

Distraíame mirando las barrancas tapizadas de fino y verde pasto donde pacían escuálidos caballos. Chillaba el viento al pasar entre los romerillos y cepas de caballo.

A veces veía levantarse gruesos oleajes que iban dejando estelas, líneas de espuma lechosa y una línea como blanca leche en sus orillas.

Y todo me recordaba el campo en otros tiempos, cuando descuidado vivía feliz, cuando vivía el abuelo y sin quererlo volvía a mi tristeza.

Otras veces el viento frío del Sur impulsaba las olas coronadas de blanca espuma que iban furiosas a chocar en las barrancas de tosca donde mujiendo se deshacían salpicando a la distancia. Como el mísero destino de todos los hombres que se estrellan en su propia vida, así como mi destino se había cambiado ahora y deshecho mi alegría como las olas en mi desgracia.

Las gaviotas revoloteaban encima de las encrespadas olas también.

Y entonces frente a las aguas de las Acollaradas que me parecían las orillas solitarias del mar infinito de Dios, recordaba otra vez la noche del velorio trágico de mi abuelo y una por una iban desfilando como fantasmas por mi imaginación todas las circunstancias.

¡La soledad se enseñoreaba de mi ser y vagaba por las cavernas de mi pensamiento, por el mundo interior, desconocido todo lleno de sombras y recuerdos!

Monótono era el paisaje, para verlo todos los días a la misma hora, pero la soledad de sus orillas me deleitaba; parecíame estar lejos de los hombres, en el fondo de un desierto, sin más compañía que la Naturaleza delante y Dios invisible dirigiendo mis pasos.

Así transcurrió el Invierno frío y triste, hasta que llegaron Septiembre y Octubre un poco más benignos. José ya se levantaba y podía caminar unas cuabras, aunque siempre sentía los agudos dolores en su herida. Había encanecido mucho, envejecido 10 años.

La Primavera y la pena

No han destilado más agua los sauces de mis ranchos en los días de neblina que nosotros derramado lágrimas por mi abuelo.

El 2 de Noviembre, el día de ánimas mi madre pudo ir al cementerio a poner una corona de rosas blancas sobre la olvidada sepultura de su padre.

Ahora estaba más libre de cuidados y temprano se ponía en camino en la mañana del hermoso día primaveral.

Ya desde el aclarar se había oído el murmullo de los gorriones que chillaban y peleaban entre las copas de los grandes sauces que aún dormían en su quietud.

Las calles del pueblo estaban desiertas. Sólo se veía cruzar la mujer madrugadora mientras sus hijos dormían en el rancho oculto entre pequeños sauces y madre selvas.

Se veían subir las blancas humaredas que se levantaban por encima de los techos de paja de las cocinas a lo largo de las desiertas calles llenas de yuyos donde comían en sus descuidadas veredas algunos caballos y vacas.

Las lagunas estaban quietas y reflejaban los ranchos, los cicuales y el verdor de sus orillas.

Los álamos de alta copa y verde negro follage alzaban sus tallos triunfales en medio del azulado cielo muy lejano, como una promesa divina, y sobresalían por encima de los sauces y los acacios, por encima de los ranchos blancos como palomas, asentados y semi-ocultos en montañas de verdor.

Los acacios habían perdido casi todos sus floridos racimos olorosos; veíanse solamente los balsámicos paraísos azulados florecidos desde lejos.

Las leñateras con sus grandes nidos en los altos álamos saludaban la mañana con su grito: pi... pi... pi... pi...

Las ratonas saltando de rama en rama y de cerco en cerco gritaban: gori, gori, gori... go... ri...

Cantaban los gallos en todas las direcciones y algunos se bajaban de los gallineros; otros de los árboles y otros ya escarbaban en la basura.

Silbaban las perdices martinetas en el campo y lejos trinaban las perdices chicas.

Oíanse gritar los horneros a dúo.

Veíanse al pasar los cercos florecidos y olorosos de rosas blancas o rojas de algunos ranchos o ya de romero o madre selva en otros.

Revoloteaban las golondrinas por los aires, gorgendo y trinando y se oía el croquear de las gaviotas en la laguna cercana.

Se oía el ladrido del perro en el extremo del pueblo y el relincho del caballo que pedía su ración al amo que aún dormía.

En algunos ranchos ya las viejas estaban lavando la ropa y recordando los pasados años que fueron mejores.

Por todos los caminos se veían venir los carros con ladrillos, los pasteros, verduleros que invadían el pueblo y a gritos iban ofreciendo su mercancía y despertando las gentes.

Tañían dulcemente las campanas en la Iglesia, pero ahora sus argentinos sonidos parecía que alegraban el corazón y la cambiaban por la pesada pena; y sus sonos parecían decir “vive que tus días están contados”.

Pasaban los reseros con lazo en el anca de sus caballos, galopando y arreando sus tropillas.

La galera que va a Pehuajó pasaba al galope levantando polvaredas espesas, oyéndose el sonar de sus cascabeles y las dianas del mayoral.

Balaban las ovejas que aún estaban en los corrales.





Ciertos chingolos echándose para atrás, sobre un poste del alambrado cantaban pi... tio... pi... ri... ri... varían veces y otros buscaban las orugas para llevarles a sus hijuelos en el nido oculto en alguna zanja.

Chillaban los mistos innumerables volando sobre los alfalfares o ya alineados en los alambrados. Sin decirnos palabra con mi madre salíamos del pueblo y caminábamos por la calle ancha del cementerio, viendo nuevas bandadas de mistos, tordos, pechos amarillos, cachirlas y las golondrinas que hendían los aires, y oyendo sus chillidos y gorjeos. Los bueyes tranquilos pacían.

Soplaba fresco viento del Sur sobre la inmensidad sin límites del campo inconmensurable y sin fin como la azulada bóveda de los transparentes cielos.

Ahora sonreía la florida primavera en la campaña, pero en nuestra mente los amargos recuerdos, como nubes sombrías en el fondo del cielo, y en el alma la pena como herida dolorosa, aún guardaban la negrura de la noche y el frío del Invierno.

El suave céfiro se cambiaba del Este. Se oía el ruido de la segadora con que el chacarero cortaba la alfalfa tras de los sauzales en la chacra cercana.

Agitaban los sauces sus verdes copas de colgantes ramas verdes que rielaban con el sol, y mecidas por el vientecillo suave. Cantaba la cachirla revoloteando por los aires. Gritaban y se llamaban los horneros bajo las umbrías espesuras de los frescos sauzales.

De cuando en cuando silbaba la perdiz martineta en los campos lejanos o se oía ladrar el perro en la población cercana.

Gritaban los pájaros negros que en bandadas se levantaban volando a nuestro paso.

El chimango remontaba su vuelo muy arriba o ya se deslizaba rasando la tierra como las golondrinas.

Veíamos amarillear la alfalfa cortada en hileras y en otras partes todavía en pie ondeaba a impulsos del viento y formaba oleadas de verde claro como de líquida superficie.

Obstruían nuestro camino los tréboles de carretilla y en ellos enredábamos nuestros pies.

Bandadas de pechos colorados pasaban volando en dirección a los campos lejanos. La cachirla se suspendía como una mariposa por un momento en los aires y luego chirriando descendía y se perdía en medio de los alfalfares.

Gritaba la urraca y cantaban una sinfonía ensordecedora en el bosquecillo cercano los mistos en una innumerable bandada; croqueaban los tordos relucientes como azabache, y las cachirlas se remontaban a los aires y alegremente cantaban y trinaban.

Las lechuzas dormitaban a la puerta de sus cuevas y nos miraban sin chistar con sus ojos amarillos y redondos como de gato.

Volaban las mariposas amarillas y blancas sobre los verdes alfalfares.

El chingolo sobre un poste del alambrado cantaba pi... tio... pi... ri... ri...

Zumbaban las moscas sobre las manzanillas del camino y percibíamos su olor acre.

Nieblas azuladas sombreaban los sauzales lejanos, mientras que nubes indecisas como humo contorneadas de blanco, apenas se deslizaban por el cielo azul.

Calentaba el sol y descansamos un momento bajo los sauces del camino, mientras la fresca brisa de la mañana mecía con dulzura sus colgantes ramas, bajo sus espesas y sombrías copas.

Estábamos ya en el cementerio.

En la necrópolis. El mar de dolor

Después entrábamos a la mansión de los muertos, donde duermen para siempre los que fueron, donde mora para siempre en la nada de la muerte nuestro amado abuelo.

Los dos lloramos y buscábamos el montículo de tierra removido donde fue sepultado sin encontrarlo.

Mi madre encontró sobre una sepultura ha tiempo aplanada por las lluvias una cruz de hierro con esta tosca inscripción y leyó asombrada:

“Aquí yacen los restos de Inocencio Gallo, muerto a los 88 años. Su nieta ‘x’ le dedica este humilde recuerdo”.

Desbordándose su llanto y exclamó “Bendita seas nieta que por nosotros te has acordado de mi padre, ya que sus hijos no pudieron cumplir ese último deber”.

Rodaban lágrimas abundantes por sus mejillas enflaquecidas por el insomnio y los cuidados de largos meses de zozobra.

¡Perdona tu hija que no pudo poner una señal donde duermen para siempre tus restos mortales!

Arrodillados deslizábamos por nuestros labios profundas oraciones desde el fondo del alma como humildes ofrendas de nuestros corazones al alma que ahora moraba en el seno de la Divinidad.

No sé cuánto tiempo estuvimos arrodillados mezclando las plegarias con los recuerdos de nuestro ascendiente.

“Hijo mío,” me preguntaba mi madre: “¿te acordás siempre de tu abuelo, del padre que me ha dado la vida?”

“Sí”, respondía yo.

Ese sol que ahora centellea en las profundidades del cielo, que derrama la vida sobre las onduladas lomas de Bolívar, y que ahora brilla en las lagunas tranquilas; esa luna, que ahora levanta su plateado disco en el Oriente no derramará más su luz melancólica en las tranquilas noches, sobre los campos que fueron la delicia de mi Infancia, antes que yo me olvide de mi amado abuelo.

En esto distrajo nuestra plegaria otro fúnebre espectáculo; otro cadáver traían a sepultar cerca de donde estábamos nosotros. Era un blanco féretro

adornado con rosas blancas de los cercos humildes de los ranchos y el cadáver de una niña de 14 años. El padre, un criollo paisano, iba adelante; sus hijos y parientes traían el féretro en silencio de sus manijas asidos.

Decía el padre sollozando ¡Sarcasmo de nuestra vida! ¡Hija mía ya no existes, lo veo, pero aún no lo creo! ¡Aún no habíais entrado a vivir y ya has sido borrada del número de los vivos!

Como el botón del rosal que se seca sin abrir al sol en la mañana, así habéis muerto sin abrir tu inocencia al amor y has llevado como los lirios de tu jardín tu pureza a la tumba.

¡Qué bella esperanza desvanecida para el hombre que el destino pusiera en el camino de tu vida; porque ibais a ser hermosa como la mañana del Otoño y buena como la pureza de tu corazón!

¿Qué hombre al verte no te hubiera amado? ¿Quién no hubiera deseado ser amado por ti?

¿Para qué he de recordar tu belleza y hermosura, ahora como la posada de primavera, si mi corazón siempre te ha de llorar, si ya nunca te podré ver?

Como ahora deshojo estas flores marchitas sobre tu fosa, así traigo tus mustios despojos a la tierra.

¡Pero es el secreto de Dios! Se marchitan las flores mejores, se caen las mejores frutas, se pierden las mejores cosechas, como se agotan las vírgenes al soplo helado de la muerte.

¡Virgen que nunca amaste, porque aún vivías en tu inocencia, sin que tus ojos se abrieran todavía a la concupiscencia de la sensualidad, bendita seas que has llegado delante del Señor tan pura como los lirios de tu jardín, tan blanca como las rosas entre las que ya duermes para siempre, tan hermosa en tu inocencia como la aurora color de rosa en el claro día!

¡Así lleguen al altar, el día del matrimonio las que se van a casar, como esta virgen hoy ha llegado a los cielos, así llegan puras al fin de su vida y fieles las madres con sus hijos!

Y nuestras lágrimas se confundieron con las del atribulado padre, porque la pena de un hombre es la de todos, que se fue a llorar lejos, dando la espalda adonde enterraban a su hija para no verla sepultar.

Mi madre le dijo no sé qué palabras de consuelo que alivian los dolores enseguida y el lloroso padre le dio las gracias y se alejó después con su comitiva del Cementerio.

No sólo nosotros lloramos hijo mío: ¡cada cruz cuántas lágrimas habrá costado! ¡Cada bóveda cuántos llantos! ¡Vámonos de este océano de lágrimas y de pena!

Pusimos la corona de olorosas rosas, rezamos otra oración y en silencio nos alejamos otra vez del cementerio.

Los ricos han levantado suntuosas bóvedas a los que amaron; yo que soy el último de los hombres no puedo ofrecer más monumento al abuelo amado que mi cariño oculto e ignorado para el resto del mundo y oculto de mi desconocido corazón.

Nos encaminábamos otra vez al pueblo y no sentíamos el calor del sol que ya subía a lo alto.

Reverberaban con el calor vaporoso los techos de zinc de los ranchos. Las lomas lejanas parecía que bailaban, o parecían agua que hervía, o semejaban lagunas o llanos inundados en cuyas orillas se veían las poblaciones y los bosques lejanos.

Trinaban las perdices entre los trigales, llamando a sus polluelos perdidos entre el océano de verdor.

Gorgoritaba la ratona y el corbatita en las sinas-sinas y chirriaban los pechos colorados.

¡Oh dulce primavera, tú que renuevas la vida cada año, tú tienes los pajarillos del campo que con un simple chirrido conciertan el himno sublime de la Naturaleza en que cantan la gloria de Dios Creador!

Yo, hace años que ensayo palabras sin sentido para cantar al autor de todo un himno de alabanza digno de su grandeza y aún no lo he podido encontrar.

Bolívar, febrero 8/1911

Juan R. Córdoba

Endechas

La corona de rosas blancas. A mi abuelo Inocencio Gallo

Blancas rosas te traigo	Sólo yo le conozco
de mi humilde jardín	tu triste sepultura,
llorando he juntado	yo sólo me acuerdo
las flores para ti	de tu fase oculta

¡Oh! amado abuelo	Rosas blancas del
mundo	
mi corona de flores	fragancia del cariño
es el grato recuerdo,	que siente el corazón
la luz para tu noche	al afecto perdido

Corona del recuerdo	¡Oh! rosas tan
fragantes,	
en los brazos de hierro	flores puras, divinas
de la cruz olvidada	del jardín del Señor
en que gimen los vientos	ahí va toda mi vida

Blancas y puras rosas	Ofrenda de mi alma
cual vírgenes del cielo	para el ser que amé
blancas en su pureza	cadena toda oro,
ayer recién abrieron	hondos lazos morales

Bellas cual la mañana	Del que vive al que fue
en que fueron cortadas,	amor del corazón,
brillaba el rocío	ángeles celestiales

de la noche pasada

ya desaparecidos

Sobre sus frescas hojas

Que llevan hasta el cielo

como perlas del bien

con el grande cariño

que la noche nos guarde

y los hondos recuerdos

como un ángel fiel

los seres que han sido

Estas rosas fragantes

Bellas y blancas rosas

son ¡oh! abuelo amado
dueño

humildes como su

la ofrenda y el cariño

llevadle a mi abuelo

incienso de tus campos

a ese mundo tan lejos

¿Percibís un perfume

En que vive ahora

allá donde habitas,

la ofrenda del recuerdo

fragancia de mis rosas

le dicen que yo siempre

auras de un bello día?
cuentos

me acuerdo de sus

Son los nobles aromas

Qué nada he cambiado

¡abuelo! es mi cariño

las rosas de mis afectos

que van del corazón

digán están lo mismo

al cielo donde has ido

que estrañan al abuelo

Un ángel, mi Inocencia

Lloran su larga ausencia

que vive con mi alma

digán que el alma mía

te manda esa ofrenda

solloza si se acerca

de rosas perfumadas

a sus ranchos en ruinas

Junto con los recuerdos

visiones de tu vida

van con esa corona

cual rosas de un día.

Con mi corona de rosas iban esos pensamientos, poco más o menos y otros que se sienten pero que no se pueden expresar con la palabra ruda que apenas puede balbucear algunos reflejos de lo que siente mi corazón.

Bolívar, noviembre / 1910

Juan R. Córdoba

La voz de la experiencia nos consuela

Un linyera descansaba sentado sobre su bolsa en el verde gramillal, bajo los sombríos sauces de la orilla del camino, tal vez mi compañero en las pasadas cosechas; cantaba una especie de quejumbroso estilo, su pasada felicidad perdida y su conformidad presente. La música del verso y la melodía del canto se fundían en la expresión del sentimiento que acompañaba el zumbido del vientecillo en las ramas y el chasquido de las hojas en armoniosos e inexplicables conciertos, como el eco lejano de la Necrópolis, la música divina e ignorada de otro mundo y otro cielo.

Era como la voz de la experiencia que llegaba a nuestros oídos a confortarnos en nuestra melancolía. Recordaba su felicidad pasada, su desgracia y ahora se conformaba: su vida pasada era semejante a la nuestra y la simpatía por eso nos atraía.

Canto del linyera

Vengo triste caminando

desde allá del cementerio,

me he abismado en el misterio

de los muertos, y llorando
aún más triste voy pensando
en la nada de mi vida
y en mi suerte ya perdida
en mis hijos que murieron
y en mi esposa que antes fueron
dulce miel, dicha querida.

Vengo desde el cementerio
y sollozo al acordarme
que he besado con mis labios
esas blancas losas frías
que ahora cubren los sepulcros
donde duermen para siempre
mi esposa y mis hijos;
he regado con mil lágrimas
como fuego a sus tumbas
solas, tristes y olvidadas
para siempre de los hombres.

¿Y ahora que soy viejo
qué desgracia temeré
qué mayor mal me vendrá?
No me inquieta el infortunio,
con el alma lo desprecio,
ni la muerte tan temida
por algunos, no me espanta,
hace tiempo que la busco

y parece que se esconde
de mi ser ¿valdré tan poco?

No le temo a mi destino,
desafío a la desgracia
en su ruina y en su prueba
pero veo que parece
que prefiere olvidarme
por inútil e ignorado.

Esa madre de los sueños
que ha engendrado las tinieblas,
la que llaman negra noche,
muchas veces viame aquí,
hasta aquí viame llegar
y dormir bajo los cielos.

Ese blanco luminar
de la noche que tan plácido,
que tranquilo desde el cielo
nos alumbra y adormece
esa luna somnolienta
esa clara, esa velada
incontables largas noches
viáme aquí dormir también
cuando canta la lechuza.

Son la rama retorcida
de ese sauce tan umbroso
donde anida el hornero

he pensado ahorcarme
una vez para reunirme
con los seres que perdí;
la razón después triunfó
de ese loco pensamiento
y más tarde avergonzado
he seguido fiel viviendo
con mi pena y mi dolor
al soñar o imaginar
se agrandan nuestros males.
¿Y qué puedo yo temerle
a la muerte o al destino?
Ya no tengo ni mi casa
desde que ellos se murieron,
ni mi afecto, ni esperanza,
¿para que querría yo
una casa sin amor
sin esposa que me quiera
sin mis hijos, sin cariño?
Cuando veo nuestros ranchos
¡oh! paisanos campesinos
nuestros hijos y mujeres
que os aman y veneran.
Yo también echo de menos
mi cabaña que perdí,
aquel rancho en que he nacido

el solar de mis abuelos
entregado a la codicia
de aquel ávido extranjero.

Hoy tendría también casa
y tan pobre cual ninguno
pero creo viviría
muy feliz con mis afectos.

Al presente ya no tengo
ni un rancho, ni sauzal,
ni parral, ni el jardín
delante de mi casa

y ahora sin familia
vago solo por el mundo
como pájaro sin nido.

Los horneros, leñateras
más felices son que yo,
aún cantan en su nido
cuando viene la mañana
con su aurora sonrosada

aún se pueden guarecer
de la lluvia y temporal

en invierno en su casa;

mientras yo, en ninguna parte

he podido hacer mi rancho

empujado sin saberlo

por el viento del destino

misterioso e ignorado.

Yo recuerdo mi dolor

con el trino de mi verso

y la miseria de mi alma,

porque tengo a mi pasado

en la lira de mi llanto.

Aquí bajo estos sauzales

a la muerte yo la aguardo

porque un viejo no le teme

ni al dolor ni a su destino.

Así cantaba el linyera, el vagabundo y también nos entristecía y consolaba a nosotros que le oíamos.

Me acerqué y le dije:

“Hermano en los azares de la vida: llorás la ausencia de los seres amados que perdiste y que ahora duermen allá en el Cementerio para siempre. Tú cantas con la voz pero tu alma está llorando, porque tu triste melodía me lo dice, pues yo también llevo dentro de mí otro dolor oculto que con tu canto y mis lágrimas quiere asomar por mis labios temblorosos”.

“No tienes familia, ven a mi casa, serás mi hermano y juntos trabajaremos”.

“Gracias, te lo agradezco”, me contestó, “después de mi casa, después de mi rancho no quiero nada, déjale al tiempo que siga su obra y a mí soñando por los caminos mi perdida felicidad”.

Le respondí. “Dios te quiere hermano, no puedo ofrecerte tu pasada felicidad, porque ni la mía tengo segura, pero allí es mi rancho, allí será tu casa, de día o de noche llega que soy tu hermano”.

“Gracias, buen corazón” me respondió, “hermano Dios te bendiga con tu familia y premie tu buena intención”, y nos separamos.

El vagabundo quedó sentado bajo los sauces umbrosos del camino, pensando en su pasada felicidad, que le enviaba aromas desconocidos del

cielo, desde el fondo de lo infinito del cielo azul, en el recuerdo de su esposa y de sus hijos muertos, bajo las ramas donde anida el hornero.

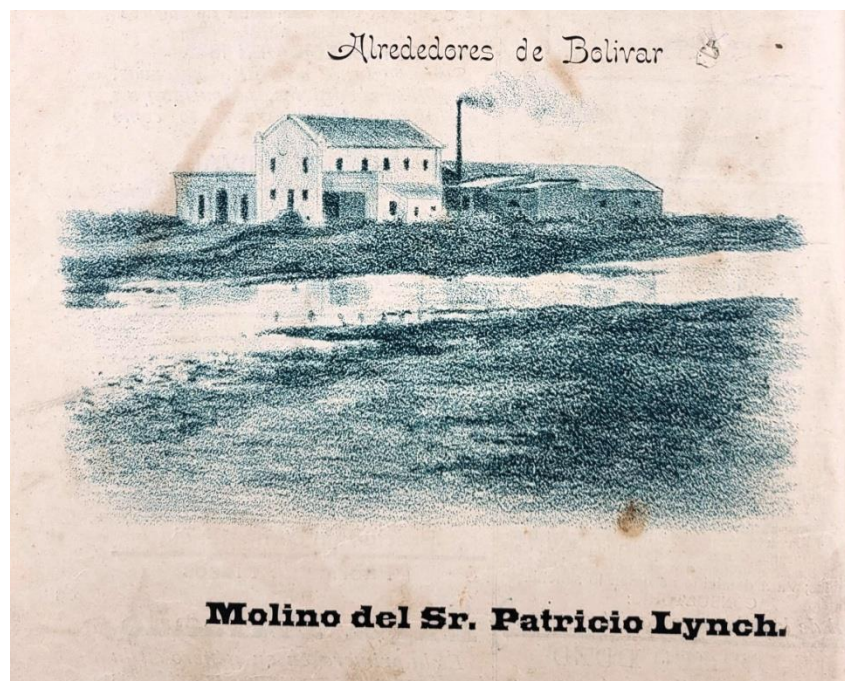
Y yo me fui para mi casa seguido de lejos por mi madre, como el ángel de la guarda, y también soñando como vagabundo que soy de este mundo mi pasada felicidad y en mi abuelo muerto, enviándole mi cariñoso recuerdo al fondo ignorado del infinito de los espacios, en mi humilde rancho, bajo los sauces y los altos álamos donde tienen su nido las leñateras.

FIN

AHMEFA Bolívar

APÉNDICE HISTÓRICO

AHMF A Bolívar



Litografía incluida en el Bolívar Ilustrado fechado el 29 de enero de 1899

1. Molino de Patricio Lynch Pueyrredón

El molino de Lynch perteneció a **Patricio Julián Lynch Pueyrredón**, quien nació el 30 de marzo de 1853 y falleció en 1910 (el 5 de diciembre).

Hijo único de Enrique Justo Lynch Zavaleta, oriundo de Capital Federal (quien nació el 10 de septiembre de 1823, y murió joven, el 18 de abril de 1858, en Baradero) y Victoria Pueyrredón Pueyrredón (nació el 18 de febrero de 1832 y falleció, al igual que su hijo, en 1910, unos meses antes, el 29 de julio).

Patricio se casó el 17 de septiembre de 1877, en Baradero, con Petrona Segunda Castro (hija de José Anastasio Castro y Florencia Pueyrredón, por lo que estaban vinculados en cuarto grado de consanguinidad, es decir, eran primos).

Con ella tuvo varios hijos: Enrique Julián (nació en 1879), Marcelino Mariano (nació en 1880), Patricio Alberto (nació en 1883), María Magdalena (nació en 1884), Patricio Estanislao (nació en 1885), y Elvira Zulema (nació en 1886). Todos bautizados en San Martín, provincia de Buenos Aires, donde residía la familia.

La consanguinidad entre cónyuges era bastante común en esa época, y se encuentra también en los antepasados Pueyrredón de Patricio Lynch. Sus

abuelos maternos (Mariano José Pueyrredón y Victoria Pueyrredón -en realidad el apellido era 'de Pueyrredón'-) eran primos. Además, provienen de familias emblemáticas de los primeros años de la historia nacional, cuando recién se estaba formando políticamente el país.

Victoria Pueyrredón Caamaño (23/12/1806 - 19/4/1888), abuela de Patricio, es sobrina de Juan Martín Mariano de Pueyrredón, quien fuera director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata entre 1816 y 1819, e hija de José Cipriano Andrés de Pueyrredón, patriota emancipador argentino, con Manuela Caamaño y González -de una antigua familia de la zona de Baradero-. Ambos Pueyrredón, junto a otros de sus hermanos, fueron líderes de la resistencia cuando las 'invasiones inglesas'. Mariano José, su esposo y abuelo de Patricio, es hijo de Diego José de Pueyrredón, también militar y unos años mayor que los dos hermanos antes citados.

Diego José, Juan Martín Mariano y José Cipriano Andrés de Pueyrredón son el segundo, sexto y séptimo hijo respectivamente del matrimonio formado por Juan Martín Pueyrredón Labrucherie -o de la Boucherie-, francés, y la porteña Rita O'Dogan Soria, quiénes tuvieron once descendientes.

La abuela de Patricio Lynch, además, es tía de José y Rafael Hernández -con cuya crianza contribuyó-, hijos de su hermana Isabel (con Pedro Pascual Rafael Hernández). De hecho, Rafael Hernández -el agrimensor artífice de la traza del ejido de San Carlos de Bolívar-, es padrino de bautismo de Victoria Pueyrredón Pueyrredón, madre de Patricio.

Otro dato curioso lo hallamos en la familia de su esposa, Petrona Segunda Castro. Como su nombre parece indicarlo, Petrona fue la segunda hija así nombrada del matrimonio formado por Anastasio Castro y Florencia Pueyrredón. Tuvo una hermana mayor, a la que llamaron Petrona Castro, quien nació el 20 de junio de 1858 y murió a los siete días, el 27 de junio. Casi un año después, nacería Petrona Segunda, el 18 de junio de 1859 (bautizada el 30 de octubre de ese año, sacramento que no llegó a celebrar su hermana).

Pero además, Petrona Segunda es la cuarta hija de Juana Florencia Pueyrredón Pueyrredón, quien es nada más y nada menos que la hermana mayor de Victoria Pueyrredón Pueyrredón. O sea, los esposos Patricio Lynch Pueyrredón y Petrona Segunda Castro Pueyrredón, eran primos hermanos.

Por si esto fuera poco, en la familia Lynch hay otros 'personajes conocidos'. Por un lado alguien popularmente destacado tanto a nivel nacional como internacional, Ernesto 'Che' Guevara Lynch de la Serna. El 'Che' es bisnieto

de Francisco Eustaquio Lynch Zavaleta -segundo hijo de Patricio Julián Lynch y Roo, y hermano de Enrique Justo Lynch Zavaleta (sexto hijo de Patricio Julián Lynch y Roo), el padre de Patricio Lynch Pueyrredón-.

Por otro lado dos personas -padre e hijo- conocidas en el orden local y nacional, Benito José Lynch y Andrade, quien fuera intendente de Bolívar (hijo de Ventura Lynch Zavaleta, séptimo hijo de Patricio Julián Lynch y Roo), y su hijo Benito Lynch y Beaulieu, reconocido escritor, quien también residió en esta ciudad en su niñez.

Así, Benito José Lynch y Andrade es primo de Patricio Lynch Pueyrredón. Para añadir, ambos ocuparon el cargo de presidente de la Municipalidad de San Carlos de Bolívar, hacia fines de la década de 1880 e inicios de la de 1890. De hecho, durante el mandato como intendente del primero de ellos fue cuando se sucedieron los hechos conocidos como 'el drama del Molino de Haupt', hecho luctuoso de aquellos primeros años.

Patricio Lynch Pueyrredón también participó de la vida política del municipio de San Martín, donde tenía residencia. Fue municipal en 1882, cargo al que renunció; tiempo antes, en 1880 y cuando aún ocupaba el cargo antes mencionado, había sido nombrado como juez de Paz sustituto.

¿De dónde viene el poderío económico de los Lynch? De larga data.

Patricio Julián Lynch Pueyrredón es nieto de Patricio Julián José Lynch y Roo (porteño, nieto del primer Lynch que llegara a estas tierras procedente de Irlanda, en la primera mitad del siglo XVIII), hombre que fue poseedor de una inmensa fortuna, una de las más cuantiosas de la América del Sur de entonces.

Lynch y Roo comenzó siendo comerciante (abrió una casa de remates y consignaciones, en la cual trabajaron varios de sus hermanos menores Benito, Manuel, Félix y Estanislao), derivó luego en empresario naviero y terminó siendo un poderoso terrateniente y ganadero.

Su vinculación con un comisionista norteamericano, David Curtis De Forest, lo conecta con muchos exportadores de Estados Unidos y por ello se dedica de lleno a la actividad marítima. Para principios de 1817, llega a Buenos Aires Johann Christian Zimmermann -como socio del comisionista De Forest-, con quien termina asociándose (junto también a su hermano Félix) y funda la empresa armadora, consignataria e importadora de muebles y novedades del país del norte.

Poco después adquirió una fragata francesa, que tras equiparla y convertirla en nave guerrera bautizó primeramente 'Thomas Guido' y puso al servicio del gobierno solicitando patente de corso. Rebautizada 'Heroína', zarpó de la ensenada de Barragán el 20 de enero de 1820. Esta fragata sería la primera que, tras un largo recorrido y distintas aventuras, llegaría al Puerto Soledad, Islas Malvinas, el 27 de octubre de ese año. Días después, el 6 de noviembre, el comandante de la embarcación (el marino estadounidense David Jewett) y toda su dotación tomaron posesión de las islas en nombre de las Provincias Unidas del Río de la Plata, plantando allí bandera (desde allí y hasta 1833, cuando la corbeta de bandera inglesa las usurpa y toma posesión, hubo presencia 'nacional' en el archipiélago).

Lynch y Roo se casa con María Isabel Zavaleta y Riglos en diciembre de 1813; en 1821, como él mismo lo relata en su testamento, recibe de su suegro, el abogado y eclesiástico Mariano José Francisco de Zavaleta y Aramburu –quien fuera Primer Regidor del Cabildo de Buenos Aires en 1795; después de enviudar se ordenará sacerdote y llegará a ser 'Provisor Gobernador del Obispado'-, una importante 'dote' que le permitirá su despegue como ganadero. A partir de esa estancia inicial -parte de la dote-, 'Santa Rosa', ubicada en Carmen de Areco, comenzarán a extenderse sus dominios, que llegaron a abarcar tierras ubicadas en Baradero, Castelli, Dolores, Chascomús, Chacabuco, San Pedro, Bolívar y otras ciudades.

Según su testamento, con el dinero legado tras la muerte de su suegro ("resto de la herencia paterna y materna de mi esposa") y la de sus propios padres, en 1837, cimentaron su fortuna y los bienes que poseyeron a posteriori, los cuáles dejó claramente especificados a quién dejaba en herencia tras su muerte (que acontecerá en mayo de 1881). En el caso de Enrique Justo, padre de Patricio, su parte de la herencia se legó a su esposa e hijo, dado su prematura muerte cuando apenas pasaba los 30 años.

Patricio Lynch Pueyrredón sabría fortalecer la fortuna que le tocó. De hecho, tuvo estancias en Bolívar, Baradero, Rauch y Hale (La Tordilla, La Morocha, La Chiquita, Las Calaveras y La Victoria respectivamente), y fue un hacendado prominente. En Bolívar sería poseedor asimismo del conocido 'Molino de Lynch'.

El molino harinero estaba emplazado en el único lugar donde lo permitía la laguna que lo circundaba, en la chacra número 51 del primitivo ejido trazado por Rafael Hernández. En esa chacra actualmente podemos encontrar el Jardín Maternal Reino del Revés, los barrios Cooperativa y Anteo Gasparri, la cancha de golf y el barrio Liga Amas de Casa.

Testigo de su pujanza son las afirmaciones de las que se hace eco Felipe Martínez Pérez en Vida Cotidiana y Periodismo, publicadas en el Bolívar Ilustrado de febrero de 1899: “El molino harinero del sr. Lynch trabaja incansablemente, correspondiendo al mucho trigo que tiene almacenado en sus galpones”.

Su prosperidad queda atestiguada en otras crónicas de la época y lo evidencia la instalación de luz eléctrica en su sede para marzo de ese año, acto que constituyó motivo de celebración. “Con motivo de instalarse hoy la luz eléctrica en el molino harinero del señor Patricio Lynch Pueyrredón, el maestro director de la banda de música La Juventud, el señor Lozzi, amenizará el acto”, figura en el Bolívar Ilustrado de marzo de 1899, donde a continuación se enumeran las piezas a interpretarse.

AHMFABolivar



2. Dr. Rogelio Justo Solís

Rogelio Justo Solís nació en Nogoyá, Entre Ríos, el 6 de septiembre de 1875. Hijo de Rogelio Solís y Castilla del Valle. Lo encontramos censado en 1895 residiendo en Paraná, en el Cuartel IV (población urbana) con 18 años, junto a su madre y al menos un hermano (Rolando, dos años menor que él).

Casado con Angela Basaldúa (también oriunda de la misma provincia mesopotámica, residente asimismo en Paraná para 1895, hija de Cayetano Basaldúa –hacendado- y Juana Melara), tuvo una sola hija, Blanca Rosa María (nació el 18 de julio de 1916).

Obtuvo el título de médico en 1903, año en el que se radicó en Bolívar, en el mes de septiembre. Graduado de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires.

Según se relata en el álbum del cincuentenario, “ejerció cargos profesionales en el Hospital Rivadavia, en el Fernández y en la penitenciaría nacional. En Bolívar ha sido Médico de Policía y del Hospital”, y para 1928 integraba la Comisión del nosocomio.

Militó siempre en las filas del Partido Conservador, “siendo en repetidas ocasiones presidente del Comité local”. Para 1910, en pleno conflicto social que decantará en los paros, es uno de los tantos conservadores que habiendo sido parte de alguna manera del círculo cuestionado en ese entonces se despega del grupo que apoya a Lautre (ver apartado **Alejandro Funes**) enviando una carta al gobernador bonaerense en la que reconocen

su error y ponen de manifiesto haberle retirado su amistad, diferenciándose así y tomando distancia.

“En 1908 fue municipal, terminando el período como intendente. Ha sido comisionado municipal, presidente del Consejo Escolar, fundando en su período (1913-1914) varias escuelas provinciales y otras del Plan Lainez. Fundador de la Biblioteca Popular (hoy Bernardino Rivadavia), siendo presidente y vocal de la misma. Auspició la creación de la Escuela Normal Popular, siendo profesor de Anatomía y Fisiología. Intendente municipal en el período 1915-1916 y reelecto para otro período en el año 1917, cesando por causa de la intervención a la Provincia. En 1923 diputado provincial y al terminar este período diputado nacional. Es miembro de varias asociaciones científicas: vocal del Seguro Médico de la Compañía ‘La Primera’ y presidente del Club Social”.

Entrando en detalles, además de los cargos que ejerció en los ámbitos público y privado, fue -entre otras cosas- fundador de la Biblioteca Popular ‘B. Rivadavia’ (en rigor, forma parte del segundo grupo de bolivarenses que promueve la creación de la misma, segunda comisión que queda ‘en suspenso’ en los paros de 1910 y que toma forma en 1911 -el 15 de octubre- cuando encabeza la comisión directiva de la misma).

De 1923 a 1926 ocupó una banca en la Legislatura Provincial. Fue diputado en el Congreso de la Nación, en representación del Partido Conservador, de 1926 a 1930 y de 1931 a 1943. En sus 17 años de labor parlamentaria logró para Bolívar importantes sumas del presupuesto nacional y también provincial mediante su influencia política, a fin de ayudar el sostenimiento de obras como el Hospital (del que fue médico desde 1904), la Liga Antituberculosa, el Asilo de Ancianos, los Comedores Escolares, la Asistencia Pública, la Iglesia Parroquial, el colegio de Hermanas, la Biblioteca Popular ‘Bernardino Rivadavia’, la Asociación de Cultura y Fomento, el Hospital de Urdampilleta, la Asistencia Pública de Pirovano y otras instituciones.

Fue integrante de la comisión del Hospital, de la que fue presidente. Y fue director del nosocomio desde el 19 de noviembre de 1943 hasta el 9 de mayo de 1954.

Entrando en pormenores de su gestión municipal, fue electo para completar un período que se caracterizó por la alternancia de comisionados. Tomó posesión del gobierno de la comuna el 30 de octubre de 1908 y finalizó el mandato el 31 de diciembre de ese año. Reemplazó en esa oportunidad a Manuel Fernández, quien había renunciado a su cargo a

finés de febrero y a quien suceden varios comisionados: Fernando Cordero, Carlos Fernández Cutiellos y Gaspar López Costas.

En esos dos meses, designó un técnico para estudiar la implementación de una usina eléctrica que resolviera el problema del alumbrado público.

Poco pudo hacer por la falta de recursos económicos de la comuna, ya que pesaban sobre ella varios juicios y se encontraba inhibida para disponer de sus bienes. Designó a Cipriano Lima para que tramitase el levantamiento de la inhibición en Mercedes.

Fue médico municipal durante la administración de Mansueto Cepeda (1909-1910) y de Enrique Calac (1911-1912).

Electo por segunda vez para comandar los destinos del Municipio en el bienio 1915-1917, se hizo cargo de la comuna el 1 de enero. Fue reelecto en enero de 1917, pero debió dejar el cargo al declararse caducos todos los poderes provinciales ante una nueva intervención de la Provincia.

Durante su gobierno se realizaron grandes fiestas con motivo del centenario de la Declaración de la Independencia Argentina. En esta circunstancia se colocó la piedra fundamental del monumento a San Martín, que se concretaría e inauguraría años más adelante, cuando su 'pupilo' Miguel Capredoni estaba al frente de la comuna y Solís como legislador nacional y, al mismo tiempo, presidente del Concejo Deliberante local (cosa que por ese entonces estaba permitida -la doble ocupación de cargos públicos-).

Entre las obras públicas se destaca la construcción de la torre sobre el primer edificio de la Municipalidad, en el que se colocó el reloj que fuera donado por Mariano Unzué.

También mediante su gestión se elevó al rango de ciudad a nuestro pueblo, de acuerdo a una Ley sancionada por la Cámara de Diputados y el Senado de la Provincia, con fecha 26 de septiembre de 1916, para lo cual realizó profusas gestiones ante el gobernador Marcelino Ugarte.

Don Rogelio Solís tuvo una larga y fecunda vida. Reconocido por su participación política, que le granjeó simpatías y no tanto, falleció el 28 de diciembre de 1959, a los 84 años. En su honor, el municipio a cargo por entonces de don Domingo Erreca, decretó duelo y se colocaron las banderas a media asta.

El diario La Mañana, en su semblanza a modo de despedida, reconoce y enumera la gran cantidad de obras en las que dejó su sello. "El edificio del

Palacio Municipal; la reconstrucción del Matadero Municipal; el edificio del Correo; el Mercado Municipal; la urbanización del parque Las Acollaradas junto al doctor Miguel Capredoni, quien tanto trabajó a su lado; otras tareas entre las que se destacan la construcción de varios puentes en la zona; la creación del Colegio Nacional, con el apoyo del señor Arturo Santa María, también legislador en aquellas épocas del radicalismo; la pavimentación de 86 cuadras en nuestra ciudad; el monumento al Cristo Redentor que se levanta en el parque; fue también impulsor del monumento a San Martín y de diferentes pabellones en el Hospital, que se construyeron merced a su gestión”. El matutino recuerda también que cuando cumplió sus Bodas de Oro en la profesión, el Círculo Médico lo designó socio honorario de la entidad.

AHMFABOLÍVAR



3. Farmacia “La Fe”, de Próspero Fermín Lesquerre

Próspero Fermín Lesquerre nació en Azul el 24 de noviembre de 1878, sus padres fueron Luis Lesquerre y Magdalena Rachoulet, franceses ambos. Fue el décimo de trece hermanos (9 varones y 4 mujeres).

Se desconoce la ubicación exacta de su farmacia en Bolívar, aunque de acuerdo a Oscar Cabreros, ‘La Fe’ fue una de las primeras farmacias en el Bolívar incipiente, que luego no tendría continuidad. El periodista e historiador en ‘Después de las lanzas...’ afirma que así como las farmacias ‘La Moderna’, de A. R. Salazar y ‘Altavista’, de Antonio Altavista, “‘La Fe’, de Lesquerre Hnos. en el Boulevard 16 (hoy avenida Alsina)” es otra de las que desapareció. Esta apreciación permite, al menos, conocer en qué calle se hallaba situado este establecimiento de servicio social.

En 1913, don Próspero Lesquerre figura como referencia en el mismo rubro en la ciudad de Buenos Aires, como director técnico de una farmacia ubicada en la calle Cangallo N° 801 (de hecho, aparece como farmacéutico en la nómina de profesionales -médicos, farmacéuticos, dentistas, parteras, masajistas y veterinarios, legalmente autorizados para ejercer su profesión-, que figura en Guía Oficial del Departamento Nacional de Higiene) y años más tarde (en la década de 1940, más precisamente en 1937) le compra su negocio de farmacia ubicado en J. B. Alberdi 5657 a don Angel Yubero. Su farmacia bolivarenses, conservando el nombre ‘La Fe’ en 1917, queda a cargo de A. Giordano.

‘La Fe’ pudo haber sido en un principio propiedad de Próspero Fermín y más adelante formar una sociedad comercial con uno de sus hermanos -tal como atestigua el nombre con la que la cita el doctor Cabrerós-, para luego quedar la farmacia en manos de este último. La inferencia deviene de ver un aviso incluido en ‘Vida cotidiana y periodismo...’, donde en el Tomo I, Felipe Martínez Pérez incluye una imagen de la publicidad en la que se lee claramente “Farmacia ‘La Fe’, de P. F. Lesquerre”; pero también, el propietario de un comercio local de venta de muebles y antigüedades - contemporáneo a la fecha en la que se edita este libro-, en su colección personal y museo posee un objeto, que según su explicación es un pastillero que fue obsequiado a clientes, en el cual está impreso “Farmacia ‘La Fe’, de Juan Lesquerre, químico, farmacéutico. Bolívar. 1913”.

Teniendo en cuenta que para 1913 figura como farmacéutico en Buenos Aires, la hipótesis parece tener asidero. En todo caso, algunos de los Lesquerre se abocaron al rubro farmacia.

No podemos precisar cuál de sus dos hermanos que comparten el mismo nombre sería quién sucedió a Próspero Fermín al frente de ‘La Fe’, en Bolívar: si Juan Bautista Lesquerre, tres años mayor que él (nació en 1875), o Juan Lesquerre, tres años menor (nació en 1881).

Volviendo a Próspero Fermín, fue uno de los conservadores que, tras detonar los sucesos de 1910, se separan del grupo cuestionado y le envían una carta al gobernador bonaerense sentando su posición. “...convencidos bien pronto del pésimo administrador que resultó ser de las cosas e intereses de ese mismo Pueblo, nos apresuramos a privarlo de todo nuestro concurso y también de nuestra amistad”, dicen respecto a Emeterio Lautre. Uno de los firmantes de esta misiva precisamente, y así aparece en el documento del que dan cuenta tanto D. Jacinto Maineri como Felipe Martínez Pérez, es P. F. Lesquerre y Cia.

En la misma carta, sostienen “los pocos que por desgracia le prestamos en aquel entonces ayuda y amistad (hacen mención al documento que en 1906 le enviaron al gobernador de aquel momento pidiendo por la continuidad en el puesto de comisionado al citado Lautre) no creíamos recibir en pago de esa deferencia LA FORMACION DE UNA SITUACION VERDADERAMENTE CALAMITOSA PARA ESTE VECINDARIO. Felizmente que algunos de los firmantes prevenimos al señor Gobernador ser los culpables de que Bolívar tuviese que soportar el GOBIERNO COMUNAL MAS DESASTROSO QUE EXISTA EN LA 1ra PROVINCIA ARGENTINA”. Finalizan diciendo que “los hombres honestos que tienen la desgracia de equivocarse también tienen el carácter y la entereza de arrostrarles a los

malos gobernantes de las cosas del pueblo y saben retirarles su protección como ha sucedido en el viril pueblo de Bolívar”.

Nota: en el libro “Presente en mis memorias” de Arnaldo Pedro Parrabere puede haber una foto de P. F. Lesquerre, pues tenía una conexión familiar con la esposa del autor.

AHMF A Bolívar



4. Los paros de 1910 – El Comité de Defensa

Durante la administración de Mansueto Cepeda al frente de la comuna (electo por el período 1909-1910) se tomaron una serie de decisiones que generaron un gran descontento popular en San Carlos de Bolívar y motivaron a la población a ‘tomar cartas en el asunto’.

Puede decirse que una de las primeras acciones de las autoridades municipales fue dar a concesión -para su explotación, a particulares- distintas fuentes de ingresos de la comuna, acciones que lejos de ser beneficiosas para la comunidad dieron pie a otras medidas que también la perjudicaron. Una de las principales fue la concesión del Mercado de Abasto, que quedó en manos -para ser usufructuado- de un familiar de quien era el presidente del Concejo Deliberante y mano derecha de Cepeda, Emeterio Lautre. “Ni siquiera se llamó a licitación pública, otorgando a testaferros la exclusividad del mercado, concesión que fue traspasada a cambio de 62.000 pesos en acciones preferidas a una sociedad anónima, acciones que fueron distribuidas entre los de la comandita municipal”, dirá al respecto un artículo que aparece en el diario ‘El Diario’, de Capital Federal, y del que hace mención el diario local ‘La Defensa’, en julio de 1910 (de ello da cuenta D. Jacinto Maineri en ‘Ayer en Bolívar’).

“Hay en la concesión del mercado cláusulas monstruosas; sólo así se explica la prima de los 62.000 pesos. El privilegio es por 20 años y con opción a otros 20. El radio abarca dos leguas a la redonda en cuya zona ningún chacarero o quintero puede faenar una oveja ni chanco para el consumo particular sin abonar la tasa que impone el mercado. En cuanto a los impuestos, etc., la concesión establece impuestos ‘a piacere’”, se afirma en el mismo lugar.

La sociedad anónima a la que se hace mención estaba “formada por los mismos concejales que sancionaron las ordenanzas respectivas”. Lo afirma Roberto Hernández Galindo en el trabajo que presentara para los Juegos Florales de 1928, “las empresas de abasto y de comercio de artículos alimenticios aparecían a la imaginación de los bolivarenses como fantasmas. Sobre el vecindario cerníase la amenaza de que el kilo de carne costase \$0,70 o un repollo \$0,25, cuando antes valían \$0,30 y \$0,10 respectivamente”. Esos mismos abastecedores de alimentos, lejos de aumentar los precios para salvar su ganancia, “se dispusieron a cerrar sus negocios (...), indignados, e hicieron causa común con los consumidores”.

Otra concesión fue la de los Mataderos. Concretamente, en agosto de 1909, se aprobó la solicitud presentada por José Antonio Lautre “para la instalación y explotación de Mataderos por el término de 20 años”.

“La municipalidad de Bolívar tenía una renta mayor de 20.000 pesos anuales, producida por los impuestos de abasto, pero la situación que acaba de caer cedió el monopolio de los corrales, concesión otorgada a dos concejales a cambio de 1200 pesos por año, ya que la empresa particular cede al municipio el 5 por ciento de sus entradas brutas. El privilegio es por 20 años, y si fenecido el plazo la comuna no está en condiciones de adquirir las obras a precio de tasación, concede otros 20 años de privilegio”, se afirmaba en aquel artículo de ‘El Diario’.

Nada de lo concedido era favorable al Municipio. “Por su parte, la municipalidad recibiendo tan sólo 1200 pesos anuales, que es lo que representa el total del 5 por ciento, contrajo la obligación de pagar 100 pesos mensuales a un concesionario de corrales y 20 pesos al veterinario, lo que constituye una pérdida de 2400 pesos al año”. Y la gente, siempre víctima de la situación. “Las primeras consecuencias que experimentó el vecindario de Bolívar con las concesiones del mercado y mataderos fueron que la carne se vendía a 50 centavos el kilo”, costo por demás oneroso para buena parte de la población.

Otro punto de conflicto lo constituyó el cementerio. En enero de 1909 se concedió la “autorización al constructor D. Lorenzo Antognazza para construir y explotar por 20 años, 240 nichos en el cementerio, sobre la línea del frente Boulevard XVII”. En ‘El Diario’ se afirma: “la municipalidad entregó a un concejal la explotación de nichos en el cementerio durante 20 años, con opción a otro plazo análogo, obligando entre otras cosas a los dueños de los mausoleos a abonar a dicha empresa 50 pesos cada vez que cedieran las bóvedas para depositar cadáveres que no fueran sus propios deudos”, cifra que al decir de Felipe Martínez Pérez en ‘Vida cotidiana y periodismo’ “excedía dos meses el sueldo de un obrero”.

La extracción de arena también generó problemas, concesión otorgada asimismo por 20 años. “El vecindario se proveía de arena en una chacra de propiedad municipal, abonando un impuesto de 20 centavos por carrada de ese material. La comuna entregó la explotación que le producía de 6.000 a 10.000 pesos anuales por la suma de 200 pesos por año, y la primera consecuencia fue que constructores que sólo pagaban 20 centavos cada vez que cargaban un carro de arena tuvieron que abonar 50 centavos”, lo que implica que, como analiza Martínez Pérez, la construcción se encareció a más del doble.

El servicio de alumbrado y limpieza lo hacía la comuna por su cuenta, y le producía un ingreso de 10.000 pesos. Pero “se acordó una concesión para el establecimiento de una usina de luz eléctrica, gestión que obtuvo un tío del caudillo sin desembolso alguno, y en el acto constituyó la sociedad anónima ‘La Radiante’ y el directorio de ésta entregó 50.000 en acciones preferidas a la comandita municipal. En autos los accionistas de semejante irregularidad convocaron a una asamblea a la que asistieron todos menos los poseedores de las acciones privilegiadas. El caudillo que tenía los libros de la compañía en su poder, se rehusó a entregarlos y en el acto formó un nuevo directorio, haciéndose elegir presidente y designó como síndico a su hermano”, se decía al respecto en ‘El Diario’, en 1910, mostrando una vez más las anomalías que se cometían.

La reacción de los accionistas puso freno al atropello. “Los accionistas, al conocer todas estas controversias, elevaron una queja a la inspección de sociedades anónimas y solicitaron la presencia de un inspector, el que una vez en Bolívar comprobó todas las irregularidades, en virtud de lo cual se ha pedido el retiro de la personería jurídica y se le ha dado intervención debida a la justicia del crimen”.

En ‘Bolívar. Su riqueza, sus hombres’ se da cuenta de la fecha en la que se acepta la propuesta para la concesión de este servicio, fue el 7 de marzo de

1909, y Doroteo N. Ihigo, de Capital Federal, a quien se le otorgó “para la instalación del alumbrado eléctrico de la planta urbana” (Enrique Calac, durante su mandato, en junio de 1911 declarará caduca la concesión - autorizada según escritura pública por el escribano D. Francisco Cobeñas el 19 de marzo de 1909-, concesión que fuera adquirida como se dijo líneas arriba por la sociedad anónima ‘La Radiante’).

Un gran conflicto lo generó el tratamiento de la posesión de los solares, y el nuevo catastro que se armó. En noviembre de 1873 se sancionó una ley sobre tierras públicas, dando preferencia en la compra a los arrendatarios y enfiteutas; partiendo de esa base la Municipalidad “entregó la posesión de los solares y sus respectivos boletos de concesión a los vecinos, que contrajeron el compromiso de poblarlos por lo menos con una pieza y demás dependencias”. Así, los solares fueron entregados a quienes los solicitaron.

Pero hubo distintas realidades de acuerdo a las posibilidades económicas de cada uno. “Las personas previsoras y de recursos trataron cuando antes de llevar los boletos a escritura pública. Los más humildes, y especialmente las familias criollas, confiados en que tenían de hecho y de derecho suficientes títulos, no se preocuparon mayormente de la escrituración”, y ellos fueron los más perjudicados.

Aparentemente, el aumento del valor de la propiedad urbana motivó la codicia de las autoridades. “Los que tenían en su poder la situación, pretextando la falta de catastro (que lo había ya que Bolívar tenía catastro de tiempo antes), decretaron levantar uno nuevo, en pago de cuyo trabajo se hizo figurar la inversión de 15.000 pesos, suma que la municipalidad abonó al escribano público a quien se le encomendó la Dirección de Catastro, pero es público y notorio que ese escribano endosó, a nombre del caudillo, un pagaré por la suma de 10.000 pesos”, según las afirmaciones que figuran en ‘El Diario’.

“Hecho el catastro en la forma apetecida por la comandita fueron despojados la casi totalidad de los ocupantes de condición humilde; pero esos lotes no pasaron a ser propiedad municipal sino distribuidas en familias”, se denuncia.

Todas estas concesiones enajenaron la mayor parte de las fuentes de recursos municipales, y la solución que las autoridades encontraron a ello no hizo más que intensificar el descontento popular: aumentar considerablemente los impuestos “y de especial manera a las patentes,

creando de paso gabelas tan inconstitucionales como en sí son los impuestos a la propiedad rural y urbana”.

Así, la vida se había encarecido y de ahí, “sin distinción de clases, la aspiración unánime se concentró en obtener a costa de cualquier sacrificio las renunciadas de las autoridades”. Este fue el germen de la formación del denominado Comité de Defensa Vecinal, integrado por representantes del campo, del comercio y miembros de los partidos políticos, radicales en su mayoría pero también oficialistas, descontentos con la actuación comunal.

Presidido por Alfredo F. Gómez, de la firma Gómez y Fauchaux (en el local de la Feria que manejaban se hacían las reuniones y partían las manifestaciones); con la vicepresidencia primera de Dámaso Rego y la vicepresidencia segunda de José G. Campos, el Comité reunió una gran cantidad de vecinos con gran sentido de responsabilidad para el bien común. Fue tesorero José Sánchez; secretarios, Andrés S. Gamundi y L. Alfredo Vaccarezza; y vocales Eduardo Otero, Victorio Campo, Juan V. Erramuspe, Basilio Méndez, Pablo Arné, Arturo Santamaría, Juan Maineri, Manuel Chorén, Carlos Gilardi, Santiago Martínez, Manuel Iglesias, Pedro Erramuspe, Enrique Larregle, Ramón González, Dalmiro López, José Quellós, Braulio Vallejos, Sebastián Hueso, Juan Lladó, Alejandro Funes, Basilio Casariego, Saturnino Toulouse, Ignacio Basterrechea, Liberato Espinosa, Federico Pagola, Francisco Devito, Guillermo Bertolli, José E. Cieza, Bernardo March, Angel Ferrando, Pascual Machi, Roque Forlenza, Dr. Juan Ala, Pablo Guglieri, José Soage, Salvio Espi y Ovidio S. Márquez.

Una vez constituido, se presentaron ante el Concejo Deliberante -el 20 de enero de 1910- en nombre del Comité los señores Rafael Fabrizio, Francisco Llano y José Alabart solicitando la derogación del presupuesto municipal para ese año, dejando en vigencia el del anterior. Una semana después se convocó a una reunión y posterior manifestación de protesta “pidiendo a las autoridades comunales la derogación de los nuevos impuestos y la rescisión de las concesiones gravosas al erario”. Argumentaban diciendo “en virtud de haberse rehusado la Municipalidad del Partido en suministrar dentro del plazo fijado los datos sobre las distintas concesiones de servicios públicos otorgadas, y considerando que la misión de este Comité no se limita solamente a sanear el presupuesto sino también tiende a que la renta pública se invierta en beneficio del vecindario, hecho que no ocurre por cuanto se han enajenado por la Municipalidad importantes fuentes de ingresos por cantidades irrisorias”.

Incluso hicieron uso del derecho de conformar un jurado popular, formado por “un número de convecinos igual al duplo de los municipales que

conforman la corporación”, para poder juzgar a los funcionarios municipales y al intendente. Así, los vecinos Juan V. Erramuspe, Manuel Choren, Pablo Guglieri, José Pardo, Juan Maineri (h), Pedro Erramuspe, Bonifacio Zamora, Domingo Barnetche, Domingo Berreterreiz y Pablo Arné se presentaron ante el juez del crimen departamental doctor Pedro J. Hernández “acusando por despilfarro de fondos y mala conducta a los municipales señores Emeterio Lautre, Cipriano Lima, Benjamín Etcharrán, Mariano Jáuregui, Ramón P. Rojas, Fernando M. Etchegoyen, Cosme Romero y Oscar F. Villar, e intendente municipal Mansueto Cepeda”, de acuerdo “con lo dispuesto en el artículo 207 de la Constitución y ley reglamentaria del 7 de enero pasado”. La presentación está fechada el 5 de marzo de 1910, en Mercedes, donde estaban los tribunales pertinentes.

Agotadas las instancias de reclamo, el vecindario de Bolívar tomó la que sería la primera acción colectiva ejemplificadora: un paro general de toda la actividad económica del Partido, lucha que se inició el 1° de febrero de 1910 y se extendió hasta el 17 de ese mes, pese a estar en plena época de cosecha y con todo lo que eso significaba. “Lo curioso fue que no hubo una casa de comercio en las 280 leguas que abarca el partido que tuviera un solo día las puertas abiertas”, se afirmaba en ‘El Diario’.

D. Jacinto Maineri expresa: “por la ciudad no circulaba carruaje de ninguna naturaleza, como tampoco funcionaba ningún comercio, a no ser algunos muy contados, a los que se tildó de ‘carneros’. El solo medio de locomoción permitido era el caballo, que utilizaban los vecinos que se veían obligados a buscar alimento o leche para su sustento a las chacras; otros lo hacían a pié”. Además, “como a los que no se habían plegado al movimiento se les decretó ‘boicot’ fueron plegándose también a ellos; muy pocos resistieron a la presión popular, sólo quedaron contadísimos que por razones especulativas hacían causa común con la Comuna, estando además apañados por ésta”.

‘El Diario’ relata: “los habitantes de Bolívar repudian absolutamente al caudillo y a su comandita, a tal extremo que a éstos y aquel se les niega el agua y la sal. No hay una sola casa de comercio que les quiera vender ninguna mercadería. Algunos audaces que concurren a los bares donde hay cinematógrafo quedan aislados y los mozos se rehúsan servirlos”.

Roberto Hernández Galindo también se refiere a este punto: “Todo en Bolívar se paralizó. Nadie vendía ni compraba. Los hoteles no daban hospedaje. El propio comisario de Mercedes enviado con motivo de la actitud de protesta del vecindario no pudo encontrar alojamiento,

viéndose obligado a recurrir a los miembros del Comité de Defensa para salvar la crítica situación”.

Este autor plantea una situación por demás alarmante. “Los pobres gritaban por las calles pidiendo alimentos, que el Comité les repartía con la medida escasa que dictaban las circunstancias. El estado de cosas asumió tales proporciones ante la obstinación de las autoridades municipales (...) que la población quedó como aislada de la Capital Federal, porque si es cierto que los trenes llegaban, no descendía en la estación de Bolívar ni un solo viajero. Hasta las empresas de pompas fúnebres se plegaron a la huelga del vecindario”. Y agrega: “el Comité de Defensa hacía cuanto estaba a su alcance para alimentar a los más necesitados y llevar las justas demandas del vecindario ante las autoridades de la provincia”.

Siguiendo el relato de Maineri en ‘Ayer en Bolívar’, una gran cantidad de vecinos, “encabezados por las autoridades del Comité de Defensa”, se trasladaron en un tren especial a La Plata a reclamar por la regularización de la situación. Cuando se obtuvo la promesa por parte del gobernador bonaerense Ignacio Darío Irigoyen “de que quedaría sin efecto el aumento de los impuestos y anulados los creados gravando la propiedad rural y urbana, acordando plazo para el pago de las patentes hasta el 22 de marzo -‘así se afirma en El Diario’-” se levantó el paro.

En ese periódico capitalino se dice al respecto: “el vecindario envió una comisión a conferenciar con el gobernador Irigoyen, la que puso en antecedentes de todo el desquicio administrativo. La comisión pidió la acefalía, pero aquel mandatario pretextó que estando en víspera de abandonar el mando dejaba la solución del grave al nuevo gobernador. El vecindario recurrió al entonces candidato, coronel Arias, y éste les prometió que haría justicia”.

Hernández Galindo cuenta que la Provincia, ante la descripción de los excesos, envió un comisario para estudiar la situación. El senador Juan Miguel Gutiérrez fue nombrado como comisionado el 12 de febrero, y llegó a la ciudad con “la misión de poder informar al Poder Ejecutivo y conseguir una prórroga para el pago de patentes”.

Hubo dos momentos en la negociación, tras la llegada de Gutiérrez, para finalizar con el paro. En una primera instancia (con fecha 15 de febrero), el Comité de Defensa solicitó varios puntos para ‘volver a la actividad comercial’: que se prorrogase por 60 días el cobro de los impuestos, sin multa; que se dejasen sin efecto los embargos trabados; que se cambiasen todas las autoridades municipales de Daireaux.

Como el comisionado no hizo a lugar al pedido y no conformó la decisión que tomó (sólo se extendieron los plazos de prórroga para el pago de impuestos), el paro continuó. Incluso los vecinos acudieron en manifestación a las puertas del alojamiento del comisionado.

Finalmente, el senador hizo a lugar a las demandas y resolvió, en una segunda instancia: prorrogar el cobro de impuestos hasta el 22 de marzo; que se cobrasen en la forma que el Comité de Defensa propuso el 24 de enero; que los embargos quedasen anulados. Así, el paro quedó sin efecto.

La 'paz' temporaria duró poco. Los tribunales de Mercedes, ante los cuáles se había iniciado la causa para destituir a los municipales, no se pronunciaban. Así fue como, en asamblea -el 6 de junio- se votó un nuevo paro, "fundado en la detención que padecía el juicio político instaurado en la Cámara de Mercedes contra los municipales, y en la pretensión vergonzosa de los encausados que intentaron arreglar el pleito a base de repartición de puestos, cuando lo que el vecindario pedía era su destitución".

Una nueva comisión bolivarense se entrevistó con el gobernador el día 9 y consiguió el nombramiento de un nuevo comisionado, en esta oportunidad el enviado fue el Dr. Pedro Díaz Pumará (ver apartado).

Los primeros días desde su llegada fueron para interiorizarse de la situación. Además, la causa seguía sin avanzar en los tribunales mercedinos. De hecho, hubo cambios en los jueces que debían juzgarla; el Dr. Medina fue recusado, y salió designado el Dr. Leopoldo Ojea, quien se excusó asimismo. Por ello se fijó una audiencia para el 10 de junio, con el fin de integrar en ella a un jurado popular.

"Hasta el día 14 las cosas no presentaban cariz de solución. Por el contrario, se agravaron. La Cámara de Mercedes nada hacía y el comisionado hallábase comunicado telefónicamente con el gobernador, para decirle su poco éxito, cuando aconteció algo que nadie esperaba. El señor Emeterio Lautre se le apersonó y presentóle su renuncia de presidente del Concejo Deliberante, juntamente con la de varios concejales. Las razones de tan inesperada actitud redujéronse a ésta: 'por deferencia para con el señor gobernador'", cuenta Hernández Galindo.

El intendente Mansueto Cepeda también presentó su renuncia ("en dos ocasiones había hecho abandono de su cargo, por razones privadas, dejando el Departamento Ejecutivo a cargo del presidente del Concejo Deliberante, Emeterio Lautre. La primera vez del 7 al 23 de febrero, y la segunda del 30 de marzo al 14 de abril").

Hubo festejos populares cuando todo terminó. Fue sin dudas una de las manifestaciones populares más significativas en la historia de la ciudad.

AHMF A Bolívar



Plaza Alsina; en el centro actuaban las bandas de música (el 'kiosco' se construyó en 1919)

5. La banda de música de José Juárez

La banda de música popular ha estado desde los inicios de la ciudad, en los años posteriores a la fundación. Ya en 1899, en las primeras publicaciones periodísticas de la incipiente urbe como lo fue el 'Bolívar Ilustrado', se cita a la banda de música del maestro Vicente Lozzi, tal vez la primera que llevara melodías a las tardes bolivarenses. De hecho, se cita que amenizaba las noches de los domingos en el período estival.

Para la misma fecha estaba en formación una 'nueva' banda a cargo en este caso del maestro Di Pietro que, a la postre, se denominaría 'La Popular'. Para el mes de octubre de aquel año, se menciona la elección de una junta o comisión que 'ha de dirigirla', por lo que se presupone que había una suerte de comisión directiva que ayudaba en su funcionamiento. "La nueva comisión quedó formada con los señores Andrés S. Gamundi, Francisco KR. Arana, Manuel S. Cavia, Federico Dozo, Juan B. Garavaglia y Alfonso Galvagni. Entre estos señores se nombrará un presidente", se informa.

Incluso parece que ese año había un singular interés en integrarla dado que jóvenes músicos tenían esa intención pero no los pueden admitir por carecer de instrumentos para poder ejecutarlos en la banda.

La o las bandas tocaban en fiestas civiles y religiosas, en inauguraciones, en los carnavales, y en cuanta ocasión se los convocara. Al parecer, **José Juárez** -de quien no hemos podido hallar más documentación ni

información sobre su historia- fue sucesor de los maestros citados en párrafos precedentes.

De él sabemos que es dejado cesante de su puesto en noviembre de 1908 durante la administración municipal de Rogelio Solís. En 'Bolívar. Su riqueza, sus hombres' se sostiene que la decisión obedeció a "la necesidad de hacer una administración de reajuste en todo lo que no se considere sumamente necesario, en virtud de la situación financiera por la que atraviesa la comuna". Oscar C. Cabrerros, en 'Memoria' agrega que se acepta "la oferta de Vicente Lozzi, que no cobraba por dirigir la banda". De hecho, el nombramiento de este último figura con fecha febrero de 1910. Un año antes, en febrero de 1909, se había nombrado al maestro Conrado Costa para "reorganizar la banda de música municipal".

En 'Bolívar. Su riqueza...' se detalla también -en el apartado donde se desarrolla la acción de gobierno de Alfredo Vaccarezza- que es en la plaza Alsina donde "la banda de música municipal dirigida por el maestro José Juárez realiza retretas los jueves y domingos", por lo que se presupone que continuó en el cargo años más tarde.

En ese período, el maestro Juárez dictaba clases particulares, por caso, en 1912. Así lo recuerda en el álbum editado para el centenario de la fundación de San Carlos de Bolívar, Casimiro Cabrerros, español nacido en 1902 y residente en esta ciudad desde 1908. "Mis recuerdos sobre la actividad musical en Bolívar se remontan al año 1912 que inicié estudios con el maestro don José Juárez, director a la banda de música de esos años. Anteriormente, según informes, los conjuntos de banda fueron dirigidos, entre ellos, por los maestros Di Pietro y don Vicente Lozzi", afirma.

Vale mencionar que la banda tocaba en la actual plaza Alsina, en el centro de la misma. Años después, en 1919, se construirá el 'kiosco' -así se lo llamaba- que servirá de escenario. Levantado en altura y con una balaustrada alrededor fue obra del constructor Manuel Erraín Chatruc. El maestro Virgilio Rossi será uno de los directores de esas bandas musicales que se valdrá de ese lugar para mostrar su arte.



Archivo fotográfico de Benito Juárez

6. Pedro Díaz Pumará

Pedro Díaz Pumará nació en Buenos Aires, el 25 de mayo de 1875. Tal como describe Gregorio D. Brejov, es “hijo de padre chileno-colombiano, Domingo Díaz Pumará, quien fuera político, periodista, fundador editor y director de uno los primeros periódicos del pueblo de Belgrano (hoy barrio ‘El Progreso de Belgrano’; procurador de profesión, docente por vocación” y de “doña María d’Arrientort y Labat, francesa, hija de un hacendado de origen vasco-francés, con explotación rural y tambo en La Calera (hoy Belgrano) y San Andrés de Giles”.

Cursó estudios primarios y secundarios en Buenos Aires. De acuerdo a lo expuesto por la profesora y licenciada Silvana A. Gómez, dejó el barrio a los 16 años para instalarse en La Plata con el fin de proseguir sus estudios. “En el Colegio Nacional de La Plata inicia el bachillerato”. Una vez graduado allí, “a los 18 años ingresaba en la Facultad de Medicina Veterinaria de La Plata, donde debía cursar estudios, mientras trabajaba para solventar los gastos indispensables” dado que había quedado huérfano de padre a temprana edad.

Brejov afirma: “Para solventar sus estudios se desempeña como empleado de la Jefatura de Policía de la Provincia, colaborando con el coronel Ramón L. Falcón; desarrollando en dicha repartición el innovador departamento de fotografía. Más tarde en 1895, debido a un serio conflicto limítrofe con

Chile, el presidente de la Nación, José Evaristo Uriburu impulsa una ley disponiendo el primer servicio militar de la República. Son movilizados a distintos puntos del país todos los argentinos nacidos en 1875 por sesenta días; Díaz Pumará es incorporado al Ejército y revista como sargento primero en el Primer Batallón del Regimiento 1 de Infantería a mando del teniente coronel Manuel Vega Segovia, cuyo punto de concentración se dio en el partido bonaerense de Pigüé entre abril y junio de 1896. Contaba en ese entonces con 21 años”. Este último hecho nos permite inferir que pudo haber sido compañero en Cura Malal de Enrique Calac, otro personaje al que hace mención este libro (ver apartado **Enrique Calac**).

Un año después se graduó con honores como médico veterinario e ingeniero agrónomo, resultando además “el primer graduado de esa Universidad en obtener ambos títulos”. Para 1899 se produce su llegada a Benito Juárez, de donde será después un político central en la historia de la ciudad. Pero su arribo a esa ciudad del centro-sur de la provincia de Buenos Aires no se debe a las lides políticas sino que obedece a su formación profesional. Cecilio López, político conservador y terrateniente, lo nombra administrador general de su establecimiento ‘Dos Marías’ a dónde lo contrata –al parecer, recomendado por el coronel Falcón- para organizar una nueva cabaña dentro de la estancia (de vacunos de raza Shorthorn, que se habían ‘puesto de moda’ por ese entonces).

Pedro Díaz Pumará estuvo vinculado a la estancia entre 1889 y 1910 y constituyó para él una fuente de vínculos que favorecieron su incorporación en la escena local y, posteriormente, provincial. De acuerdo a los historiadores que se ocuparon de su biografía en detalle, “López, al mismo tiempo, era un político conservador reconocido en la comunidad, cuya red amical pudo favorecer al joven Don Pedro”.

De hecho, su mentor político y primer empleador pudo haber sido su suegro. Díaz Pumará fue novio de Celina López Buchardo, quien falleció joven, víctima de tisis en 1905, y su prematura partida lo entristeció mucho, al punto de decidir permanecer soltero. Finalmente, a los 42 años, en 1917 entabla una relación con María Isabel de Asurabarrena y Tapia, hija de uno de los primeros pobladores de la localidad, con quien se casó el 11 de octubre de ese año. Con ella tendría tres hijos, María Itatí (1919), Pedro Marcos (1921) y Mireya Ercilia (de la cual no hallamos documentación).

Su trayectoria política comienza en 1902 cuando en un contexto de acefalía municipal, el 24 de julio de ese año se hace cargo de la intendencia. El 5 de ese mes el intendente Lasota y varios concejales renunciaron a sus cargos

tras la petición ante el gobernador de numerosos vecinos, “lo más característico y representativo de este vecindario”, para que reorganice el gobierno local ya que, al parecer, se le atribuían a las autoridades municipales diversos actos delictivos. Así, Díaz Pumará será comisionado municipal en Benito Juárez entre el 24 de julio de 1902 y el 1 de octubre de 1905.

Celebradas elecciones en el mes de agosto de ese año, resultó electo intendente municipal. Lo hizo bajo el ‘paraguas’ de una agrupación que lideraría por décadas, la denominada Defensa Comunal. Silvana Gómez sintetiza la continuidad de su derrotero: “en 1907, Cesar López -quien presidió el Concejo Deliberante en 1905 y 1906- comenzó a desempeñarse como intendente y Díaz Pumará presidió a partir de esa fecha el cuerpo deliberativo, cargo que ocupó hasta 1908. Entre 1909 y 1914 don Pedro nuevamente se desarrolló como intendente, función a la que se sumarían dos cargos de importancia: su actuación como comisionado municipal en la localidad de Bolívar entre 1910 y marzo de 1911, y su desempeño como diputado provincial por el conservadurismo en el período 1909-1912”.

En 1915 formó parte del Concejo Deliberante, del cual fue elegido presidente en 1916, cargo en el que estuvo hasta 1917, cuando nuevamente fue electo intendente. En esa oportunidad comandaría los destinos municipales por poco tiempo, dado que una nueva intervención dejará a los municipios sin sus autoridades -esa vez, del presidente Hipólito Irigoyen a la provincia de Buenos Aires; en consonancia, el nuevo interventor bonaerense, José Luis Cantilo, colocará comisionados, de origen radical-. Este hecho marcará la aparición del radicalismo en la escena local de Juárez, con una sucesión de comisionados: Marcial Castells, Diego Bagnasco, Luis Errecaborda y Julián Muñiz, quien dejó el municipio en manos de Adolfo F. Roó, hombre de Díaz Pumará, candidato por la Defensa Comunal que resultó electo en los comicios realizados en 1919.

Esa irrupción del radicalismo motivaría de alguna manera el desplazamiento de Don Pedro hacia esa fuerza política. “Hasta 1919 los radicales en Benito Juárez se habían enfrentado a un conservador como Díaz Pumará; no obstante, el desplazamiento de Don Pedro hacia el radicalismo en la tercera década del siglo XX complejizó el panorama. Las alianzas establecidas en el nivel provincial posicionaron a Don Pedro a mediados de la década de 1920, en el antipersonalismo. En este contexto, los radicales locales -que acusaban a Don Pedro de practicar maniobras fraudulentas- se posicionaron en el radicalismo personalista”.

Fue intendente por dos períodos más: 1921-1923 y 1932-1935, en este último período ya con una cierta revinculación con algunos conservadores. En cuanto a su actuación parlamentaria, Díaz Pumará fue diputado provincial entre 1909 y 1912, también entre 1929-1932. Dice Silvina Gómez, “de las 124 sesiones que existieron mientras ocupó el cargo, Díaz Pumará estuvo presente en 34 oportunidades (27, 4% presente) mientras que se ausentó (en la mayoría de los casos sin aviso) en 90 sesiones (72,6%). El análisis del Diario de sesiones de Diputados de la Provincia de Buenos Aires nos permite afirmar que su participación o ausencia del recinto no está vinculada al tratamiento de cada sesión. Aunque estuvo presente en algunas jornadas de importancia, a otras de similar impronta no asistió.”

Además, hacia 1925 fue Alcalde del Cuartel 1°, es decir, funcionario judicial, razón por la cual no podía tener participación directa en política. “Sin embargo, Díaz Pumará se transformó en Juez de Paz en lo inmediato, puesto que el titular se encontraba con licencia y en su lugar actuaba un suplente”. Y como la ley establecía que, ante el alejamiento del suplente, quien debía hacerse cargo de las funciones de juez era el Alcalde, Don Pedro ‘llegó a la justicia’.

En 1929 es electo Diputado Convencional Constituyente para la reforma constitucional de la Provincia de Buenos Aires. Además, en 1935 aceptó la designación “como delegado interventor en la Jefatura de la Policía de la Provincia, la que se encontraba particularmente comprometida en una revuelta incluyendo la toma de la sede central, destitución del gobernador y amotinamiento de efectivos en resistencia a una embestida anti-corrupción motorizada por el jefe provincial”.

Este último cargo afectaría su salud, de acuerdo a lo manifestado en el trabajo de Silvina Gómez. Ella afirma que Díaz Pumará “termina sus días en abril de 1935 con sesenta años. Rodeado de familiares y amigos, en Buenos Aires, a donde fue trasladado luego de padecer un accidente cerebro vascular producto de las enormes tensiones que debió sufrir con motivo de la dramática crisis política de la Provincia y su gestión como interventor en la Jefatura de Policía”.

Dentro de sus obras al frente de la comuna se destacan haber instalado el servicio de aguas corrientes y desagües domiciliarios, la fundación del Hospital Municipal ‘Adolfo Alsina’, las plazas forestadas con plantas ornamentales cuidadosamente seleccionadas, el adoquinado de calles, los bulevares arbolados con palmeras, el palacio municipal, la moderna usina eléctrica, la fundación de la Escuela Normal Nacional, el dispensario

municipal cuya farmacia atendía en forma gratuita a las personas más necesitadas, y el asilo de ancianos. Se destaca también el haber ordenado construir un canal aliviador que permitió evitar las sucesivas inundaciones que padecía la ciudad en épocas lluviosas.

Su actuación en Bolívar

Pedro Díaz Pumará fue elegido por el gobernador José Inocencio Arias como comisionado municipal en Bolívar durante los 'paros de 1910'. El mismo día que presenta su renuncia Mansueto Cepeda (el 13 de junio de 1910) aparece el decreto del Poder Ejecutivo de la Provincia designándolo para esa función. Toma posesión del cargo inmediatamente.

Ni bien arribó a la ciudad debió investigar los cargos formulados contra las autoridades municipales por parte de los vecinos, llegando a determinar que las denuncias eran fundadas.

“Don Pedro contribuyó al reordenamiento social de Bolívar. Algunas de las medidas tomadas (propuestas por Díaz Pumará, aprobadas por el poder ejecutivo provincial y deseadas por parte de la población de aquella localidad) fueron las vinculadas con la revocación de los efectos de las concesiones realizadas anteriormente a los mataderos. En su lugar, las rentas percibidas por dichos mataderos fueron percibidas –a partir de septiembre de 1910- por los empleados municipales y tuvieron entrada a la caja municipal. Esta resolución contribuía a regular la matanza de ganado para el abastecimiento de un vecindario aquejado por la hambruna al tiempo que permitía controlar las condiciones de higiene en la cual se realizaba la actividad”, describe Silvina Gómez en su tesis de doctorado.

“Hasta que la situación no estuvo ordenada, las elecciones municipales que debían llevarse a cabo en Bolívar el 11 de diciembre de 1910, no fueron realizadas en parte por virtud de lo solicitado por la Unión Cívica y la Unión Ganadera y Comercial y también por lo expresado por Comité de Defensa de la localidad telegráficamente al gobernador -que contó con la aprobación de Díaz Pumará en su diagnóstico- y que expresaba que por razones de orden público debían suspenderse los comicios. Finalmente, las votaciones pudieron desarrollarse en marzo de 1911 y tras ellos, Díaz Pumará abandonó sus funciones como comisionado”.

En 'Bolívar. Su riqueza, sus hombres' se sostiene que al asumir, las rentas de la comuna se encontraban atrasadas y a los empleados se les adeudaban varios meses de sueldo -además de los consabidos conflictos

que motivaron los paros-. Por ello “designa una comisión revisora de cuentas en junio para clasificar la deuda pública, comprobar la autenticidad de los créditos, etc. a fin de conocer con precisión el monto que debe la comuna”. Por todo esto, en el mismo mes se dejan cesantes a varios empleados, incluso se resuelve suprimir la delegación de Hale.

El 17 de marzo de 1911 se realizarían las elecciones en las que resultarán electos cuatro municipales por el Partido Conservador, uno por la Unión Cívica y uno por la Unión Ganadera y Comercial, Enrique Calac, quien será posteriormente elegido como intendente, nombrado el 20 de marzo y quien tomó posesión del cargo el 24.

AHMFABOLÍVAR



Familia de Alejandro Funes

7. Alejandro Funes

Alejandro Funes habría nacido en Chivilcoy, el 9 de febrero de 1855. Hijo de Teodoro Funes y María Barrionuevo, ambos argentinos y que serían oriundos de San Luis. Su mamá habría fallecido joven, cuando él era un pequeño de 7 años.

Su recorrido previo a su residencia en San Carlos de Bolívar lo ubican en al menos otras tres ciudades del centro de la provincia de Buenos Aires. En 1877 se casa en General Alvear, con Rosa Jones, también natural de Chivilcoy, con quien vive en el Cuartel II de esa ciudad. El primer hijo del matrimonio nace en Alvear, Justo Alejandro fue bautizado en la parroquia San José el 7 de agosto de ese mismo año. Las Flores fue otro de sus destinos: allí nacen al menos dos hijas, Adela y Socorro, a quiénes bautizan en 1882 y 1885 respectivamente en la Iglesia Nuestra Señora del Carmen. Tapalqué sería el paso previo a su llegada a esta ciudad, en la que fue una personalidad de renombre. En Tapalqué nace María, la quinta hija del matrimonio, bautizada en 1888 en la parroquia San Gabriel. De su numerosa descendencia hay tres hijas nacidas en Bolívar de las que hayamos documentación: Mercedes en 1892, Adelina América en 1896 y Elida en 1903. También tendría dos hijos más, Rosa (segunda en orden de nacimiento) y Alejandro Argentino (de los más chicos), de los que carecemos de precisiones.

Teniendo en cuenta el relato de su bisnieta, Marita Moglia Baena (hija de Dardo Alejandro Moglia Funes, nieta de Cornelio Moglia y María Funes),

tuvo en algún momento una segunda residencia en Mercedes, donde habría sido juez de Paz (ver apartado **Cornelio Cipriano Moglia**).

El censo nacional de 1895 lo ubica ya residiendo en la zona urbana de nuestra ciudad, definido como hacendado. Habría tenido campo al NE del partido de Bolívar, en el Cuartel IV, tal como se desprende del Registro de Señales del municipio para 1915, donde consta que tiene hacienda con marca en ese lugar.

En Bolívar habría sido propietario de la estancia La Fe y, según consta en el Registro de Solares municipal, poseyó tres lotes en la Sección II (planta urbana) para 1900 y una manzana completa en la Sección IV para 1901.

Su vivienda familiar, sita en lo que hoy es General Paz y Roca (actual dirección de panadería El Sol), fue un lugar emblemático para ciertos acontecimientos. En algún sector de su casa (Martínez Pérez afirma que es “un galpón”) se ofició misa e hizo las veces de Iglesia cuando en los primeros años del siglo XX se derribó la que se había edificado en plaza Mitre (las versiones históricas ubican el hecho en mayo de 1904).

Íntimamente relacionado a ello, para marzo de 1905, don Alejandro Funes forma parte, en carácter de vocal, de la Comisión Ejecutiva -integrada por hombres representativos del quehacer bolivarenses y de buena posición económica en su mayoría- que busca reunir fondos para erigir un templo en Bolívar, en el solar previsto desde el primer momento en la traza que realizara Rafael Hernández, que es el que ocupa la Parroquia San Carlos Borromeo desde su construcción. En julio de ese año se comenzaría con la construcción del templo, de hecho el 7 de ese mes se coloca la piedra fundamental, tal como figura en el acta que se labrara para tal fin, y donde se lo nombra.

Su participación institucional no cesa allí. En 1909 integra el ‘Centro Bolívar’, un centro social nacido “bajo amplios y nobilísimos propósitos sociales, sin distinciones políticas ni religiosas”, que anhela el progreso social y cultural. Alejandro Funes fue uno de los elegidos como socio honorario.

Un año más tarde, formará parte del Comité de Defensa integrado con representantes del campo, del comercio, de los partidos políticos, y vecinos disconformes con la actuación de las autoridades comunales. Funes fue uno de los muchos conservadores que otrora fueran parte del círculo cuestionado en 1910 y que motivaría los famosos ‘paros’. Él, don Rogelio Solís, Andrés Gamundi, y firmas como por ejemplo Gómez y Faucheux, Sánchez y Calac, P. F. Lesquerre y Cia. entre otros, envían una carta al

gobernador donde reconocen su anterior apoyo a Emeterio Lautre (la figura controvertida en ese momento), su equivocación y cómo le habían retirado su amistad ante los hechos en cuestión.

Cuando las autoridades provinciales enviaron a Pedro Díaz Pumará como comisionado, Funes fue parte de la Comisión de Fomento que se nombró para apoyarlo. Otros vecinos que la integraron fueron José Fabrés García, Eduardo Otero, Manuel Chorén.

En 1911 sería electo municipal para el período 1912 y ocuparía el cargo de vicepresidente segundo del Honorable Concejo Deliberante, que encabezaría Juan V. Erramuspe (Enrique Calac seguiría al frente de la comuna). Tras revocarse la distribución de cargos en sesión pública extraordinaria concretada en el mes de agosto de ese año y realizar una nueva distribución, Alejandro Funes quedará ocupando el cargo de vicepresidente primero.

Siempre militando dentro de las filas del Partido Conservador local, fue presidente de la comisión directiva que ese año, por ejemplo, alerta mediante una solicitada a los ciudadanos sobre que “los lautristas, en forma engañosa y falaz, pretenden recoger papeletas de enrolamiento, para dificultar en los próximos comicios la libre emisión del voto”.

Ciudadano activo, reconocido vecino de aquella época constitutiva de la ciudad, don Alejandro Funes falleció a los 67 años el 15 de julio de 1923. Sus restos, así como los de su esposa y parte de su descendencia, descansan en la bóveda familiar en el cementerio local.



Aviso de remate-feria de la casa Gómez y Faucheux, editado en el Bolívar Ilustrado

8. Don Adolfo Fortunato Gómez

Adolfo Fortunato Gómez nació el 27 de marzo de 1854 en San Miguel del Monte, y fueron sus padres Máximo Gómez e Inocencia Pérez.

Se radicó en Tapalqué en donde contrajo enlace con Florinda Porcel, vecina del lugar con quien tuvo tres hijos: Julio que nació el 14 de diciembre de 1898, Adolfo Remigio nacido el 1 de octubre de 1891 y Héctor Darío que nació el 19 de febrero de 1900.

Fue martillero público en Tapalqué y en Bolívar. Junto a su socio bolivarense fundó la casa de remates 'Gómez y Faucheux'. Incursionó en la política siendo electo Diputado Provincial por la cuarta sección electoral, que por ese entonces incluía al partido de Bolívar.

A pesar de su origen tapalquenero, terció en asuntos que beneficiaban a Bolívar, en detrimento de Tapalqué y Gral. Alvear, por el cobro de guías y otros trámites municipales.

Fue uno de los impulsores y orador permanente del Comité de Defensa (de hecho, fue su presidente), movimiento que desde finales de 1909 y durante 1910, llevó a la renuncia de toda la plana mayor de la Municipalidad de Bolívar: Mansueto Cepeda, intendente, y Emeterio Lautre, presidente del HCD, conjuntamente con todos los concejales.

Integró también el Centro Bolívar (ver apartado **Alejandro Funes**) como socio honorario.

Don Adolfo Gómez falleció el 11 de abril de 1921. El Municipio, a cargo por entonces de Félix J. García, decretó duelo y "en mérito de los servicios

prestados” resolvió poner la bandera a media asta en el edificio de la Municipalidad y sus dependencias hasta el día 13.

AFMFA Bolívar



Litografía de autoría de Antonio González Botana, incluida en el Bolívar Ilustrado en su número 2

9. Andrés Salvador Gamundi

Andrés Gamundi nació en Merlo, provincia de Buenos Aires, el 23 de marzo de 1870. Era hijo de Antonio Gamundi y de Ana Campanero, ambos españoles.

Para 1890 ya está instalado en Bolívar, siendo empleado. Contrae matrimonio con Josefa Francisca Fábrega el 25 de septiembre de 1890, que era hija de Don Juan Fábrega (quien poseía librería para ese entonces) y Magdalena Campanero (ambos españoles), razón por lo cual Andrés y Josefa eran primos hermanos.

El matrimonio tiene 4 hijos: Juan Enrique nacido el 15 de julio de 1891, Andrés Oscar en 1895, Magdalena Esther Lucia nacida el 24 de mayo de 1897 y Ana Delia Amanda que nació el 5 de febrero de 1900.

Andrés Salvador enviuda en esa época y el 29 de abril de 1903 contrae enlace con Juana Francisca Ricabarra.

Tuvo una vida social y política muy activa: en 1897, durante la intendencia de Valentín Fernández Coria, fue vicepresidente primero del Honorable Concejo Deliberante, un año después sería presidente del cuerpo; en 1899 fue electo intendente municipal.

Su actuación a cargo de la comuna, o al menos su partida, fue cuestionada. En las páginas del Bolívar Ilustrado y siguiendo lo que consta en 'Vida cotidiana y periodismo I', se da cuenta de una sesión municipal fechada a principios de 1901 en la que se acordó por unanimidad autorizar al intendente Juan V. Erramuspe "para que inicie juicio criminal o civil, contra el señor Gamundi, y obligar a éste a devolver el dinero que ha extraído indebidamente de la caja municipal, o sea de subvención, durante tres años que ha ejercido el cargo de Intendente, cuya cantidad se hace ascender a 5.400 pesos moneda nacional".

En ese mismo periódico, señero de la prensa local, se cuestiona duramente su actuación: "que me diga qué se han hecho de los 195.000 que arrojan los presupuestos de los tres años 1898, 1899 y 1900 que él administró y los cuáles debió percibir la Intendencia regularmente administrada, y qué adelantos hizo durante su administración en el pueblo para gastar esa ingente suma y dejar una deuda, actual, (de) alrededor de 30.000 pesos, pues sólo las cuentas presentadas hasta ahora al nuevo intendente, pasan de 20.000 según informes...".

Su controvertida actuación motivará que la comuna sea intervenida por el Gobierno de la Provincia. Como dirá Oscar Cabrerós: "se inicia el año y el siglo (1900) asumiendo el comisionado don Julio Naón, quien entrega funciones el 1 de enero de 1901 al caracterizado vecino don Juan Erramuspe".

En 1910 formó parte del Comité de Defensa.

Más tarde formó parte del bloque del Partido Conservador, electo en noviembre de 1913 en Bolívar, junto a Enrique Calac y Ramón Arriaga (como titulares), Enrique Larregle (suplente), ocasión en la que Rogelio J. Solís y Daniel S. Salazar fueron electos consejeros escolares.



10. Cornelio Cipriano Moglia

Cornelio Cipriano Moglia habría nacido en 1876, en Luján. Hijo de Juan Moglia, italiano, y Enriqueta Cano, argentina.

Para el censo de 1895 lo ubicamos aun en Luján, viviendo con su madre y una hermana, Clara, dos años menor que él. Como profesión u ocupación se declara 'minervista', por lo que se puede apreciar que desde temprana edad abrazó el periodismo o, al menos, el oficio de gráfico. Que su padre no se hallara censado junto a ellos puede obedecer a su oficio: era artesano, trabajaba el oro, la plata y también el vidrio, y luego recorría la provincia vendiendo su producción.

Se casa el 10 de noviembre de 1911 en la parroquia San Carlos de Bolívar, con María Funes, quinta hija de Alejandro Funes (otra personalidad reconocida en aquel entonces). El oficio religioso está a cargo del padre José María Argüelles.

Tienen varios hijos. Entre ellos Dardo Alejandro, el primogénito, nació en 1915; le siguió Rosa Emilia, en 1918 y Juan Néstor en 1920 (murió joven, a los 21 años, en 1941). Cornelio César nació en 1929 (murió de pequeño, a los 10 años, de difteria); María A. nació 1930 y falleció a las pocas horas de vida; Ricardo Eduardo, quien nació en 1933, sería el menor y también murió siendo joven (a los 32 años). Nacieron al menos otras dos hijas mujeres, de las que no poseemos documentación oficial, pero serían María Elba y Evelia (nacidas en Bolívar y que fallecieron en la ciudad de Quilmes en 2003 y 2002 respectivamente, de acuerdo a afirmaciones de familiares).

Testimonio de su paso por el periodismo y su conexión con Bolívar lo da su nieta, Marita Moglia Baena. De acuerdo a ella, Cornelio trabajó en 'Amanecer', periódico lujanero de fines de siglo XIX, como tipógrafo o linotipista. Fue precisamente su profesión la que sellaría su destino y lo traería a la tierra en la que vivió hasta sus últimos días. Siendo periodista en Luján viajó a Mercedes a entrevistar a don Alejandro Funes, otro vecino de renombre e nuestra ciudad, quien por ese entonces era juez de Paz allí. De acuerdo a Marita, la intención de Moglia fue interiorizarse por un hecho luctuoso que había ocurrido, con víctimas fatales como desenlace, y Funes conocía debido al cargo que ocupaba. Funes termina invitándolo a su casa y allí conoce a su familia, entre ellos a María de quién se enamora y con quien se casaría años más tarde.

Ya en Bolívar, Cornelio funda El Progreso considerado uno de los primeros periódicos de la incipiente ciudad. De hecho, Felipe Martínez Pérez en 'Vida cotidiana y periodismo' lo define como "el primer periódico conocido que aparece en Bolívar". Era un bisemanario que se editaba jueves y domingos, y habría aparecido en agosto de 1898, a través de imprenta propia.

"El Progreso es un diario informativo que en ningún momento olvida la cultura", lo define el citado escritor. "Son cuatro páginas que, al menos en un principio miden 47 x 31,50 cm aunque luego se agranda, con tendencia al tamaño 'sábana'".

Este periódico se hacía eco de las inquietudes de la comunidad y tomaba posición sobre los hechos. Para 1905 por ejemplo se pronuncia por la necesidad de la construcción de una iglesia y augura éxito en su comedido a la comisión ejecutiva formada para recaudar fondos que permitan concretar la obra, de quien "pone incondicionalmente a sus órdenes la humilde hoja que tengo bajo mi dirección". Y para 1910 se manifiesta en desacuerdo con que la conformación de la Comisión del Centenario -de la primera junta de gobierno patrio- sea mayoritariamente de extranjeros. Moglia les reconoce sus lauros ("muy dignos, reconociéndoseles toda clase de méritos") pero no concuerda con que se haya convocado a tanto vecino originario de otros países ("no está ni puede estar bien que hayan los que cobijaron esta idea del festejo... recurrido a extranjeros de todas nacionalidades") y dejado de lado a los nacidos en este territorio. Los acontecimientos que se vivirían en ese año en San Carlos de Bolívar habrían desestimado finalmente todo festejo.

Otro de sus emprendimientos gráficos, este ya más de impronta literaria, fue Brisas. "La revista Brisas sale a la calle al comienzo de la segunda

quincena de enero de 1909. Se trata de un dominical y goza de una excelente presentación con litograbados en la portada que verdaderamente es un lujo”. En su portada se lee que “se publica en la imprenta de C. C. Moglia”. Era su administrador don Pedro Jaime, otro baluarte del periodismo local de aquel entonces. “Es un semanario científico, literario, social y político y no cabe duda que en su momento debió de ser un hecho cultural de alta estima por la población”.

Finalmente, en mayo de 1910, en plena efervescencia social por los paros saldría a la luz La Ley, otro bisemanario que está en la calle lunes y jueves. Dos años más tarde, la imprenta ‘El Progreso’ saldrá a la venta por cuenta y orden de sus dueños –el 30 de diciembre de 1912-, tal como testimonia Oscar C. Cabrerros en ‘Después de las lanzas’.

Cornelio Moglia no abandonó el periodismo, pero no fue la única actividad en la que participó. Radical de formación ideológica, su participación política le granjeó amistades y enemistades; de hecho, y siguiendo el relato de su nieta, debía vivir con custodia por el riesgo que corría su vida por ello.

Fue amigo de Dardo Rocha, quien entre muchas otras cosas fue político, militar y periodista, gobernador bonaerense desde 1881 hasta 1884, período en el que fundó las ciudades de Necochea, La Plata, Coronel Vidal, Pehuajó y Tres Arroyos. Lo habría conocido sobre el final de la vida del ex gobernador, cuando éste realizó una reunión en reconocimiento a pintores, escritores y periodistas, y por ello lo convocó.

Marita Moglia Baena relata que tras la reunión Rocha lo llamó para conversar y conocerlo. Su fama había trascendido los límites de Bolívar debido a su participación en distintos hechos históricos.

Su nieta cuenta que esa relación de amistad fue clave en la vida de Cornelio. Se inició en la masonería por él (Rocha había sido iniciado por su padre en la Logia Constancia Nº 7) y su labor periodística viró hacia la difusión de los principios que defendían. Hasta tal punto fue clave su amistad, que nombró Dardo Alejandro a su primogénito (Alejandro por el nombre de su suegro) e incluso cuando su hijo nació estaba en La Plata, junto a Rocha, en una reunión de masonería. En esa tendencia fundaría sendos periódicos en la capital bonaerense y en Bahía Blanca.

Marita relata también que pese a su origen radical, Cornelio no dudaría en abrazar una ‘nueva causa’ cuando conoce a Juan Domingo Perón. Su vinculación con quien sería en fundador del movimiento que perdura hasta

nuestros días motivaría a posteriori desencuentros familiares con parte de su 'familia política' (los Funes eran conservadores).

Asimismo dejó huellas en otras instituciones de la ciudad de San Carlos de Bolívar. Por caso, lo hayamos dentro de la nómina de socios fundadores de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos 'Risorgimento', fundada el 9 de marzo de 1902, bajo el número de socio 48.

Un hombre que vivió según su convicción, Cornelio Cipriano Moglia falleció en julio de 1944. Sus restos descansan la bóveda familiar en la necrópolis local.

AHMFABOLÍVAR



11. Don Enrique Calac

Enrique Calac habría nacido en Rosario (Santa Fe), el 25 de mayo de 1876. Sus padres fueron Basilio Calac y María Serres, franceses ambos, quienes llegaron al país procedentes de Paraguay como escala intermedia. De acuerdo a la historia que conocen sus descendientes, en la citada ciudad santafesina viven en una comunidad conocida como 'Pequeña Burdeos', que reunía numerosos inmigrantes de origen francés.

En esa comunidad se conocen sus padres, Basilio (de profesión ebanista, analfabeto) y María (a quien le llevaba varios años ya que según cuentan en la familia, había una diferencia de edad importante entre ellos) y se casan. Para el Censo de 1869 ya figuran padre, madre e hijo mayor, Bernardo, residiendo allí. Luego tienen 3 hijos más, Julián, Marcos y Enrique, el menor.

Siempre siguiendo el relato de una de sus bisnietas, sus padres fallecen cuando Enrique era muy pequeño (4 ó 5 años); se cree que fue en un accidente del que no se poseen demasiados datos. A partir de ese momento él y sus hermanos fueron enviados a un orfanato en Rosario mismo, del que se escapan y se van a vivir a Buenos Aires, donde quedan al cuidado de tíos por parte materna. La suerte fue esquiva con ellos. La mala vida que allí pasaban lo motivó a escaparse también de allí, al igual que uno de sus hermanos, Julián.

Enrique recaló en Buenos Aires, donde en un primer momento se desenvuelve como lavacopas. Su próximo destino laboral será 9 de Julio, donde conoce a quien será su esposa; en realidad, el dueño del local donde

trabajaba en Capital se enteró que lo buscaba la policía por su huida e impulsó su viaje a la citada ciudad ubicada en el noroeste de la Provincia, adonde fue a trabajar en un negocio de Ramos Generales.

Hacemos acá un 'parate'. Enrique fue concripto en Cura Malal e integró el que puede considerarse un primer ensayo de lo que sería después la 'conscripción obligatoria'. Como se explica en <http://www.revisionistas.com.ar/>, "por la Ley 3318 se llamó a la primera conscripción general de ciudadanos el 23 de noviembre de 1895 y se puso en marcha el 12 de marzo de 1896. Se decretó la movilización de 24.000 ciudadanos que junto a 10.000 hombres del ejército de línea realizaron los movimientos para concentrarse en Cura Malal".

"En Pigüé el 15 de abril de 1896, 8.000 soldados arribaron para luego dirigirse al valle del Cura Malal Grande, las maniobras se realizaron ante una hipotética guerra con Chile. La llamada 'Primera Conscripción de Cura Malal', si bien se desarrolló en distintos campamentos del país, concentró el mayor número de ciudadanos en la localidad así denominada del partido de Suárez, provincia de Buenos Aires".

Los movilizados, por 60 días, fueron los integrantes de la clase de 20 años, por eso Calac fue uno de ellos y fue convocado cuando aún residía en Capital. De acuerdo a <http://infopigue.com/>, "si bien la convocatoria abarcó varios puntos del país, fue la de Buenos Aires la más importante por el número de los convocados y el lugar donde se cumplieron los ejercicios de guerra. Sin duda alguna fue esa la causa de que cuando se hace referencia a la primera Conscripción se mencione "Cura Malal" como hito identificador".

Ya en 9 de Julio, Enrique se reencontrará con dos de sus hermanos, ya que todos habían quedado dispersos. Y allí se casará, a los 28 años, con María Luisa Luchini (quien había nacido el 4 de mayo de 1878), oriunda de Chivilcoy. La boda se celebró el 24 de mayo de 1905.

Tuvieron seis hijos. La primogénita, Emma Isabel, nació el 5 de mayo de 1906; María Luisa, nació el 3 de agosto de 1908; Dora Elvira, nació el 28 de noviembre de 1909; Carlos Enrique, el 13 de noviembre de 1911; Marcos Julián, el 27 de diciembre de 1913; y Nélica Exequiela, el 24 de octubre de 1915. Los cinco mayores nacieron en 9 de Julio y la menor, que fallece muy pequeña, nació en Buenos Aires.

Enrique fue una persona de gran empuje. Pese a su origen humilde y difícil, a no haber podido cursar más que tercer grado de Primaria en cuanto a sus posibilidades educativas, su carácter y voluntad lo llevaron a ser una de las

personas de las más reconocidas en San Carlos de Bolívar, dónde terminó residiendo. En 9 de Julio, comenzó trabajando en una firma cuyo propietario era de apellido Sánchez, con quien luego formará la firma Sánchez y Calac, de la cual pone sucursal en Bolívar y por ello termina viviendo aquí. Esa firma mutará más adelante en 'Sánchez, Bedatou y Cia.' SRL.

El comercio será el puntapié de su incursión en la vida social y política de la ciudad, actividad esta última a la que llega, de acuerdo a lo que conoce su familia, a través de Ramón Santamarina, quien fue senador.

En un segmento dedicado a su persona, en 'Bolívar. Su riqueza, sus hombres (1945)' se afirma "... don Enrique Calac se inició en las lides políticas llegando a ser el jefe indiscutido del Partido Conservador en este distrito, ocupando sucesivamente los cargos de intendente municipal, diputado electo a la Legislatura de la Provincia -sin que llegara a ocupar su banca-, varias veces elector de presidente y diputado a la Asamblea Constituyente de Buenos Aires en año 1934".

Electo por voluntad popular, se hace cargo de la comuna el 24 de marzo de 1911 y finalizará su mandato el 31 de diciembre de 1912.

Su labor fue fructífera. Comienza por dejar caduca la concesión otorgada (en 1909 y por término de 20 años) para el servicio de alumbrado eléctrico urbano por considerar que no se habían tenido en cuenta los intereses de la población; meses después se aceptaría la propuesta presentada por Eudoro Balsa y Cía., concesión que sería transferida al señor Mario Erliska. En el medio, el HCD le autorizó su pedido de instalación de 20 focos en el pueblo, con sus correspondientes columnas, con lo que "se inicia en Bolívar el alumbrado público a gas de kerosene, que viene a suplantar el antiguo y deficiente farol, igualmente a kerosene, que existía hasta entonces".

No será la única intervención que mejore la 'estética' de la ciudad. "Hace desaparecer las ramblas existentes en los boulevares y avenidas, y ensanchar las veredas (...) unos dos metros, a cuyos costados se colocan los árboles extraídos de los boulevares". Llama a licitación para colocar las veredas de mosaico y escalinata frente a la Iglesia parroquial, para refaccionar la vereda y escalinata frente al Palacio municipal, y para construir vereda de piedra frente a la Comisaría, entre otras cosas.

Durante su administración se intenta comenzar a resolver los problemas generados tras las privatizaciones promovidas durante la gestión de Mansueto Cepeda en el Municipio, y Emeterio Lautre en el Concejo Deliberante. Lo cita Felipe Martínez Pérez en 'Vida cotidiana y periodismo':

la Municipalidad “debió ‘comprar’ los nichos y mataderos privatizados”, hecho éste que “privó a la comuna y al pueblo de Bolívar crecer por embargos, juicios y abultados pagos, que se fueron sumando por la mala administración del problema de algunos intendentes y comisionados y, lo que no pasaba de 10.000 pesos, terminó con los años en cifras siderales”.

La privatización de los Mataderos Municipales llevó a que la Municipalidad permitiera la faena en la calle por más de un año y medio para abastecer a los carniceros. Por ello don Enrique Calac “hubo de negociar con la ‘empresa’ de Etchegoyhen y otros lautristas, el valor del matadero y la forma de pago. Con la primera cuota la Municipalidad pudo ocupar sus propiedades, aunque quedaban embargadas”. Trato similar logra para recuperar la municipalización de la explotación de los (400) nichos del cementerio. Su continuador en el cargo, don Alfredo Vacarezza, buscaría finalizar con el asunto pagando la deuda en tres cuotas, pero la imposibilidad de cumplir en tiempo y forma derivó en las costas siderales que debió afrontar el Municipio a posteriori. “Desde 1916 arrancó la secuela de juicios que han costado hasta la actualidad -pasando por todas las administraciones- cerca de un millón de pesos, en capital, intereses y enormes costas, devengados durante 35 años de litigios y chicanas”, de acuerdo a lo que explicaba el propio Vacarezza en un reportaje que le hicieran en la revista ‘Estudiantes’, en marzo de 1951.

Otro problema a resolver. En enero de 1912 se aprobó la contratación de un empréstito “hasta la suma de \$500.000 para liquidar la deuda pública, continuar las obras de los mataderos o corrales de abasto, y otras más como las que se consideran necesarias para establecer el servicio de las aguas corrientes y el del alumbrado eléctrico”. Para agosto de ese año, en sesión pública extraordinaria del Concejo uno de los temas salientes que se trató sería precisamente la deuda pública de la Municipalidad. “Se autoriza al intendente a expedir certificados a los acreedores municipales por deudas atrasadas anteriores al 16 de junio de 1910, hasta la suma de \$100.000”.

Enrique Calac hizo un reajuste en las arcas municipales. Para 1911 la Municipalidad contaba con recursos aproximados por un valor de 80.000 pesos, que con su accionar se vieron incrementados. “En 1912 ascienden a casi 110.000 por haber hecho el señor Calac un gobierno de ajuste en cuanto a la percepción de tasas e impuestos, y que puede decirse fue de renovación por haber eliminado algunas prácticas reñidas con la justicia. Una de las mayores dificultades con que tropieza al iniciarse en el gobierno

de la comuna, es el régimen de privilegios que viene gravitando seriamente sobre las finanzas públicas”.

El control de las finanzas lo tiene como parte de su prédica. De acuerdo a Martínez Pérez, Calac comenzó su participación política en las filas del conservadorismo pero en la fracción denominada Defensa Rural (que se circunscribía al territorio bonaerense), con aspiraciones “a servir a los grandes intereses políticos y económicos de la República sin exclusiones y con una amplia bandera”. “El programa que pretendían llevar adelante era claro y terminante ‘en defensa de las libertades y de la correcta administración y aplicación de las rentas públicas, que jamás deben exceder, como los gastos, de lo indispensable para la marcha regular del gobierno’”. Por esos años se discutía en la Legislatura la valuación de la propiedad y el cobro de los impuestos territoriales, y la postura de Defensa Rural ‘atentaba’ contra los intereses de un grupo de grandes terratenientes o latifundistas. Al decir del citado autor, “el señor Calac a pesar de sus extensiones de tierras no se consideraba un terrateniente y que como estanciero pedía unos impuestos justos y equitativos, cosa que por aquellos tiempos no se daba en ningún nivel”.

La revaluación propuesta por el gobierno (a la que Calac consideraba apropiada) “llegaba en un momento en que el Estado necesitaba recursos y además regularizar el presupuesto”, a lo que los terratenientes se oponían. Esta es una de las varias facetas que lo destacan y muestran su proceder.

En ‘Bolívar. Su riqueza...’ hallamos profusa información sobre la gestión de don Enrique Calac. “Una de las obras más importantes que realiza es el rellenamiento de las calles del pueblo, trabajo que debe hacerse, por su magnitud con carros volcadores. La avenida San Martín en muchos tramos es elevada hasta un metro en su nivel. La tierra para esta mejora es extraída de ‘Las Acollaradas’ y de los costados de las vías del ferrocarril”.

“Entre sus principales proyectos figura la construcción de modestas viviendas de material, que irán eliminando progresivamente a los ranchos que existían entonces. El señor Calac había hecho un amplio estudio al respecto; pero no pudo realizar sus deseos por falta de cooperación material, explicable en una época en que el capitalismo no había salido todavía entre nosotros de su faz individualista”.

“Fuera de la comuna el señor Calac ha desempeñado cargos de importancia. Ha sido diputado para reforma de la Constitución de la Provincia (por la Séptima sección electoral, en 1934), y en diversas oportunidades elector de Gobernador y Presidente. En 1916 fue electo

diputado provincial, no llegando a ocupar el cargo por haber sido intervenida la provincia declarándose caducos todos sus poderes”.

“Al terminar su mandato en la comuna fue objeto de una demostración entregándosele, en acto público, un pergamino firmado por los principales vecinos donde consta que cumplió con su deber”.

En 1914, durante la administración municipal de don Alfredo Vaccarezza, será nombrado síndico fiscal y durante el primer año de Rogelio Solís como intendente (1915) será vicepresidente primero del Honorable Concejo Deliberante. Fue electo nuevamente como concejal para el período 1916 y nombrado como defensor de Menores para 1917.

También fue socio fundador del Club Social. A partir de 1922 se aleja de la vida política, y se dedica exclusivamente a las tareas agropecuarias, en las que ya se había iniciado 15 años antes en sociedad con don José Sánchez en el establecimiento ‘Santa Rosa’.

“Con la colaboración de sus dos hijos, Carlos Enrique y Marcos Julián, sus establecimientos de campo han llegado a ser verdaderos modelos entre los similares”. Explotó “las estancias denominadas ‘La Morocha’, ‘La Dorita’ y ‘La Emma’, en los partidos de Bolívar, Pehuajó y Tapalqué respectivamente, dedicándose tanto a la ganadería como a la agricultura. Sus vacunos, especialmente Polled-Angus; sus lanares, Lincoln y cruzas; sus yeguarizos y, hasta hace poco tiempo sus cerdos; todos provenientes de las más prestigiosas cabañas del país (Zuberbühler, Perkins, Vetrone, Santa Elena, etc.) se cuentan entre las mejores haciendas de la zona, sobre todo los animales de invernada”.

Siempre siguiendo a ‘Bolívar. Su riqueza...’, “Don Enrique Calac ha tenido, también, una destacada actuación en las actividades gremiales de ganaderos y agricultores. Conscientes de la importancia que las tareas del campo tienen para la economía de la Patria y los beneficios que la solidaridad presenta a todos los trabajadores agrarios, ha intervenido activamente en las sociedades rurales del país, siendo fundador y presidente de la de Bolívar. Como delegado de esta misma Sociedad Rural ha participado en todos los congresos que se han reunido y en los cuales (...) ha ocupado los cargos más destacados dentro de esas instituciones”. También fue impulsor en la fundación de CARBAP, Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa.

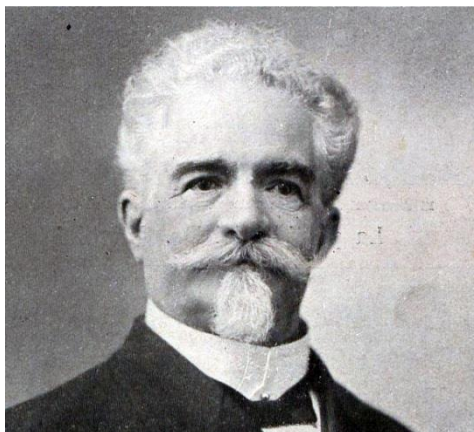
Según la misma obra, por ese entonces se asocia con sus hijos formando así la firma ‘Enrique Calac e hijos’. “El mayor de ellos, Carlos Enrique, cuenta recién 33 años de esas. Realizó sus estudios secundarios en los

colegios Lacordaire y Marín, ingresando luego en la Escuela de Agricultura de Casilda, provincia de Santa Fe, donde terminó sus estudios. Desde hace varios años se encuentra al frente del establecimiento 'La Dorita'.

El doctor Marcos Julián hizo su bachillerato en el colegio Marín, completando sus estudios en la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de Buenos Aires de donde egresó en 1935 con el título de doctor en Medicina Veterinaria, dedicándose desde entonces a las tareas rurales en los establecimientos paternos (...)"

Hombre activo hasta sus últimas horas, don Enrique Calac falleció el 14 de noviembre de 1958. Sus restos fueron inhumados al día siguiente ante grandes manifestaciones públicas de duelo.

AHMFABOLÍVAR



12. José Inocencio Arias

José Inocencio Arias nació en Buenos Aires, el 28 de diciembre de 1846. Toda su vida estuvo dedicado a la carrera militar, en la que tuvo actuaciones destacadas y en la que llegó hasta altos grados en el escalafón, momento en el que comenzó a ocupar posiciones políticas.

“Tenía apenas quince años cuando se incorporó al ejército porteño, en vísperas de Pavón, y como soldado voluntario. Fue ascendiendo por méritos propios, grado a grado, hallándolo la declaración de guerra del Paraguay, en 1865, con el grado de capitán en el 6 de infantería (Regimiento de Infantería N° 6 ‘Arribeños’). Asistió a toda la campaña, destacándose como un militar valiente y arrojado, recibiendo heridas y conquistando nuevos galones”, sostiene Ismael Bucich Escobar.

El citado autor marca que cuando tras cinco años de participar en la guerra regresó a Buenos Aires, lo hizo como jefe del cuerpo al que había ingresado como oficial. Y sería su participación y arrojo en un episodio propio de la revolución de 1874, la reconocida batalla de La Verde, el que lo catapultaría a la cima de su reconocimiento. Bucich lo cuenta: “Un episodio de la guerra civil, el combate de La Verde, el 28 de noviembre de 1874, en que con 800 soldados resistió y contuvo el ataque del ejército revolucionario del general Bartolomé Mitre, rindiéndolo luego a discreción, abrió a Arias las puertas de la notoriedad. Fue ascendido a coronel sobre el campo de batalla, y el gobierno nacional le otorgó honores y recompensas”.

Arias condujo tropas leales al gobierno de Nicolás Avellaneda (que de acuerdo a las versiones no estaban integradas por más que 750 u 800 hombres), quien había asumido la presidencia del país luego de las controversiales elecciones en las que se había impuesto a Mitre. La

denuncia que éste realizara de fraude en su contra motivó su declaración de revolución y el inicio del conflicto.

El grupo mitrista reunió 'para la causa' soldados de la frontera, indios y voluntarios armados tras recorrer el sur de la provincia de Buenos Aires y así logró alrededor de 5000 hombres. Esta ventaja numérica podría haber sido definitiva, pero no lo fue. Y allí entra a tallar Arias.

El por entonces teniente coronel Arias se había dirigido hacia el frente del combate sin conocer con precisión la posición del enemigo; en tanto, las fuerzas revolucionarias se dirigían hacia el norte del territorio bonaerense. Al verse sorprendido por la cercanía del ejército rebelde se parapetó con sus hombres en la estancia La Verde (cerca de Del Valle, partido de 25 de Mayo), "aprovechando las instalaciones rurales y cavando rápidamente varias fosas defensivas". "En este sitio se aprovecharon algunas de las instalaciones rurales, tales como un edificio con terraza y los extensos fosos de los corrales" ('Un zarpazo al olvido de la historia: la batalla de La Verde (1874), partido de 25 de Mayo, Buenos Aires, Argentina', de Carlos Landa, Facundo Gómez Romero, entre otros).

La capacidad de fuego de su infantería, sumada a su posición defensiva y la disciplina profesional de su gente (el 6 de Infantería estaba integrado por veteranos de la guerra del Paraguay, con experiencia) pudo más que la gran diferencia numérica a favor de los mitristas, quienes sufrieron varios centenares de caídos en batalla, incluyendo varios oficiales superiores como el coronel Francisco Borges -quien además, y paradójicamente si se quiere, era amigo personal de Arias-.

Desde el Programa Interuniversitario de Historia Política así lo cuentan. "La batalla sucedió entre la vanguardia de las fuerzas gubernamentales y el grueso de las tropas revolucionarias. Estas fuerzas distaban de ser equitativas en lo que a hombres y armamento respecta. Arias contaba con 800 efectivos armados en sumatoria de modernos fusiles y carabinas de retrocarga marca Remington, importados de los Estados Unidos de Norteamérica (Gomila 1910, en De Jong y Satas 2011; Mármol 1876), frente a 5000 soldados rebeldes. La gran desventaja numérica de Arias fue compensada por: a) la mejor y mayor capacidad de fuego de su infantería; y b) la posición defensiva tomada y el disciplinamiento de sus hombres" (Carlos Landa, Facundo Gómez Romero, entre otros. Op. Cit.).

La contienda fue dura, en las poco más de dos horas que habría durado las bajas para las tropas de Mitre fueron numerosas. Una vez emprendida la retirada Arias le envía una carta pidiéndole una reunión en la cual le pide la

rendición, prometiéndole a cambio todos los honores. Le envía la propuesta -con los términos de la misma- al presidente Avellaneda, quien los acepta.

Mitre se resguardaría en Junín, hacia dónde se dirigió Arias con sus fuerzas y ya en el campamento del otrora presidente, derrotado en La Verde, les entregó las armas. Las tropas a sus órdenes fueron escoltadas hasta Mercedes, desmovilizadas y disueltas, en tanto que el general y sus jefes principales fueron trasladados hasta la cárcel de Luján.

Este éxito en la contienda le valdría a José Inocencio Arias el ascenso a coronel -después llegaría al grado de general-. Le fueron confiadas también otras responsabilidades, como ser representante nacional en Entre Ríos en 1876 y comisionado pacificador en Santa Fe en 1877. Con motivo de un movimiento revolucionario producido en Corrientes en 1878, el presidente Avellaneda lo envió de interventor nacional, consiguiendo pacificar la provincia.

Cuando en 1880 se inicia la lucha armada entre Buenos Aires y el gobierno nacional, Arias pidió su baja del ejército y se alistó entre los defensores de la provincia; él tuvo a su cargo el mando de las fuerzas provinciales y luchó en los combates de Olivera, Puente de Barracas y Corrales, sin poder evitar el triunfo de las armas de la Nación.

También en 1880 ocupó una banca en el Senado de la provincia, y ocho años más tarde haría lo propio con una banca en la cámara baja nacional. Por breve lapso de tiempo ejerció la jefatura de policía de la capital federal en el año 1890, en los días que siguieron a la 'revolución del Parque', y en 1894, al renovarse el Poder Ejecutivo bonaerense, fue electo vicegobernador de la provincia en la fórmula que encabezó el doctor Guillermo Udaondo.

Fue electo diputado una vez más en 1908 que no pudo cumplir porque en 1910, ya con el grado de general de brigada a que había sido ascendido por el gobierno nacional, pasó a ejercer la gobernación de Buenos Aires tras encabezar la fórmula ganadora en los -tan particulares- comicios, en la que estuvo acompañado por el coronel Ezequiel de la Serna como candidato a vicegobernador.

No pudo completar su mandato ya que fue el primer gobernador de Buenos Aires en morir en ejercicio del mando (no obstante, en menos de un año morirían también sus dos sucesores, Ezequiel de la Serna y Juan Manuel Ortiz de Rosas, en lo que constituye un segmento particular de la historia bonaerense).

Ya enmarcado dentro de su gestión, uno de los primeros actos de gobierno fue la revisión general de la valuación de la propiedad, “que se llevó a cabo metódicamente, con gran provecho para el fisco, que venía siendo víctima de abusos y favoritismos”.

“Durante la administración Arias se crearon por ley tres nuevos partidos: los de Alberti, Caseros y Rivadavia, y de los ciento seis que formaban el conjunto comunal de la provincia llegó a haber tan sólo 16 administrados accidentalmente por comisionados del Poder Ejecutivo, el cual propendió en todo momento a hacer desaparecer las causas de la acefalía”, explica Bucich.

Otras de las acciones que se le reconoce apunta al progreso del sector ferroviario y la extensión de las líneas férreas hacia el interior bonaerense. Por caso, de inauguró en 1912 la primera sección del ferrocarril provincial desde La Plata a Meridiano V. “Llegaba entonces la línea hasta la localidad de Saladillo, pero muy poco después se extendió hasta 25 de Mayo y antes de terminar el año llegaba ya a Nueve de Julio. No fue esa la única nota que en materia de progreso ferroviario se registró durante la gobernación de Arias. En el año 1911 se libraron al público diferentes ramales de las empresas particulares por un total de 912 kilómetros, y se hallaban en construcción, a mediados de 1912, 1.355 kilómetros de vía férrea”.

También hizo foco en la cuestión vial: creó la Dirección General de Caminos, a partir de la cual se empezó a atender esta área, se dividió el territorio bonaerense en seis grandes zonas para organizar el trabajo y con ello se lograron facilidades para el transporte de cosecha agrícola. Asimismo se le dio un gran impulso a la construcción de caminos pavimentados.

“Como complemento del vasto plan del gobierno para mejorar las comunicaciones de todo orden -que a ello tendían: la ampliación ferroviaria, la construcción de canales en el Delta, y de caminos en toda la provincia- se dedicó también atención al desarrollo de las comunicaciones telegráficas. En solo un año, el número de estaciones telegráficas en la provincia aumentó de 858 a 1002, y al año siguiente esta cifra se elevó a 1082. La construcción de líneas alcanzó igual proporción progresiva”.

Otras acciones de gobierno son recordadas, como “la creación de la Dirección de Agricultura y Ganadería”. También “designó comisiones encargadas de proyectar reformas al Código Rural y al Reglamento General de Policía; empezó a publicar el ‘Boletín Oficial’, que constituyó una nueva fuente de recursos para el erario al par que un instrumento de difusión de los actos del gobierno; mejoró las cárceles de la provincia y creó la

Inspección de Prisiones, que ejerció sobre aquéllas una especie de superintendencia, y entre sus proyectos de trascendencia, no podemos omitir la mención de aquel que establecía que para facilitar la expansión, de la Capital Federal, la provincia cedía a la Nación 50 kilómetros de territorio fuera de los actuales límites de aquélla, trasladando la capital bonaerense a Bahía Blanca y sumando al territorio actual de la provincia de Buenos Aires las gobernaciones de La Pampa y Río Negro, proyecto que no pudo sino enunciar, porque la muerte sorprendió al gobernador cuando se proponía darle forma”.

Su fallecimiento fue repentino podría decirse. El 2 de septiembre de 1912 comenzaría a sentir -según se afirma- síntomas de una enfermedad y nueve días más tarde se dio su deceso. Cuando empezó con sus dolencias delegó el mando en su compañero, el vicegobernador Ezequiel de la Serna. Su muerte le impidió a Arias finalizar su mandato y así sólo pudo ejercer la primera magistratura de la Provincia por espacio de dos años y cuatro meses.



1, Dr. Rojas. 2, Teniente Villarruel, que ha defendido durante su carrera 147 procesados ante los tribunales militares. 3, Dr. Somoza, defensor del capitán Rosa Burgos.

Foto incluida en la revista Caras y Caretas de marzo de 1905

13. Dr. Julio A. Rojas

Julio Argentino Rojas Sosa nació en San Miguel de Tucumán, el 29 de septiembre de 1879. Hijo de Rosario Sosa y Sobrecasas y Absalón Rojas Castro, quien fuera gobernador de Santiago del Estero durante dos períodos, uno de tres años -desde el 7 de abril de 1886 al 6 de octubre de 1889-, y otro de un par de días -desde el 7 de octubre de 1892 al 19 de octubre de 1892-.

Absalón Rojas Castro fue opositor al gobierno de Taboada, por lo que fue detenido y llevado a la cárcel cuando tenía sólo 22 años; de allí se fugó y fue a Tucumán, donde conocería a la que fue su esposa y con quien tendría siete hijos (el mayor de los cuáles es Julio A.). Residió también Salta, Rosario y Córdoba. En la ciudad mediterránea se iniciaría en el periodismo. Fue además diputado provincial, senador nacional, convencional constituyente y presidente de la Convención. Su personalidad lo llevaría a dominar la escena política provincial como representante del 'roquismo' nacional. De hecho, su primogénito se llama Julio Argentino. A él le siguen Ricardo, Absalón (h), Nerio, Rosario, Angélica y María Elvira.

Julio Argentino no será el único de los hermanos que trascenderá en la escena política, ni el único reconocido en el orden nacional por su actividad profesional.

Ricardo, el segundo de los Rojas Sosa (nació, como Julio, en Tucumán, en 1882), es el reconocido poeta, dramaturgo, orador, político e historiador. Radicado como el resto de su familia en Buenos Aires tras la muerte de su

padre, comenzó a estudiar abogacía pero abandonaría la carrera para dedicarse a las letras. En la Universidad de Buenos Aires (UBA) creó la primera cátedra de Literatura Argentina y, luego, ocupó el cargo de rector en esa misma institución (entre 1926 y 1930), durante el gobierno de Hipólito Yrigoyen. Entre sus multidisciplinarias experiencias, fue embajador argentino en el Perú. Estuvo perseguido políticamente y detenido en Tierra del Fuego, tras el golpe de Estado del general Uriburu.

Absalón hijo (nació en Santiago del Estero, en 1889) fue, al igual que su hermano mayor, abogado y doctor en Derecho, y se destacó en política militando en las filas de la Unión Cívica Radical. Fue electo diputado nacional por su provincia de origen en dos oportunidades consecutivas (1946-1948 y 1948-1952) integrando junto a Ricardo Balbín y Arturo Frondizi, entre otros, el denominado “Bloque de los 44 diputados radicales”. En el marco partidario ejerció diversos cargos tanto en su provincia como a nivel nacional siendo entre otras cosas delegado y secretario del Comité Nacional de la UCR.

Finalmente, Nerio Rojas Sosa, el cuarto varón (santiagueño también, nacido en 1890). A diferencia de sus hermanos, se inclinó por la medicina (fue psiquiatra y médico legista, especializado en psiquiatría forense) pero no por eso dejó de lado la política.

Entre muchas otras cosas, ejerció el cargo de rector de la Universidad de Buenos Aires; fundó y dirigió por muchos años -con José Belbey- los Archivos de Medicina Legal; fue fundador de la Sociedad de Medicina Legal y Toxicología; fue presidente de la Academia Nacional de Medicina y embajador en París ante la UNESCO. También fue electo en tres oportunidades como diputado nacional por la Capital Federal (1942-1946 y 1946-1950 en representación de la Unión Cívica Radical y 1960-1964 en representación de la Unión Cívica Radical del Pueblo, ejerciendo este último cargo hasta la disolución del Poder Legislativo decretada en 1962).

Casado con María Haydée del Valle (el 25 de noviembre de 1905), Julio Argentino Rojas Sosa tuvo dos hijos, Julio Rojas del Valle (médico) y María Haydée Rojas del Valle.

Si bien no hallamos precisiones, la familia Rojas Sosa debió haberse mudado a Buenos Aires en la década de 1890, por ende la formación académica de los hijos del matrimonio fue en la Capital nacional. La deriva del ‘roquismo’ de su padre en términos ideológico-políticos hacia el ‘radicalismo’ de Julio A. y sus hermanos es una incógnita. De hecho, nos ha resultado harto esquivo el hallazgo de información para poder contar su

historia, ya que pudimos hallar mucha de sus hermanos pero no así de nuestro protagonista. Los datos que aporta en su necrológica Avelino Atucha Brian, en una edición aniversario del periódico 'El Combate' (que autoproclamaba como lema 'Sostiene los principios de la Unión Cívica Radical'), cuya dirección ejercía, resultaron centrales para conocer un poco más no sea a este letrado y orientar nuestra búsqueda.

Su formación como abogado lo colocaría en, al menos, dos hechos de relevancia para la historia del Bolívar incipiente: actuaría como abogado defensor de dos de los militares responsables en la 'Revolución radical de 1905' que en esta zona derivara en la conocida 'tragedia de Pirovano' y sería el representante legal del Comité de Defensa vecinal que se formó durante los paros de 1910.

Hay otros datos que no hemos podido confirmarlos fehacientemente. Uno de ellos es que Julio A. Rojas podría haber sido parte del personal directivo del Censo Nacional de 1895, en el territorio bonaerense. Otro, extraído de 'El Combate', es que fue secretario de la Comisión Investigadora de Tierras y Colonias, función en la que redactó un "luminoso informe".

La Comisión Investigadora de Tierras y Colonias junto con la Cámara de Diputados de la Nación llevó adelante en 1910 una investigación con el propósito de estudiar la integración y situación en la que se encontraba la Dirección General de Tierras (dependiente del Ministerio de Agricultura de la Nación), institución encargada de la administración de la tierra y los bosques fiscales durante los primeros cincuenta años del siglo pasado en los territorios nacionales, jurisdicciones creadas por el Estado Nacional en 1884; desde esa repartición nacional se diseñaron las políticas de colonización, planificación, conservación y regularización sobre dichos recursos. En esa investigación, los parlamentarios advirtieron prácticas fraudulentas en el manejo de la tierra y recomendaron al Poder Ejecutivo la mejora de la organización y del financiamiento, para dotarla de mayor personal en los espacios subnacionales.

Sí pudimos constatar su participación como abogado defensor de dos de los oficiales que participaron del levantamiento de 1905, el teniente Eduardo Gibelli y el subteniente Horacio Guillermon. El tercer principal involucrado fue el mayor Aníbal Villamayor.

El desenlace fatal del alzamiento que tuviera por epicentro el Regimiento 6° de línea de la región militar Bahía Blanca fue juzgado por el Consejo de Guerra Especial de Capital Federal y, tras la sentencia, se decretó la baja y destituciones para los responsables. Villamayor fue condenado por el

delito de rebelión, con agravantes, a la pena de 8 años de presidio y destitución; Gibelli, a 5 años de prisión y destitución, y Guillermón, a 3 y destitución. Fueron hallados culpables del delito de rebelión “por haberse alzado públicamente y en abierta hostilidad contra el gobierno nacional” en la madrugada del 4 de febrero de ese año.

En este contexto, el Dr. Julio A. Rojas presentó un escrito apelando las sentencias dictadas contra sus defendidos ante el Consejo Supremo de Guerra, recurso que fue denegado por el Consejo Especial.

Vale mencionar que la conocida como ‘Revolución radical de 1905’ fue un alzamiento cívico-militar surgido de las filas de la Unión Cívica Radical bajo el liderazgo de Hipólito Yrigoyen, que se desarrolló entre el 4 y el 8 de febrero de ese año, contra el gobierno de Manuel Quintana, sobre el que pesaban acusaciones de corrupción y con el objetivo de terminar con el fraude electoral.

Uno de los grupos sublevados, procedentes de los regimientos 2 y 6 de Bahía Blanca más algunos civiles, partió en tren hacia Buenos Aires y, por circunstancias, terminaron en la estación de Pirovano. Allí se enteraron del fracaso de la rebelión en la Capital, y cuando algunos de los jefes comenzaron a analizar los pasos a seguir, una veintena de soldados se rebelaron (en una suerte de reconversión ‘al oficialismo’, buscando tal vez mitigar los efectos que tendrían sus acciones primarias de rebelión contra las autoridades nacionales) y mataron a varios jefes y civiles. Este hecho es el conocido como ‘la tragedia o masacre de Pirovano’. Ni Villamayor, el responsable a cargo de toda la columna de sublevados, ni los oficiales representados por Julio A. Rojas (Gibelli y Guillermón) fueron parte de los ‘contra-sublevados’.

Prosiguiendo con su actuación en términos locales, y posterior a su incursión como representante del Comité de Defensa -punto éste que será desarrollado en un apartado especial-, fue asesor letrado de la comuna a principios de 1914, durante la gestión de don Alfredo Vaccarezza al frente del municipio.

También fue partícipe de la fundación del Colegio de Abogados de Mercedes, circunscripción a la que pertenecía Bolívar por entonces (de hecho, la causa iniciada contra las autoridades municipales en 1910 está radicada en esos Tribunales), fechada el 23 de junio de 1916. Fue vocal de la primera comisión directiva de la entidad colegiada, presidida por el Dr. Adolfo Laguna e integró el grupo de socios fundadores (también formó

parte de ellos su hermano, Absalón Rojas -hijo-), todos abogados que ejercieran la profesión en el mencionado Departamento Judicial.

Poco más de un año después, Julio Argentino Rojas fallecerá en Buenos Aires, el 22 de marzo de 1917, siendo muy joven: con tan sólo 37 años. Su temprana desaparición es relatada en 'El Combate' con palabras de pesar: "Profundo sentimiento ha causado el fallecimiento de este distinguido abogado y una de las descollantes personalidades del Partido Radical. Su actuación en el foro dejará huellas profundas, donde su rectitud y desinterés culminó por su sólida preparación", se dirá de él. "Su fogosidad como orador y la valentía de sus conceptos si le valía la animosidad del oficialismo le captaba en cambio la simpatía y prestigio en las filas radicales, donde tanto se esperaba aún de su talento e ilustración".

Según se relata en la nota que testimonia su fallecimiento, tanto el Comité Nacional como el de la Provincia nombraron comisiones para asistir a su sepelio. El doctor Delfor del Valle, otro radical del trayectoria, fue uno de los designados para hacer uso de la palabra en la inhumación de sus restos, "rindiendo justo tributo a sus altas cualidades de ciudadano".



Aviso publicitario editado en el Bolívar Ilustrado

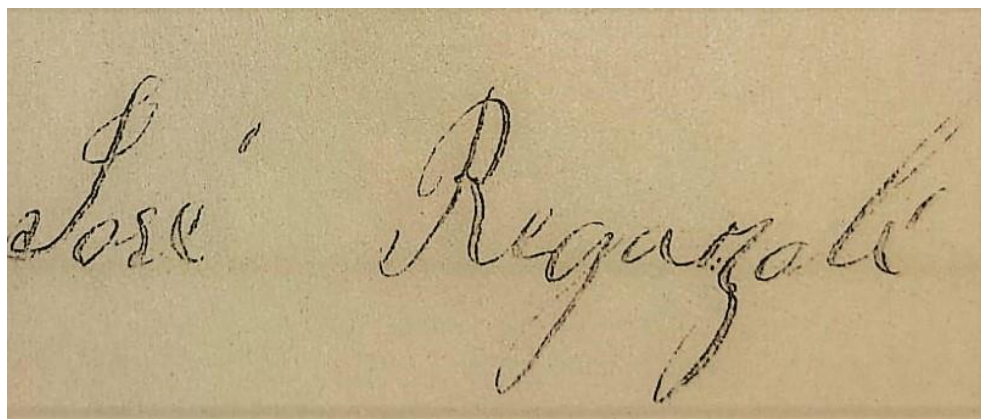
14. Francisco Venini

Francisco Venini nació en Italia en 1880, y para 1895 ya estaba radicado en San Carlos de Bolívar, su oficio era el de herrero. Poco tiempo después se convertiría en el primer empresario de pompas fúnebres de la ciudad.

También fue presidente del Club Náutico 'Las Acollaradas', creado en la primera mitad de 1914.

Se casó con Paulina Macchia, hija de Francisco Macchia y de Felisa Lopardo, dueño de las chacras que se ubican detrás del Parque las Acollaradas, hoy Barrio María del Carmen. Con Paulina tuvo 7 hijos: Isolina Juana Ester en 1907, Florentina en 1908, María Angélica en 1910, Erminia en 1912, Emilio Valentino en 1914, Celia Etelvina en 1916 y Carlos Ángel Francisco en 1919.

Se consolidó económica y socialmente en la Bolívar de entonces, y sus hijos fundaron familias que aún permanecen en ella. Falleció el 16 de diciembre de 1963 en San Carlos de Bolívar.



15. José 'Pepe' Regazzoli

'Pepe' corresponde al seudónimo de **José Rigazzoli o Regasoli**, que había nacido el 12 de diciembre de 1883 en Cañuelas, hijo de don Batista Regasoli y doña María Deluca, ambos italianos.

Fue bautizado en la parroquia 'Nuestra Señora del Carmen' el 26 de diciembre de 1883 y fueron sus padrinos don Nicolás Escarano (italiano, de 59 años) y doña Úrsula Regasoli (italiana, de 28 años), el cura que le dio el sacramento fue Ramón Franqueza.

La primera conexión que encontramos con la familia Gallo data de 1895, año en que se realiza el segundo censo en Argentina, cuando 'Pepe', de 10 años (en realidad casi 12), está bajo el amparo de José Rudecindo Araujo (47 años) y de María C. (Crispina Gallo) de Araujo (41 años), en Cañuelas, en un sitio en el que al parecer José era empleado y que bien podría ser un hotel ya que en la planilla censal figuran distintos nombres y apellidos de lo que parece ser una troupe de artistas circenses o teatral.

Este joven forma parte del círculo de afectos de Juan Ramón, nuestro autor, ya que encontramos varios documentos en donde la firma de ambos queda registrada.

No tenemos información de que haya dejado descendencia pero sí que se afincó en Bolívar y aquí vivió hasta su muerte, hecho que aconteció el 17 de noviembre de 1937.



Al centro de la foto, el padre Argüelles, en una procesión en 9 de Julio, a mediados de la década de 1910

16. Padre José María Argüelles

El padre **José María Argüelles** es titular de la parroquia San Carlos Borromeo desde el 19 de junio de 1904 hasta el 30 de junio de 1910. Así lo afirma Oscar C. Cabrerós en 'Memoria'.

No fue esta la única ciudad en la que se desempeñó. En los registros parroquiales lo hayamos como presbítero en la parroquia San Salvador, en Lobos, en 1901. Tiene bautismos a su cargo, con el permiso del cura párroco Enrique Ferroni. Luego tuvo su paso ministerial como párroco de la parroquia -actual Catedral- Santo Domingo de Guzmán, en 9 de Julio, para mediados de la década de 1910.

“Esta fotografía de mediados de la década de 1910, registra una procesión que parte desde la Parroquia “Santo Domingo de Guzmán” (hoy Catedral)”, en ella se ve al padre José María Argüelles, así lo atestigua un artículo que aparece en el diario ‘El 9 de Julio’, en el segmento Imágenes históricas.

“Se trata de una procesión en honor de San Antonio de Padua, realizada con motivo de la festividad de este santo que, en la comunidad, contaba con muchos devotos. La toma registra el momento en que la imagen del Santo es retirada del templo para el acto procesional. El cura párroco, José María Argüelles, vestido con sobrepelliz y capa pluvial, sostiene lo que aparenta ser un relicario con las reliquias del Santo”, afirma el autor del

artículo, Héctor Iaconis, de la Biblioteca de Estudios Históricos de 9 de Julio.

Testimonio de su paso por Bolívar están las actas de socios de la Sociedad Española de Socorros Mutuos. En ellas, con fecha 1 de abril de 1907, aparece registrado como socio número 1700, con 29 años y oriundo de Pola de Siero, Asturias, España, alguien de su nombre y apellido, único dato que corroboraría su origen y procedencia española.

En el mismo libro figura la baja como socio, con fecha 31 de marzo de 1913 y dentro de los motivos figura 'pase a 9 de Julio', lo que hace suponer que para ese entonces fue su traslado a la vecina ciudad.

También lo menciona una antigua vecina de esta ciudad, cuyo testimonio se recoge en un artículo incluido en el álbum por el Centenario de la fundación de San Carlos: Victorina Valdez de Bardella, de cuyos recuerdos se hace eco Carlos Bardella en un artículo que habla de la ciudad tal como era a principio del siglo XX, más precisamente en 1901. "El templo parroquial elevaba hacia el cielo su estructura metálica de chapa de cinc, en medio de la plaza Mitre. El padre José María Argüelles, cuya fisonomía recordaba al San Antonio de Padua de las estampas, era el cura de almas que asistía a la feligresía católica", afirma.

Si tenemos en cuenta que la titularidad del padre Argüelles en la Parroquia comenzaría en 1904, es poco probable que oficiara misa tres años antes, en la capilla que se construyera en 1883 en la mencionada plaza y que fuera derribada aparentemente en 1903 -en ese período quien estaba a cargo de la grey local era el padre Alejandro Chinca-.

Sí lo ubicamos como "el iniciador de la construcción del actual templo", tal como lo afirma José Hoya en las ediciones del diario La Mañana del miércoles 24 de octubre y jueves 25 del año 1956. "Es el padre José María Argüelles (el) que elevó su construcción hasta una altura de 5 metros, estableciendo un techo provisorio, y librando el Templo al culto" afirma don José Hoya en 'Nuestro templo parroquial', tal el nombre del artículo.

Lo mismo afirma Oscar Cabrereros en 'Después de las lanzas', donde también hace mención a la desaprobación que recibió el sacerdote de cierta parte de la comunidad, sobre su participación en la comisión directiva del Hospital local, creado por esos días. "(...) El padre José María Argüelles, quien es el iniciador de la obra del Templo Parroquial, siguiéndole el padre Vicente Bautista. Estos dos sacerdotes habrían de atravesar una etapa difícil, pues grupos liberales, activistas, le ofrecieron permanente desafío a

través de periódicos de la época y ‘volanteadas’ callejeras, agrupados en sociedades de neto tinte anti clerical”, escribe.

Y de ello da cuenta Felipe Martínez Pérez en ‘Vida cotidiana y periodismo I’. Cuando este autor hace un repaso por las hojas de ‘Libre Examen’, periódico creación de los librepensadores y de aparición en 1911, menciona que una de las primeras cuestiones sobre las que hacen hincapié es la recientemente creada Comisión Directiva del Hospital, de la que forman parte el cura párroco y las Hermanas de Caridad, lo cual a juicio de los librepensadores ha de traer problemas tarde o temprano.

“(…) Nos proponemos hacer conocer del público los inmensos perjuicios que irrigrará á la Institución la presidencia del cura párroco y la ingerencia directa que se dice tomarán las hermanas llamadas de caridad en el manejo y administración interna del hospital”, sostienen.

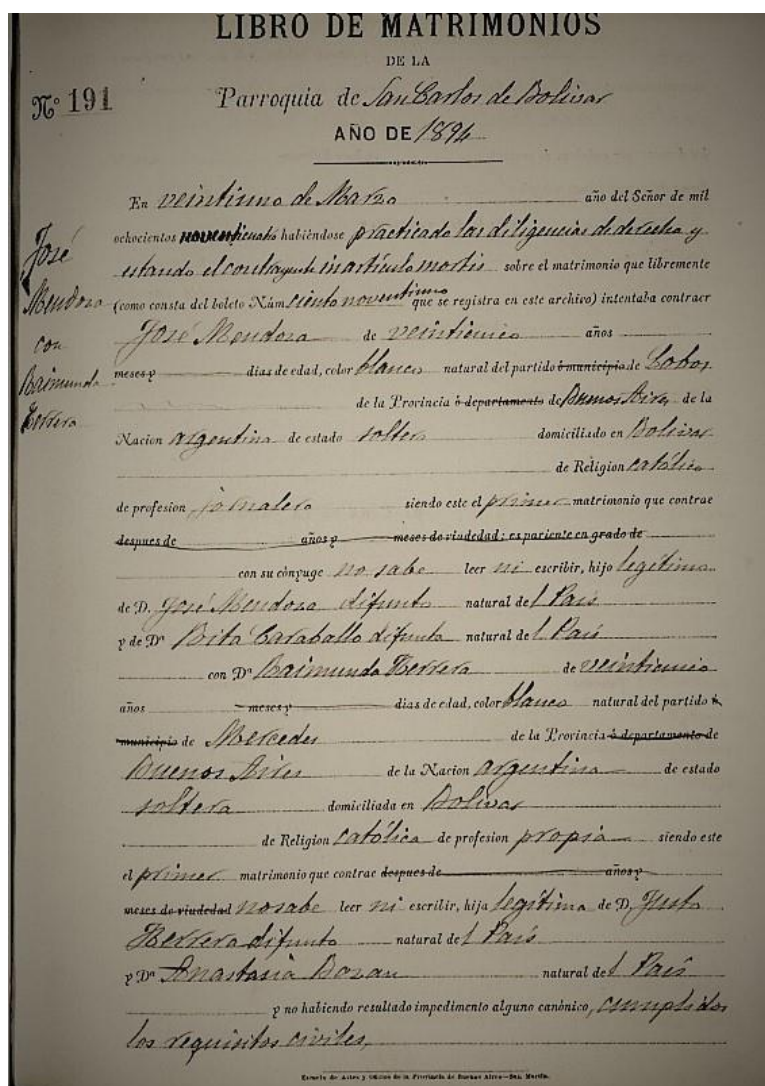
“Para hoy y para lo sucesivo hacemos la siguiente declaración: no nos incumbe ni queremos investigar la vida privada de un señor que se llama José María Argüelles ni la de ninguno de los Señores que forman la Comisión Directiva del hospital; vamos contra regímenes viciosos, á combatir injustificados avances y á impedir con todas nuestras fuerzas que se malogren las grandes conquistas liberales, que se haga del hospital una sucursal de sacristía y sobre todo y ante todo que se torture moralmente a los enfermos, exigiéndoseles confesiones y otras ridiculeces católicas propias solo para acelerar el desgraciado fin de aquellos infelices oprimidos”, prosiguen.

“(…) Iniciamos hoy con franqueza de convencidos, una campaña pública contra la intromisión de la Iglesia, llámese cura Ó hermanas, en la vida profana de la población”, completan la idea.

Ello aparece en el número 1 de ‘Libre Examen’; en el número 2, fechado el 28 de mayo de 1911, profundizan sobre la cuestión. “(…) Convencidos que donde flota una sotana no puede existir la libertad de conciencia, don precioso del hombre libre, es que dijimos que era indebida, perjudicial la intromisión del cura párroco en la comisión del Hospital de este pueblo; es con tal pensamiento que afirmamos hoy que sobra alguien y ese es el presidente de la indicada comisión y su séquito de monjas y hermanas de caridad. Su eliminación se impone como elemento molesto é ineficaz en una gestión donde se necesita altura de alma y ecuanimidad de conciencia, cualidades que le negamos al Sr. Argüelles porque es fraile; pues de tenerlas hubiera colgado los hábitos y abandonado la hipocresía base de su profesión, tegido de embustes y mentiras...”.

Tras su paso por Bolívar el padre José María Argüelles recalará en 9 de Julio, donde tampoco finaliza su ministerio y es trasladado nuevamente. Aquí es donde le perdemos la pista.

AHMF A Bolívar



17. José Mendoza, el sepulturero

Según D. Jacinto Maineri en su “Ayer en Bolívar”, Mendoza residía en la chacra misma del cementerio junto a su familia.

José Mendoza, había nacido en Lobos en 1869. Era hijo de José Mendoza y de Rita Caraballo; el 21 de marzo de 1894 se casó en Bolívar, con Raimunda Herrera, que había nacido en Mercedes, Buenos Aires, el 23 de enero de 1865 (hija de Justo Herrera y de Anastasia Busano).

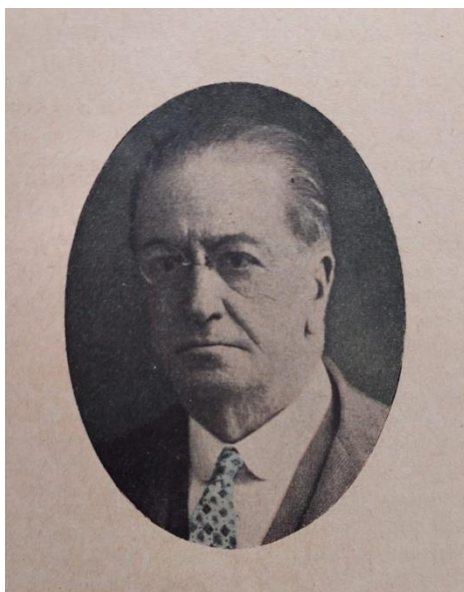
El día 2 de enero de 1897 es nombrado “guardián del cementerio” (un eufemismo de sepulturero) de Bolívar por decreto del intendente Valentín Coria (h). Para ese entonces, José y Raimunda ya tenían dos hijos bolivarenses: Anastasio, nacido el 2 de mayo de 1895, y Honorio, el 24 de abril de 1896. A ellos le siguieron Evangelina, el 20 de abril de 1899; Pablo, el 28 de junio de 1900; Cleofe Josefa, el 25 de septiembre de 1901;

Ramona, el 31 de agosto de 1904 y Luisa María, el 28 de septiembre de 1908. Evangelina y Pablo fallecieron antes de cumplir un año de vida, cruel destino para un sepulturero el de inhumar a dos de sus párvulos.

José Mendoza, tuvo relaciones sociales fluidas. Fue padrino de su casamiento Rufino Viera, intendente de Bolívar, y, padrinos de sus hijos el señor Pirotta (famoso herrero bolivarenses), y el señor Berhens (propietario de la chacra ubicada frente del cementerio). Debió tener José mucho e ingrato trabajo en la epidemia de viruela, que le llevó a su pequeño Pablo, en el ciclón de 1902, y en la revolución radical de 1905.

No se halló mucha más información respecto al destino de José Mendoza y su familia, no sabemos si falleció en Bolívar y si descansa en nuestro cementerio, recordarlo es nuestra forma de homenaje.

AHMFABOLÍVAR



18. Dr. José Fabrés García

José Fabrés García nació en Barcelona, España, en 1858. Médico de profesión, llegó a San Carlos de Bolívar el 31 de diciembre de 1883 de acuerdo a lo que afirma Oscar Cabrerós en ‘Después de las lanzas’.

Siguiendo al historiador local, fue médico de la Sociedad Española, director del Hospital, y ocupó junto a su familia una vieja y amplia casona frente a la plaza Alsina, sobre la avenida Alte. Brown. Siguiendo al citado autor, Fabrés García llegó a estas tierras solo, dejando en Barcelona a su novia, Teresa Estruch y Cuyás, hacia donde viajaron don José Llorens y su esposa portando un poder del joven médico para concretar en España la ceremonia nupcial.

Puntualmente, el matrimonio está fechado el 7 de diciembre de 1887, en la parroquia de Santa María del Pino (de esa ciudad española), y de los contrayentes sólo está presente la joven esposa dado que Fabrés García otorgó el poder (firmado el 12 de febrero de ese año, en Bolívar, ante el escribano don Antonio J. Marques) para que lo represente Llorens (era español de origen, vecino reconocido, dueño de un importante almacén y municipal para el año en que el galeno llega a esta ciudad), quien figura como residente ese día en Barcelona en el documento en cuestión. Finalmente, el enlace se ratificó en la parroquia San Carlos Borromeo el 12 de julio de 1888.

Afirma Felipe Martínez Pérez: “Coincidiendo que en 1887 los vecinos bolivarenses don José Llorens y su esposa doña Graciana Auznague,

terratenientes, comerciantes y que se habían ganado la amistad del joven médico, viajan a España, aprovecha, poder mediante, para casarse con Teresa en Barcelona. (...) la desposada viaja a la Argentina acompañando a los esposos Llorens”, que arriban a Montevideo como escala previa y a dónde va Fabrés García a esperarlos.

Para 1895 lo hallamos censado ya junto a la que será parte de su familia, con cuatro hijos nacidos a la fecha, todos en esta ciudad: Pedro Santiago, de 6 años (nacido en enero de 1889), Alfredo (de 4 años, nacido en febrero de 1891), Angela Teresa (de 2 años, nacida en agosto de 1892) y José Santiago (de meses, nacido en agosto de 1894, quien sería después un también reconocido médico local). De acuerdo al autor que se lea, es uno o dos los hijos que terminarían por completar la familia. Cabrerós menciona dos, Alberto Mario (del cual no hallamos documentación) y María Esther (nacida en mayo de 1897); Hoya dirá que son cinco en total los hijos del matrimonio.

Felipe Martínez Pérez también habla de la llegada de este reconocido profesional. Afirma que fue la Sociedad Española la que se puso en contacto con el Hospital Español de Buenos Aires para que le envíen un médico, y así arribaría a San Carlos este profesional graduado en la Universidad de Barcelona. Don José Hoya, periodista local que escribió durante años sobre historia en el diario La Mañana, se refiere a ello cuando cuenta que “se había graduado con el título de Médico en el año 1880, a los 22 años de edad”. “Nació en 1858 (...). En la Facultad Nacional de Buenos Aires revalidó su título e ingresó como médico interno, el primero que hubo en el Hospital Español de la Capital”, afirma. Martínez Pérez agrega que previo a que Bolívar fuese su destino había estado unos cuatro meses en Olavarría. En las actas de la Sociedad Española se da cuenta de su aceptación del cargo como médico de la entidad “por la suma de 800 pesos moneda nacional mensuales”.

El matrimonio tuvo una activa participación social, de hecho Teresa Estruch fue parte de la Comisión de Damas que impulsó la creación del Colegio de Hermanas y la llegada de las Hermanas Siervas de Jesús Sacramentado así como participó, acompañando a su esposo, de las acciones en pro del templo parroquial y del Hospital, donde “presidió la colocación de la piedra fundamental (lo hizo en representación de la designada madrina de la ceremonia, que no pudo estar presente, Concepción Unzué de Casares)”. Fue convocada asimismo para integrar una Comisión de Damas y presidirla, como parte de las comisiones de festejos con motivo del Centenario de la Revolución de Mayo en 1910, pero se rehusó a aceptar ese cargo –solo

formaría parte de ella como una integrante más- por considerar “que la presidencia no debía ser desempeñada por una señora que no fuera de Argentina”.

José Fabrés García sería una figura central en la historia del Hospital local. En 1902 formó parte de la comisión de vecinos nombrada por la Municipalidad (a cargo desde el año anterior de Juan V. Erramuspe) para iniciar los trabajos tendientes a fundarlo. Cuando en septiembre de ese año ‘El Ciclón’ -tal como se lo denomina en el imaginario popular- asolara la incipiente ciudad, causara destrozos importantes y numerosas víctimas, los donativos reunidos que quedan como saldo darán pie (sumados a los 5000 pesos que aportará el Municipio a posteriori), firme ahí sí, para su construcción.

El designado comisionado don Andrés Macaya es quien convoca la reunión en la que se constituyó la Comisión Pro Hospital en julio de 1903 y don José Fabrés García será uno de sus integrantes. Concretamente será vocal de la comisión considerada, tal como lo afirma D. Jacinto Maineri en ‘Ayer en Bolívar’, “fundadora de la Asociación Hospital de Bolívar, según consta en su acta de fundación”. Era, además, integrante de la Comisión de Médicos que recibe, acepta y agradece a don Juan Maineri la donación del terreno donde se erigirá el tan ansiado nosocomio (“un terreno de 8000 metros, formando esquina al boulevard 17, de una chacra de su propiedad”, dice Jacinto en su libro).

Tras la obtención de la personería jurídica de la Sociedad Hospital de Bolívar (el Ministerio de Gobierno bonaerense la otorga, mediante decreto del Poder Ejecutivo, con fecha 28 de septiembre de 1903), requisito indispensable puesto por el donante para la escrituración de la propiedad, se concreta la misma el 6 de octubre de ese año. Incluso en este punto Fabrés García tiene un papel inusitado. Lo dice Jacinto Maineri: “Es de destacarse que el primer testimonio de esta escritura perteneciente al hospital fue extraviado y desconocido por mucho tiempo, hasta que el Dr. José Fabrés García, presidente del hospital en el año 1930, solicitó en el registro correspondiente un duplicado consiguiéndolo con fecha 30 de mayo del año citado, firmando la autenticidad del mismo escribano don Angel C. Larrosa”.

Dos días antes de la escrituración se colocó la piedra fundamental. En el acto, que fue solemne y popular, uno de los varios oradores sería precisamente Fabrés García, en representación de la Comisión de Médicos.

Por supuesto, atendió durante años en el nosocomio, del que fue director desde el 4 de noviembre de 1926 hasta el 31 de agosto de 1943 (pocos meses antes de su fallecimiento).

Su accionar no se detiene en el ejercicio de la medicina. Don José integra el 'Centro Bolívar' que se forma en mayo de 1909 (ver apartado **Alejandro Funes**) como socio honorario, elegido al igual que otros vecinos de renombre entre los que figuran varios colegas suyos de profesión como los doctores Rogelio Solís, Joaquín Salcés y Destéfano.

Un año más tarde, en 1910, fue parte de la Comisión de Fomento que se nombró para apoyar a Pedro Díaz Pumará cuando las autoridades provinciales lo enviaron como comisionado.

Don José fue en varias oportunidades médico de Policía, por caso, durante las gestiones de Manuel Fernández (1907), Rogelio Solís (1908) y Mansueto Cepeda (1909). Pero también anteriormente; ya había sido nombrado para el cargo en 1899, durante la intendencia de Andrés Gamundi. Incluso y de acuerdo al Presupuesto de Gastos previsto para 1900 se resuelve que los puestos de Médico de Policía y Médico Municipal serían ocupados por una misma persona, siendo José Fabrés García el elegido. Argumentando la imposibilidad de cumplir conforme las exigencias de los cargos presenta la renuncia el 4 de enero de ese año; seis días después se la aceptan y nombran sólo para ocupar el cargo que ya venía desempeñando. En 1901, con Juan V. Erramuspe a cargo de la Municipalidad, continuará en él.

En 1911 se hace cargo de la Defensoría de Menores (cuando Enrique Calac era intendente), presta juramento en la sesión del HCD celebrada a fines de noviembre. Años más tarde, en 1918 y con Félix J. García como intendente, sería nombrado una vez más (en diciembre) en el cargo para desempeñarlo en el período a iniciarse el año siguiente. En 1920, con García aún como máxima autoridad reelecto para un nuevo período, fue nombrado junto a sus pares Santiago Ferro y Joaquín Salces para turnarse mensualmente como médicos municipal y de Policía. Los mismos tres profesionales continuarían en el cargo y con la misma mecánica durante el período de Sebastián Hueso al frente del Municipio, en 1923 (en 1922 se haría cargo Joaquín Peñoñori, ratificando al personal municipal casi en su totalidad; razones personales lo obligan a tomar licencia por 6 meses y luego renunciar, por lo que Félix García, quien presidía el Concejo Deliberante, queda al frente de la comuna).

También integró el primer directorio de la Sociedad Rural de Bolívar, fundada el 20 de junio de 1928 a instancias de la Asociación de Cultura y

Fomento. Fue vocal de la misma, y también presidente en otro período. También fue integrante (vicepresidente segundo) de la comisión popular para celebrar el Cincuentenario de la fundación de la ciudad. Fue médico asimismo de la empresa Ferrocarril del Sud, “cargo que desempeñó durante siete lustros, o sea desde el mes de abril de 1898, en que llegó a este pueblo la primera de sus locomotoras”.

A fines de 1933, días antes de cumplir sus Bodas de Oro profesionales con la ciudad (podría contarse como fecha el 1 de enero de 1934 como ese aniversario), la Asociación de Cultura y Fomento le brindó un homenaje, con una extensa semblanza sobre su persona, idea primigenia de la Sociedad Española, entidad que propició su llegada a Bolívar.

Se dirá en ella: “Ocupó, en épocas en que todavía era desconocido el sufragio popular, designado por el Poder Ejecutivo de la Provincia, y por varios períodos, el cargo honorífico de consejero escolar. Fue también, y durante un lapso de 15 años, juez de Menores del Partido”.

“Dos veces renunció al cargo de Médico de Policía, que desempeñó salvo esos dos pequeños intervalos, desde 1886 hasta 1930. Pruebas serían también sus actitudes en diversas y apremiantes circunstancias, tales como su papel, ora enérgico, ora humanitario u ora justiciero, en la llamada ‘Tragedia del Molino de Viento’; en el famoso ciclón del 7 de septiembre de 1902, que tanto luto y dolor causara; en la revolución de 1905, en la cual se sumó a las fuerzas del Gobierno, incorporándose al Batallón de Artillería de Costas, y yendo con él hasta Pirovano, lugar de la refriega, a curar a los heridos; o ya en los mismos y trascendentes paros de febrero y junio de 1910”.

Precisamente en sus Bodas de Oro como profesional se le ofrendó un Album como homenaje, de unas 50 páginas, que lleva “una interesante alegoría, obra del artista local señor Juan Miano”. La Sociedad Española decidió, Asamblea mediante, nombrarlo socio honorario en esa oportunidad.

Don José Fabrés García llevó una vida larga y fecunda. Apreciado por sus contemporáneos y reconocido a posteriori, falleció en noviembre de 1943 a los 84 años.

El día del sepelio la comunidad demostró su pesar y el cariño que le tenían. “Fue enorme la muchedumbre que desfiló por la capilla ardiente e incontables las ofrendas florales, tarjetas, telegramas y otras manifestaciones de pésame” tal como se expresa en el boletín de la Asociación de Cultura y Fomento.

En el cementerio, ante la bóveda donde descansan sus restos, fueron pronunciados numerosos discursos en su honor, emitidos por representantes de las variadas instituciones de las que fue parte. El Dr. Rogelio J. Solís lo hizo en nombre del Cuerpo Médico local y amigos; el Dr. P. Fernández López habló en nombre de la comisión directiva del Hospital (de la que era 'presidente vitalicio'); Horacio Gómez por la Sociedad Rural; por la Asociación de Cultura y Fomento, habló José Castellá; por el Círculo Farmacéutico, León Larregle; y en nombre de la Fraternidad y la Unión Ferroviaria, Martín Lanzinetti.

De acuerdo a lo que cuenta Martínez Pérez, en octubre de 1944 médicos y amigos de Fabrés García se reunieron en la secretaría del Hospital a los fines de planificar un homenaje al cumplirse el año de su fallecimiento. En la reunión se aceptó la propuesta del Dr. Miguel Capredoni, quien al no poder estar presente, envió una misiva en su carácter de integrante de la comisión directiva del Hospital, donde propuso "erigir un busto del Dr. Fabrés García en uno de los jardines del Hospital que él con tanto cariño y celo vigilara".

Siguiendo al escritor antes citado, la revista Huellas de la Asociación de Cultura y Fomento, se ocupó también del primer aniversario de su fallecimiento y menciona que la comisión de homenaje "ha proyectado la erección de un busto... que será esculpido por el conocido estatuista Luis Perloti". La ahora conocida como 'La Cultural' dirigió una nota a la citada comisión para "que el busto se ubique en la intersección de las avenidas Lavalle y 3 de Febrero (esquina del Hospital) ya que, de esa manera el homenaje cobraría trascendencia popular". Finalmente se colocaría donde aún hoy puede vérselo, en uno de los jardines frontales del nosocomio junto al busto de don Juan Maineri.

El comisionado municipal de entonces, Francisco J. Orlando, decretó su apoyo a la colecta que se armó para la financiación del busto y aportó dinero para ello, además de confirmar su presencia junto a acompañantes en los homenajes que se realizasen.

El sábado 18 de noviembre de 1944, en un acto realizado a las 10 horas tal como se informa en el diario El Popular, se descubrió una placa recordatoria en la Sala I del Hospital, bautizándola así con su nombre, como parte de los reconocimientos. En esa ocasión habló ante los presentes Rogelio J. Solís. Una hora más tarde se desarrolló un acto en el cementerio, ante la bóveda familiar, donde se colocaron ofrendas florales, en el que la Sociedad Rural descubrió una placa recordatoria y en el que habló en representación de la entidad Horacio Gómez.

Años más tarde, en 1961, durante la administración de Domingo Errecá, bajo la Ordenanza 79/61, se designó con su nombre, a modo de reconocimiento y homenaje, el tramo de la avenida Tres de Febrero, entre las avenidas 25 de Mayo y Lavalle, tal como persiste hasta nuestros días.

AHMF A Bolívar

Fuentes:

- * *Bolívar. Su riqueza, sus hombres. (1945)*
- * *'Después de las lanzas se construyó un pueblo, San Carlos de Bolívar', de Oscar C. Cabrerros. Edit. Corregidor. (Marzo de 1991).*
- * *'Memoria. El siglo XX año por año en Bolívar. 1900-1999 y el 2000', de Oscar C. Cabrerros (2002).*
- * *'San Carlos de Bolívar. Vida cotidiana y periodismo. Tomo I (1878-1924)', Editorial Universitaria de La Plata (2002), de Felipe Martínez Pérez.*
- * *'San Carlos de Bolívar. Vida cotidiana y periodismo. Tomo II (1925-1953)', Noticias editorial de El Impresor S.R.L. Bolívar (2006), de Felipe Martínez Pérez.*
- * *'Ayer en Bolívar. Anécdotas, biografías, relatos, cuentos, recuerdos', de D. Jacinto Maineri (Noviembre 1973).*
- * *'Fundación e Historia del partido de Bolívar'. Roberto Hernández Galindo, trabajo que presentara para los Juegos Florales de 1928.*
- * *Buenos Aires, la gran provincia: 1880-1930'. Ismael Bucich Escobar (Buenos Aires, 1930).*
- * *Diario El Popular.*
- * *Diario La Mañana.*
- * *Revista 'Huellas'.*
- * *Boletín de la Asociación de Cultura y Fomento.*
- * *Album Cincuentenario de Bolívar.*
- * *'San Carlos de Bolívar', de Alvaro M. Martínez. Edición conmemorativa del centenario de la ciudad (Febrero 1978, Buenos Aires)*
- * *'Quien es quien en la Argentina. Biografías contemporáneas'. Cuarta edición (1947). Edit. Kraft Ltda. Buenos Aires*
- * *Guía Oficial. Departamento Nacional de Higiene. Redacción y compilación, Luis J. Maisonnave (1913)*
- * *Anuario Kraft (1942)*
- * *El Combate. Álbum en ocasión de su sexto aniversario (Abril 1917)*
- * *'Un zarpazo al olvido de la historia: la batalla de La Verde (1874), partido de 25 de Mayo, Buenos Aires, Argentina'. Programa Interuniversitario de Historia Política. Carlos Landa, Facundo Gómez Romero, Emanuel Montanari, Virginia Pineau, Fabián Bognanni, Horacio De Rosa, Florencia Caretti, Jimena Doval, Marcela Pichipil, Azul Blaseotto, Alejandra Raies, Pedro Salminci.*

HISTORIA DE BOLÍVAR – JUAN RAMÓN CÓRDOBA

* *'Arqueología de un paisaje monumental de guerra. La batalla de La Verde (1874), 25 de Mayo, provincia de Buenos Aires, Argentina'*. Carlos Landa y Luis V. J. Coll (Fecha de recepción: 9 de agosto de 2019/ Fecha de aceptación: 7 de abril de 2020)

* <http://web.archive.org/web/20070628230045/elmamotreto.blogspot.com/2006/11/patrick-joseph-julin-lynch-y-roo-1789.html>

* <https://www.telam.com.ar/notas/201703/182228-historia-posesion-argentina-malvinas.html>.

* <http://www.revisionistas.com.ar/>

* <https://dbe.rah.es/biografias/79386/mariano-zavaleta>

* <https://www.genealogiairlandesa.com/genealogia/L/Lynch/patrick2.php>

* <https://www.diarioel9dejulio.com.ar/noticia/81479>

* www.cultura.gob.ar

* <https://bibliotecajwa.com.ar/santiago/doku.php/absalon-rojas>

* www.geneaget.org

* www.efemeridesradicales.com.ar

* <https://www.genealogiafamiliar.net/getperson.php?personID=18317&tree=BVCZ>

* <https://www.diariodemocracia.com/>

* <https://es.wikipedia.org/>

* <https://www.diariodemocracia.com/>

* <https://es.wikipedia.org/>

ÍNDICE

Prólogo.....	Pág. 1
Advertencia, transcripción de textos e ilustraciones originales del autor.....	Pág. 5
Apéndice histórico.....	Pág. 97
Fuentes consultadas.....	Pág. 170

AHMF A Bolívar

AHMFABolívar



Bolívar, octubre 2022

Archivo Histórico Municipal 'Florentino Ameghino'

Coordinador: Santos Vega

Staff: Marcelo Cabrera, Soraya Carrizo,

Virginia Grecco, Lorena Palacio

АНМЕА Болívar

- Calac /
- Cnel. Arias
- Lino Meliendres
- María Viñas / Francisca Torrilla
- Cura José María Argüelles
- Dr. José Fabrés García
- Banda de música de Juárez

- Don Genaro (tío abuelo, f. 1 año antes)
- Don Pastor (vecino fallecido)
- Integrantes de la fha. Gallo / Germán Gutiérrez

1911?

J. R. Gallo / Córdoba. (25 de mayo 1870)
 (Crispina Gallo)
 (Libro)

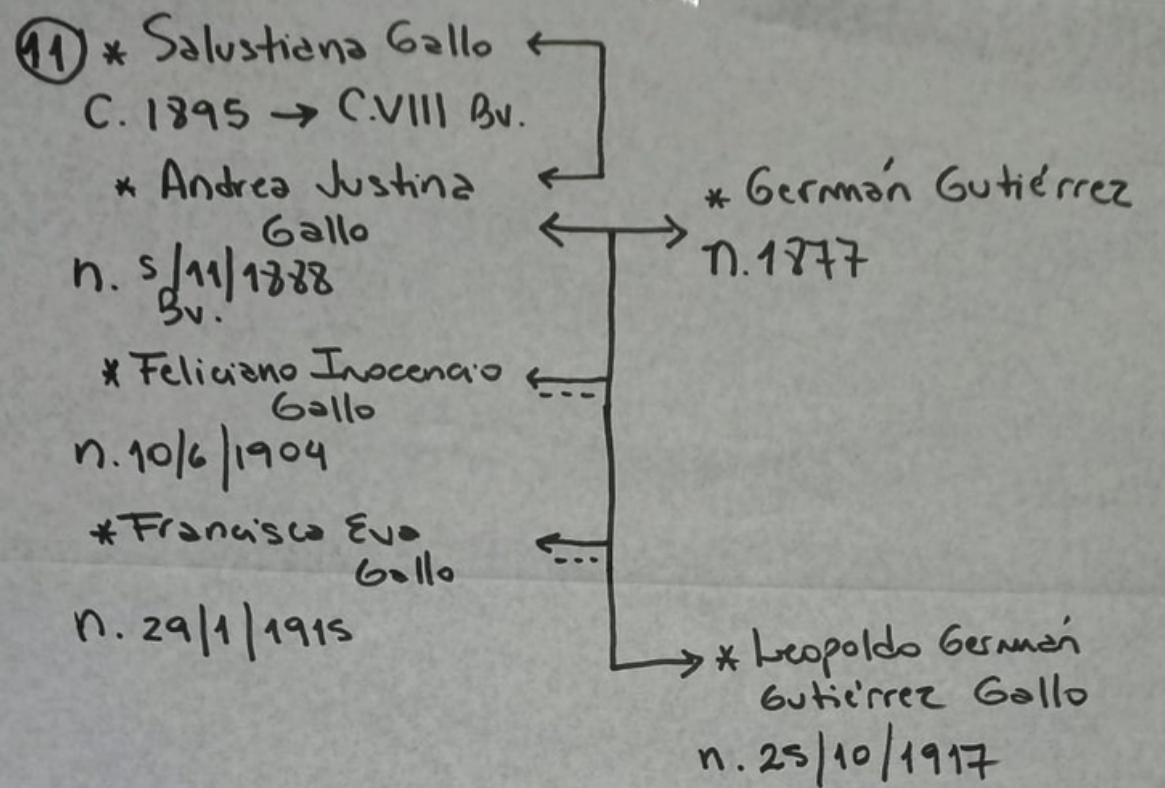
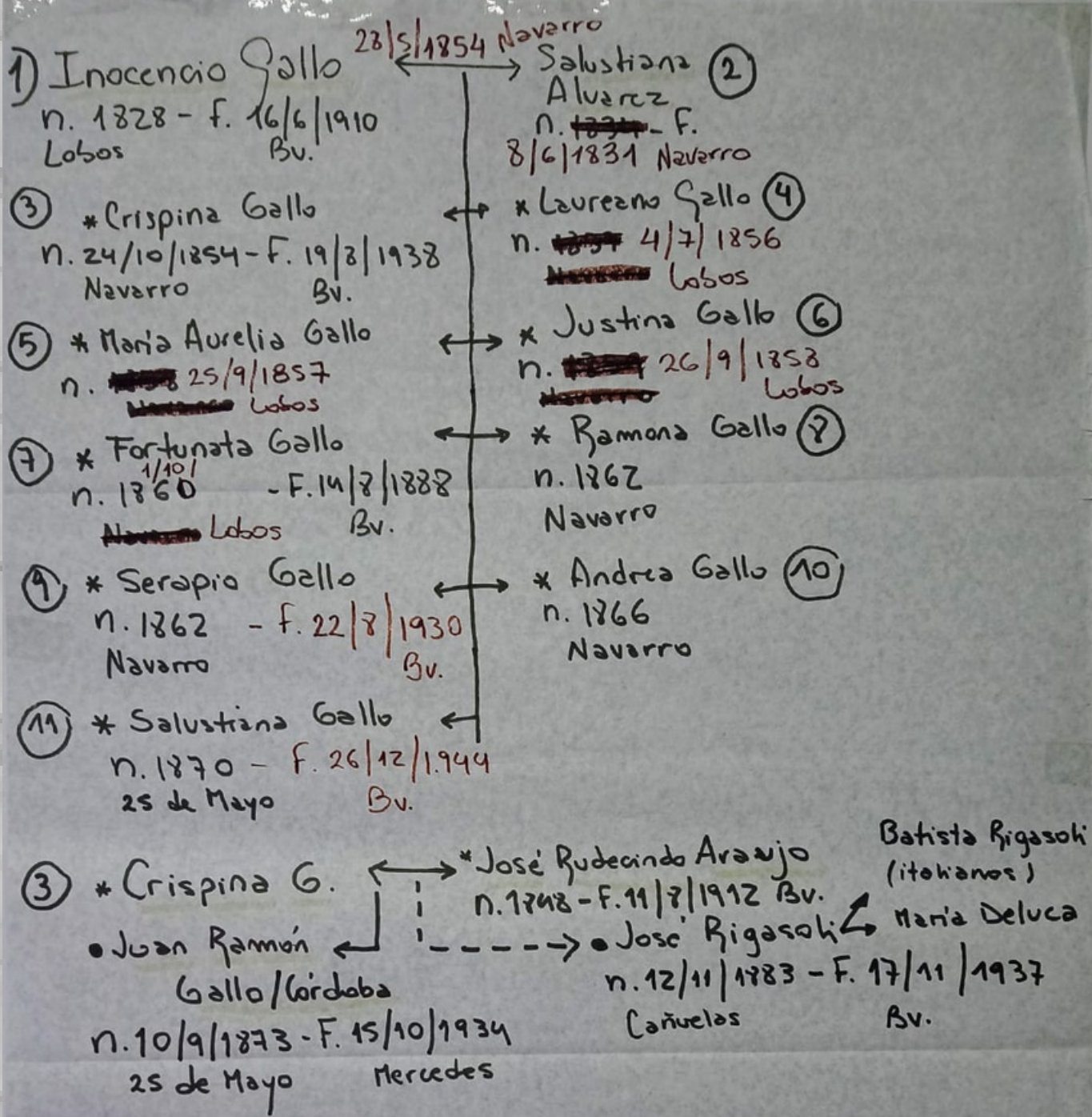
hechos: } AGONIA ABUELO INOCENCIO GALLO (veletorio)
 SUCEOS DEL C/D 1910

Actores: } María Viñas y Francisca Torrilla (Amigas Crispina)
 * Serapio Gallo (tío de J.R. e hijo de Inocencio y Salustiana Alvarez)

Cura: José María Argüelles.
 MENDOZA (Sepulcros)

- * Salustiana Gallo (Tía de J.R.)
- * José Riquelme (amigo J.R.)
- * Lino Meliendres (vecino) ♥
- * José Rudecindo Araujo (Padrastro de J.R.) = ARRIALADO.
- * GERMAN GUTIERREZ (amigo de Serapio)
- * DOÑA MARCELINA (DUEÑA DEL RANCHO QUE ALQUILABAN).

* VAL COMISARIO - Salis - LESQUERE - F. GARCIA



* Pastor Alvarez ← → * Francisca Torrilla (f. 10/12/1909)

* Genaro

(n. 1843 - f. 1909)

9) * Serapia Gallo (C. 1895 → C.VIII Guamini 1910 → Bv.)

1) * Inocencio Gallo (C. 1869 → Est. Antonio Córdoba (25 de Mayo) C. 1895 → C.VIII Guamini 1910 → Bv.)